

ALBERTO HANS

—
QUERÉTARO
—

MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EMPERADOR MAXIMILIANO

TRADUCIDAS DEL FRANCÉS.

con notas y rectificaciones

POR LORENZO ELIZAGA



MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON Y S. WHITE

SEGUNDA DE LA MONTEBILLA NUM. 12.

—
1869

A SU MAJESTAD

LA EMPERATRIZ CARLOTA

SEÑORA:

Tuve la honra de combatir en Querétaro á las órdenes de S. M. Maximiliano I, emperador de México.

Toda mi vida estaré orgulloso por haber servido su gran causa hasta el último instante; y por eso me permito dedicar este libro á su augusta viuda, á la que considero siempre como mi noble soberana.

Ni Vuestra Majestad Imperial, ni los que la han servido lealmente, deben tratar de apartar de su memoria los recuerdos del Imperio Mexicano. En ellos hallará V. M. la luz que le agradaba seguir con el pensamiento ántes de que la atribulase el dolor.

Cuando las olas invasoras de los norteamericanos inunden á las naciones hispano-americanas, la historia emitirá un juicio glorioso acerca de vuestro ilustre esposo.

La historia demostrará á los siglos futuros la importancia de la tentativa hecha por un descendiente de los Césares Germanos para detener á la nacionalidad mexicana á orillas del abismo que amenazaba tragarla, y salvarla de manos de la anarquía que la devoraba.

La historia repetirá que fué ilustre entre los Hapsburgos; que era digno de heredar á Carlos V, y de ocupar el trono de Guatimotzin.

Al escribir estas modestas memorias, recogidas en el querido suelo mexicano, y al relatar el episodio principal de la caída de Maximiliano, no tengo otro objeto que el de legar al porvenir algunas notas, cuya consulta podrá ser de alguna utilidad. Tal vez V. M. las leerá un día. Dígnese entónces tener presente que son de un soldado jóven y humilde, que se consideraría dichoso con derramar su sangre por V. M.

De V. M. I.

fidelísimo y obediente servidor,

ALBERTO HANS,

Ex-Subteniente de la Artillería Imperial Mexicana.

PRIMERA PARTE



ABANDONO DE MORELIA

I

Morelia en Febrero de 1867.—Evacuacion de Morelia.

Durante los primeros dias del mes de Febrero de 1867, la ciudad de Morelia, capital de Michoacan, presentaba un aspecto desusado. Los cuarteles y los antiguos conventos estaban llenos de tropas; el cuartel de artillería, donde se encontraba tambien el arsenal, era el punto en el cual se desplegaba mayor actividad; allí se construia y reparaba el material de guerra, se cargaban en carros feos, pero sólidos, municiones y armas tomadas á los disidentes, despues de numerosas victorias.

Las autoridades, por su parte, se ocupaban activamente, en las salas de la Prefectura, en hacer ingresar, lo mas pronto posible, á la caja de la intendencia militar, un préstamo forzoso que les parecia muy fuerte á los contribuyentes y le pagaban de mala voluntad.

Imperialistas y republicanos se preguntaban con inquietud lo que significaba todo aquel movimiento. Los imperialistas, abatidos, pensaban que en aquel momento se disponian á embarcarse en Veracruz las últimas tropas francesas. Los repu-

blicanos veían en la agitación febril que reinaba á su derredor, las señales precursoras del abandono de Morelia, y se regocijaban en secreto.

Faltando el apoyo de la Francia, el Imperio no contaba para sostenerse mas que con las tropas conservadoras, tan despreciadas desde fines de 1864, á pesar de su fidelidad y de sus triunfos. El Emperador Maximiliano habia cometido la imperdonable falta de descuidar la reorganización del ejército nacional, hácia el cual no podia disimular su desprecio; contaba demasiado, despues de la partida de las tropas intervencionistas, con los austriacos y los belgas. Por desgracia, las legiones austriaca y belga, tropas ménos que mediocres para sostener una campaña tan penosa como la de México, y cuyo sostenimiento habia costado, sin gran provecho, enormes sumas en los tiempos de prosperidad, se embarcaron tambien, abandonando á su soberano, luego que este se vió imposibilitado de pagarles con regularidad.

La situación en México volvía á ser la misma que ántes de la Intervención. La fusión de los partidos extremos, ese bello sueño del Emperador Maximiliano, estaba decididamente declarada imposible. Por desgracia, el Emperador habia perdido tres años tratando de atraerse al partido liberal, colmándole de elogios, de atenciones, y confiando los empleos mas importantes á enemigos que solo por su interés personal reconocían el Imperio. Para complacer mas á los liberales, ó al ménos á los que tomaban tal título, habia alejado, bajo diferentes pretextos, á todos los hombres notables del partido conservador, tales como los Sres. Almonte, Gutierrez Estrada, Miramon, Márquez, etc. Sin embargo, á última hora, cuando vió que la lucha no tenia por origen una cuestión de principios, sino de partidos, se apoyó en los que le habian llamado al trono; pero era demasiado tarde.

La guerra civil amenazaba comenzar de nuevo mas implacable que nunca.

Entretanto, vímos llegar á Morelia los restos de la guarnicion de Zamora, la plaza mas importante de Michoacan despues de Morelia. Zamora habia sido atacada por todas las fuerzas liberales reunidas de Sinaloa, de Jalisco y de Michoacan. La guarnicion era poco numerosa; pero el que la mandaba uno de los mejores y mas valientes oficiales de México: el coronel D. Juan Berna. Este rechazó á los liberales; pero habiéndole faltado las municiones, se abrió paso por entre los sitiadores, con la guarnicion, y fué, marchando de la manera que solo los mexicanos saben marchar, á unirse á las tropas concentradas en Morelia.

En Zamora, ciudad acusada de imperialismo, los republicanos hicieron lo que hacian de ordinario en toda ciudad nuevamente ocupada por ellos. Por medio de la *leva* se apoderaron de todos los hombres capaces para aumentar sus batallones. Impusieron á los ricos y á los comerciantes multas y préstamos forzosos para procurarse dinero. Las requisiciones los proveyeron de armas, caballos y víveres.

«Quien quiere el fin quiere los medios.» Tal es el lema de los partidos en México, lo mismo que en todas partes. Este axioma hizo triunfar fácilmente al partido juarista.

Sin embargo, en medio del desastre general, la toma de Zatecas por Miramon hizo renacer un poco la esperanza entre los imperialistas.

El general Mendez aguardaba á las fuerzas republicanas, al mando de Corona y de Régules, cuya aproximacion se anunciaba, cuando recibió la noticia de la derrota del general Miramon en San Jacinto, seguida casi inmediatamente de la orden de replegarse á Querétaro, orden que reservó hasta el momento de nuestra partida. No obstante, el 12 de Febrero compren-

dimos que estábamos en vísperas de evacuar Morelia. En efecto, al día siguiente 13, por la mañana, todas las tropas estaban escalonadas en la plaza principal y en las calles adyacentes. El general Mendez se presentó en medio de nosotros, y dirigiéndose á sus soldados, en una improvisacion valiente y ardorosa les dijo que el Emperador los llamaba á su lado; que abandonaban Michoacan como vencedores y en virtud de circunstancias independientes de su voluntad, pero que esperaba volver muy pronto con ellos. En esa arenga, que nuestro valiente gefe pronunció con voz estentórea, nos manifestó todo el dolor que experimentaba al evacuar Morelia ante un enemigo que no se atrevia á mostrarse y al que raras veces se lograba dar alcance aun despues de una persecucion encarnizada.

Es inútil decir que sus enérgicas palabras hallaron eco en nuestros corazones. Lo que le pasaba al general Mendez nos pasaba á todos. Abandonábamos la ciudad contra nuestro gusto. En los balcones, muchas mujeres lloraban, y una parte de la poblacion parecia consternada.

Nuestras tropas, cuyo núcleo se componia de los restos de la antigua division Márquez, adherida á la Intervencion francesa, operaban en la provincia desde 1863 y habian conquistado la estimacion de todos los habitantes, por su valor y por su disciplina.

El general Mendez y su escolta fueron los últimos que abandonaron la ciudad á los gritos de — ¡Viva el Emperador! Nosotros contestamos con gritos no ménos entusiastas, aclamando á nuestro valiente general, que era nuestro ídolo hacia mucho tiempo.

Los republicanos se guardaron muy bien de dar señales de vida. Uno solo, viendo que se alejaba la escolta del general, gritó: — ¡Viva la libertad! Habria sido mejor para él callarse, ó por lo menos aguardar, para ultrajarnos, á que la escolta

se hubiese alejado enteramente, porque habiéndole oído un soldado de caballería, volvió á galope, y le partió la cabeza de un sablazo.

Despues de nuestra partida, la ciudad permaneció algunas horas sin autoridades. El comercio se armó, pero inútilmente. Digámoslo en honor de la poblacion: no se cometió ningun exceso. Los revoltosos, conducidos por los calaveras del lugar, se conformaron con romper á pedradas los cristales de la casa de la señora Roman de Malo, dama de honor de la emperatriz Carlota, y con pedir la aprehension de las gentes comprometidas que se habian atrevido á permanecer en la ciudad.

¡La propiedad respetada en una ciudad abandonada por sus autoridades! He ahí lo que varias veces hemos visto en México, y que habla en favor de los buenos sentimientos del pueblo mexicano.

II

La brigada Mendez. — La 8.^a batería de artillería.

La division Mendez, como la llamaban pomposamente los imperialistas, se componia de los mejores cuerpos indígenas del ejército imperial. El uniforme no era de lo mas brillante, sobre todo el de la caballería, á causa de las continuas expediciones emprendidas por el general Mendez, que no dejaban descansar á las tropas, y de la irregularidad con que se les pagaba el sueldo á la conclusion del Imperio; pero la division tenia un aspecto marcial, decidido. Si el hábito no hace al monje, hace mucho ménos al soldado. Sin embargo, preciso es confesarlo, el uniforme de las tropas, en general, no habria servido de recomendacion á los ojos de las gentes, desgracia-

damente demasiado numerosas, que todo lo juzgan por las apariencias.

Los cuerpos de que se componia la division eran los siguientes:

El batallon del Emperador, cuerpo excelente, organizado por el general Mendez, que habia sido su coronel en otro tiempo, y del que no queria separarse. Por lo demas, aquel cuerpo merecia perfectamente la reputacion de que gozaba. Todos los combates en que habia tomado parte se habian convertido en victorias, y si alguna vez sufrían un reves las tropas imperiales, la casualidad hacia que ningun destacamento de este batallon formase parte de ellas.

Despues del batallon del Emperador seguian los de Iturbide, los 3º y 12º de línea, y el batallon de milicia de Zamora. La caballería comprendia los regimientos 4º y 5º de lanceros, algunos escuadrones irregulares de guardias rurales, y en fin, la 8ª batería de artillería.

El batallon del Emperador era muy superior á los demas y tenia excelentes oficiales. El Emperador Maximiliano habia reglamentado su uniforme. Este uniforme, cómodo en campaña, era de muy mal gusto: blusa encarnada, pantalon verde con franja encarnada, botines blancos y quepí. En campaña, los soldados no usaban zapatos, sino guaraches, especie de sandalias nacionales. En la estacion de las lluvias simplificaban todavía mas el traje de camino, quitándose el pantalon, que ponian en su mochila; y remangándose su ancho calzon mexicano, á la manera de los pescadores napolitanos, marchaban con los piés desnudos por entre el lodo y el agua.

Pocas tropas son capaces de emprender marchas tan largas y tan penosas como las que hacian constantemente nuestros infantes.

He dicho que el uniforme era de muy mal gusto; su intro-

duccion habia encontrado gran resistencia entre nosotros: el color de la blusa inspiraba una verdadera repulsion. El coronel Farquet decia que preferia vestir á sus expensas á todo su cuerpo, á verle llevar la blusa roja. Casi era el uniforme de los republicanos, y se creia ver en esto una concesion mas hecha por el Emperador á estos últimos, concesion que heria profundamente á todos los soldados viejos, que habrian preferido, como en otro tiempo, uniforme á la francesa. Algunos batallones, sin embargo, no tenian aún ese uniforme aborrecido y no parecian muy dispuestos á adoptarle.

El 5º regimiento de caballería estaba bien montado y tenia mejor apariencia que el 4º. Este último habia sido remontado muchas veces; pero las largas marchas, las correrías incesantes por todo el país, así como el poco cuidado que los soldados tenian con sus monturas, maltrataban muy pronto los mejores caballos. No he visto mas que un solo regimiento verdaderamente bien montado en el pequeño ejército imperial; era el de los dragones de la Emperatriz; pero tambien los soldados de ese bello cuerpo cuidaban extraordinariamente sus monturas.

La 8ª batería de artillería habia sido formada primitivamente en México con el nombre de batería modelo, y enviada despues á Michoacan. El general Courtois d'Hurbal, que mandaba en aquella época la artillería del cuerpo expedicionario, se interesó por ella. El trabajo que se tomó el hábil general para organizarla, no fué perdido, porque, despues de tres años de campaña, en Querétaro estaba todavía en bastante buen estado para llamar la atencion del Emperador, que la agregó á su brigada de reserva, brigada compuesta de sus mejores tropas y cuyo mando se habia reservado.

El capitán primero era D. Antonio Salgado, uno de los oficiales mas distinguidos del ejército mexicano; pasaba por muy

afrancesado; la disciplina y la organizacion del ejército frances hacian su dicha; la costumbre de hablar nuestro idioma habia llegado á ser en él una verdadera necesidad; por otra parte, le poseia admirablemente y le hablaba con pureza extraordinaria. Severo y muchas veces injusto para con sus inferiores, duro para consigo mismo, instruido y muy estudioso, hallaba en su amor propio un valor tan noble como grande. El capitán Salgado, oficial de artillería por vocacion, era un verdadero soldado en toda la acepcion de la palabra, y gozaba de toda la confianza del general Mendez. Sufria de una hipertrofia del corazon, cuyo desarrollo le condujo al sepulcro. Fué herido en Querétaro, donde se condujo noblemente.

El segundo capitán, D. Luis Muñoz, era un viejo soldado, tipo completo de subordinacion, de probidad y de valor.

Los oficiales subalternos eran el teniente Romualdo Guerra y Manzanares, jóven encantador y excelente camarada, hijo de un general español al servicio de los vireyes, que habia ayudado á Iturbide á hacer la independenciam y á elevarse al trono. Músico por instinto, Guerra tocaba admirablemente el piano y la guitarra sin saber leer una sola nota; la guitarra, sobre todo, era su instrumento favorito. Le he visto, en un concierto, entusiasmar con su talento á la mejor sociedad de Morelia y ser objeto de una verdadera ovacion.

Guerra tenia tambien una manía ménos divertida que su guitarra: hablar con mucha frecuencia de ciertos pergaminos de familia, que probaban plenamente su descendencia en línea recta de los vizcondes de Manzanares emigrados á la Nueva España, como se llamaba á México en otro tiempo.

Los títulos de nobleza son raros en México, y están abolidos hace mucho tiempo. Sin embargo, los titulares, gentes muy ricas por lo regular, todavía los usan. El Imperio no habia restablecido esos títulos, pero eran aceptados en la Corte.

Correa y yo éramos los otros dos oficiales subalternos. Correa, muchacho valiente que habia salido del Colegio militar de Chapultepec en tiempo de la presidencia de Miramon, fué el que la muerte escogió de entre nosotros. Pereció el día de la entrada de los republicanos á Querétaro; sorprendido al alba en su puesto por una tropa de disidentes conducidos por López, no quiso rendirse y cayó, herido en el pecho por una bala.

Entre los suboficiales y los artilleros se encontraban muchos veteranos que habian servido en la famosa brigada de artillería á caballo de la guardia del general Santa-Anna, á quien todos los soldados de su época dan todavía el título de *Su Alteza*, hablando de él con respeto. Recordaban la solicitud de ese famoso presidente por el ejército y el lujo con que sostenia la guardia presidencial. Algunos habian hecho la guerra de 1846-47 contra los americanos, y los que fueron heridos en ella estaban orgullosos de sus gloriosas cicatrices.

Yo queria mucho á aquellas buenas gentes. El soldado mexicano es dulce, humilde y servicial; desprecia la muerte y soporta las fatigas y las privaciones con un estoicismo increíble. Adicto á sus oficiales cuando le tratan bien, está dotado de una obediencia pasiva y ejemplar.

El efectivo de nuestra brigada ascendia á cerca de cuatro mil hombres. Esta brigada era, despues de la derrota de Miramon en San Jacinto, la tabla de salvacion del Imperio, y manifestaba lo que se habria podido hacer con las tropas indígenas si se hubiera cuidado un poco de su organizacion desde la instalacion de la Regencia.

Como principales gefes, teniamos: el comandante de estado mayor Loaiza; el coronel Santa Cruz, andaluz de Cádiz, mandaba el 4º regimiento de caballería. El coronel Vera mandaba el 5º regimiento de la misma arma, que tenia por teniente

coronel á Macario Silva, el ginete mas famoso de la brigada, y cuyo valor habia llegado á ser proverbial. Sus terribles lanzadas le habian granjeado una reputacion famosa, aun entre los republicanos. Leyendo colecciones de sus periódicos de años atrás, he visto anunciada muchas veces la muerte de Macario Silva, como un plausible acontecimiento.

La infantería estaba al mando del coronel Farquet y de los tenientes coroneles Juan de Dios Rodriguez, Redonet, Madrigal y Juan Berna. El coronel Redonet, que ha representado un papel importante en los acontecimientos de Querétaro, es de Veracruz y de origen frances. D. Juan Berna, ligado con el general Mendez por la mas desinteresada y mas íntima amistad, era un veracruzano de origen helvético. Su padre, nacido en España, era hijo de un oficial de la guardia suiza, y fué á México en calidad de oficial de artillería en tiempo de los vireyes. El teniente coronel D. Juan Berna habia conservado el tipo aleman con todo el valor y toda la lealtad de sus antecesores.

Sorprende ver el número de hombres que de la pequeña ciudad de Veracruz han salido á la escena política, desde los primeros tiempos de su Independencia. El partido liberal, sobre todo, le debe sus principales caudillos. Morelia participa de este privilegio con Veracruz.

El comandante de ingenieros, D. Francisco Troncoso, veracruzano tambien, habia sido hecho prisionero en Puebla y conducido á Francia; como otros muchos oficiales mexicanos, conservaba los mejores recuerdos de su cautividad y de la manera con que habia sido tratado.

Haber estado en Francia, en calidad de prisionero de guerra, era reputado como un favor del destino por la mayor parte de los oficiales. No debe olvidarse que reinan en México nuestros libros, nuestras costumbres, nuestras modas y nuestro sistema de educacion.

Casi todos los bravos oficiales que acabo de nombrar iban á la muerte.

El general Mendez, Farquet, Loaiza, Santa-Cruz, Ceballos, Rentería y un gran número de subalternos encontraron en Querétaro una muerte gloriosa; pero al ménos no tuvieron el dolor de ver al Emperador conducido al suplicio, ni que soportar las humillaciones impuestas por los republicanos.

El teniente coronel del batallon del Emperador, D. Juan de Dios Rodriguez, y el comandante Salazar, del 4º de lanceiros, fueron gravemente heridos.

No se concibe de cuánto heroismo dieron pruebas los imperialistas mexicanos durante la defensa de Querétaro. ¡Qué desgracia que entre tantos valientes se haya encontrado un miserable!

III

Primer dia de marcha.— Deserciones.— Indaparapeo.— El teniente coronel Pineda.— Fusilados.

La primera jornada fué penosa. Embarazaban la marcha de nuestra columna un gran convoy y una multitud de empleados civiles, de gentes comprometidas por sus opiniones, de comerciantes y de viajeros, que imaginándose que íbamos directamente á México, querian aprovecharse de nuestra escolta. Los malhechores de la cárcel formaban tambien parte del convoy. Se veia ademas un gran número de carruajes que conducian á las familias de los emigrados y de los oficiales. Estos, creyendo que la guerra seria larga, las llevaban á la capital para no estar separados de ellas por mucho tiempo como en otras épocas.

Toda esa gente, agregada á esa multitud de mujeres que siguen á los soldados mexicanos y les sirven, no solamente de esposas, sino tambien de cocineras, de lavanderas, etc., y que se llaman *soldaderas* en México y *rabonas* en el Perú, daban á la columna el aspecto de una emigracion, no diré de israelitas huyendo del ejército de Faraon, sino mas bien de Mormones yendo á establecerse á orillas del gran lago Salado.

Lejos de huir, estábamos persuadidos de que Régules y Corona, conociendo nuestra fuerza, no se atreverian á inquietarnos en nuestra marcha. Por otra parte, nuestra confianza en el general Mendez era siempre la misma. Se hizo, pues, el camino á pequeñas jornadas.

Nuestra primer parada fué Indaparapeo. Como ese pueblo no es bastante grande para alojar á tanta gente, estuvimos muy mal allí.

Al dia siguiente, al volver á emprender la marcha, se advirtió que durante la noche habian tenido lugar gran número de deserciones. Casi todos los desertores eran nuevos reclutas que preferian correr el riesgo de ser reaprehendidos algun dia por nosotros ó recogidos por los republicanos, á dejar su provincia.

La desercion, que tan difícil es de reprimir en tiempo de paz en un país tan vasto como México, no se puede impedir absolutamente en tiempo de guerra. Se ha dicho que los soldados imperiales desertaban con mucha frecuencia, y este es uno de los pretextos que se han alegado para descuidar la organizacion del ejército indígena. Pero á lo que parece, el mal era entonces epidémico, porque la desercion se extendia hasta las filas de los belgas, de los austriacos y de la Legion extranjera francesa. Nuestros enemigos habian llegado á organizar, con los desertores de esos cuerpos, destacamentos particulares, cuyos servicios no economizaban. Nuestro indo-

mable adversario de Michoacan, Régules, tenía uno que intitulaba: *Legion extranjera*.

Un dia que el general Mendez habia logrado dar alcance á Régules, se mató á algunos de esos pobres diablos de desertores, que se batian como rabiosos, sabiendo bien que no habia gracia para ellos. Se hicieron algunos prisioneros. Entre estos últimos se encontraban dos árabes, desertores del batallon de tiradores argelinos. El teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez, del batallon del Emperador, que los habia cogido, acababa de dar la órden de que los fusilaran, cuando la casualidad condujo por allí al general Mendez, que les preguntó por qué habian desertado.

Uno de aquellos hijos del desierto respondió con aplomo: —«Mí defender..... libertad..... México!»—y ántes de que se hubiera podido impedirlo, arrancó un fusil de manos de un soldado, hizo fuego é hirió á un oficial que se hallaba á su lado. Se arrojaron sobre aquel furioso, pero su buena estrella le preservó de la muerte. El general Mendez mandó suspender la ejecucion, y llevó á sus prisioneros á Morelia y de allí á Querétaro. Se salvaron, así como algunos otros, por una serie increíble de circunstancias, que acaso contaré algun dia.

Por lo demas, hay un buen medio para contener la desercion de los soldados mexicanos: tratarlos bien. Así el general Negrete, cuando no era mas que gefe de un cuerpo de infantería en tiempo de la presidencia de Miramon, llevó su batallon al sitio de Veracruz. Las enfermedades y la miseria no tardaron en asolar de una manera terrible el campo de los sitiadores, y las deserciones comenzaron á disminuir sus filas. Los comandantes, desesperados, redoblaban su vigilancia y su severidad; solo los soldados de Negrete no desertaban; no estaban vigilados como los demas. Su gefe los dejaba en liber-

tad de huir si querian; pero como los trataba con tanta severidad como justicia y hacia de ellos el objeto de todos sus cuidados, en vez de desertar, sus soldados lucharon hasta el fin contra las enfermedades y la miseria. Es preciso agregar que adoraban á Negrete, y que pocos hombres reunen tantas cualidades militares como él.

El regimiento de los húsares austro-mexicanos, que se distinguió particularmente cuando la caída del Imperio, fué organizado en Puebla y reclutado principalmente en Oajaca. Entre los oficiales habia muchos austriacos; hacian los mayores elogios de los soldados indígenas, pareciéndoles mejores, bajo todos aspectos, que sus soldados europeos, sobre todo en lo que tenia relacion con la disciplina.

Durante el sitio de Querétaro, solo un hombre de mi batería desertó; y Dios sabe cuántas fatigas y privaciones tuvieron que sufrir los pobres artilleros.

Se recordará que nuestra columna iba seguida por familias enteras. Una de las emigrantes que nos inspiraba mayor interes era la encantadora viuda del teniente coronel Pineda, de cuya triste suerte se condolían todos.

Al dia siguiente de su matrimonio, Pineda partió para una expedicion contra los liberales. Gracias á los incidentes de una verdadera epopeya, su ausencia del techo conyugal duró nueve años. Algunas semanas ántes de los acontecimientos á que me refiero, obtuvo una licencia para ir á buscar á su esposa á Tampico, donde habia permanecido.

De regreso en Morelia, Pineda, valiente soldado y oficial lleno de experiencia, fué designado para partir con una columna, y halló la muerte en Santa Fé de la Labor, cargando á la cabeza del 4º regimiento de caballería, del que acababa de ser nombrado teniente coronel el mismo dia de la accion, una de las mas sangrientas que se dieron en Michoacan.

Al levantar el cadáver de Pineda se advirtió que tenía ocho heridas, de las cuales varias eran mortales, y todas las había recibido en el rostro y en el pecho. El general Mendez ocultó hasta el último instante á la jóven viuda su irreparable desgracia; pero al fin tuvo que confesársela. Siempre me acordaré de la desesperacion de esa infortunada cuando vió volver al general sin su marido.

El general Mendez, que apreciaba mucho á Pineda, uno de sus antiguos compañeros de armas, le vengó de una manera terrible. Despues de la victoria que le había costado la vida de uno de sus mejores amigos, mandó contar á los prisioneros, que eran en número de cien, todos insurrectos del Bajío. Se dividieron en dos categorías: la primera comprendía casi todos los soldados de infantería, pobres diablos reclutados por fuerza; esos fueron puestos en libertad; la segunda se componía de los que llevaban el título de oficiales, y de los soldados de caballería que servían por su voluntad; estos fueron pasados por las armas en Puruándiro.

Uno solo de estos desventurados escapó á la muerte por una circunstancia extraña. Muchos de sus compañeros habían caído ya, cuando le llegó su vez; sea torpeza ó mala voluntad por parte de los soldados que componían el peloton de ejecucion, recibió una descarga sin ser herido; solamente sus vestidos fueron agujerados y una bala le rozó ligeramente, pero no se movió. El general Mendez no quiso que se comenzara de nuevo la ejecucion, y le hizo gracia. Fué despues ordenanza del teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez, y se condujo siempre como servidor fiel.

He conocido á varios oficiales que habían sido fusilados, entre otros á un oficial superior llamado Zamora: herido y hecho prisionero en una accion perdida por las tropas del gobierno contra los insurrectos, fué pasado por las armas al cabo

de algunas horas; pero los vencedores, estando de prisa, le fusilaron apresuradamente, olvidándose de darle el tiro de gracia. Un aguacero que cayó algunos momentos despues, refrescó el cuerpo del ajusticiado. Algunos oficiales liberales, mas humanos que sus gefes, volvieron al lugar de la ejecucion para mandarle enterrar, y advirtieron que todavía respiraba. Le levantaron y le hicieron prodigar cuidados que tuvieron pleno éxito; de suerte que ese desgraciado volvió á la vida. Entró de nuevo al servicio tan pronto como le fué posible. Le volví á ver en Querétaro.

Conocí á otro que habia recibido el tiro de gracia en la boca; conservaba todavía sus horribles huellas. Dejado por muerto en los alrededores de Toluca, algunos indios le encontraron respirando todavía. Estas buenas gentes le asistieron hasta que, completamente curado por sus cuidados, pudo volver á México.

IV

Zinapécuaro.—Ojeada sobre Michoacan.—Acámbaro.—Los antiguos conventos y las antiguas misiones de la América española.

Despues de haber salido de Indaparapeo hicimos alto en la hacienda de Queréndaro, uno de los mas ricos dominios de México, cuyo propietario es el conde de Heras. Esta hacienda se encuentra ántes de Zinapécuaro, pueblo bastante importante, donde hallamos buenos alojamientos.

Al dia siguiente, 13 de Febrero, la columna se puso de nuevo en marcha. Los caminos mal conservados de México hacen muy difícil el empleo de la artillería de campaña. Los

caminos guardan un estado deplorable en Michoacan. Su abandono completo no es uno de los menores resultados de la guerra civil que desuela esa provincia desde el primer grito de la Independencia. Michoacan es, en efecto, un verdadero foco revolucionario que muchas veces ha comunicado su fuego á México todo entero.

Morelia, ciudad adonde abundan la instruccion, la ambicion y un patriotismo ardiente, fácil de extraviarse, es la cabeza de esa provincia, cabeza demasiado fuerte para el cuerpo. Sucede casi lo mismo con las provincias vecinas; pero Michoacan tiene á su favor la ventaja de la configuracion de un suelo extraordinariamente accidentado, la diversidad de climas y su situacion geográfica.

Una de las causas principales de la anarquía que ha desolado hasta ahora á México, y que le conducirá probablemente á ser presa de los Estados- Unidos, es que los ambiciosos, los espíritus inquietos y aventureros, no pueden ser reducidos por el poder ejecutivo á obedecer las leyes, si no tiene una fuerza militar suficiente para mantener la tranquilidad pública. El comercio pertenece en gran parte á los extranjeros; la industria nacional está todavía en su infancia; el ejército ha perdido su prestigio y su organizacion.

Algunas veces una guerra exterior es una necesidad para una nacion, cuando ésta guerra puede desviar las ambiciones, ocupar á los hombres de accion, para los que es imposible el reposo, y satisfacer algunas aspiraciones.

Así Inglaterra encuentra en la India una salida para esa parte de su poblacion, como España la encontraba antiguamente en sus posesiones de América.

Sin la Argelia, acaso habriamos tenido en Francia dobles disturbios y revoluciones.

Sin el Cáucaso, se habria visto renovarse las terribles cons-

piraciones militares que han puesto algunas veces á la monarquía rusa á orillas de su pérdida.

La guerra de Marruecos ha sido un verdadero beneficio para España, y sin la California y el Far West, la ruinoso guerra entre el Norte y el Sur de los Estados-Unidos habria tenido lugar mucho tiempo ántes de 1860.

La emigracion alemana á los Estados-Unidos es una válvula de seguridad para los gobiernos germánicos.

¡En que estado de desórden y de espantosa miseria estaria sumida hoy la Irlanda, si la emigracion al Nuevo Mundo y á la Australia no hubiera venido á aliviar á su numerosa poblacion!.....

Cuando las tropas de la intervencion francesa se retiraron de México, el Imperio se encontraba casi sin ejército; todos los vagos, los turbulentos, los ambiciosos, fueron á filiarse bajo las banderas republicanas, donde habia mucho que esperar. Con el auxilio de la traicion cayó el Imperio; pero el gobierno de Juarez y los que le sigan caerán probablemente de igual manera, si algun acontecimiento extraordinario no hace fallar las previsiones de todos los que conocen el mecanismo de las revoluciones, y de las de México particularmente.

Michoacan era, en pequeño, la imágen fiel de lo que pasaba en todo el país. Allí, como en todas partes donde reina la anarquía, se encontraban esas luchas de influencias, esas rebeliones de ambiciones no satisfechas, esas nulidades aspirando á elevarse, esas moralidades dudosas aprovechándose de las circunstancias para imponerse.

El general Mendez era el hombre á propósito para hacer respetar la autoridad. Su rectitud, su infatigable energía, su capacidad militar, su natural buen sentido, su imparcialidad, la inflexibilidad de su carácter, habian hecho de él el terror de los revolucionarios.

¡Cuántas veces he oído á los mismos republicanos rendir homenaje á las cualidades del general Mendez, deplorando no haber tenido en ciertas épocas un gefe militar de su temple que poner á la cabeza de las fuerzas regulares del país, para quitarse de una vez de las gentes de que se servian hoy y que mañana serian un peligro amenazador!

Despues de la toma de México por Porfirio Diaz, todas las fuerzas republicanas reunidas en aquella ciudad ó en los alrededores, fueron licenciadas por Juarez. Fué este un rasgo de audacia que todos admiraron y que muy pocos se habrian atrevido á mandar. Era de ver á nuestros vencedores, gracias al número y á la traicion, volver á sus provincias maldiciendo á su gobierno; pero la medida era inesperada y no habian tenido tiempo de escapar á ella. El gobierno republicano, sin embargo, no cometió la misma falta que el Imperio; apénas establecido, creó un ejército nacional para hacerse respetar.

Nuestra marcha de Zinapécuaro á Acámbaro no fué señalada por ningun incidente notable.

Llegamos á Acámbaro la tarde del 17 de Febrero. La poblacion de aquella pequeña villa nos recibió muy bien. Los habitantes de Acámbaro eran *mochos* en su mayor parte, y en caso de necesidad sabian defenderse ellos mismos contra los disidentes. Régules los amenazaba con mucha frecuencia; pero jamas se habia atrevido á ejecutar sus amenazas.

La guerra civil habia dado nacimiento á rivalidades de ciudades y de pueblos, en las que desgraciadamente tomaba nueva fuerza. Así Acámbaro, Zamora, Pátzcuaro eran imperialistas, como Tacámbaro y Ario eran republicanos. Todos se ocupaban algo en la guerra civil; muchos sufrían y muy pocos se aprovechaban de ella. Algunos carreteros, imperialistas ardientes, que ayudaron á nuestros obreros á reparar prontamente nuestro material averiado, me probaron hasta que punto

estaba animada aquella pequeña población de buenos sentimientos hacia el Imperio. Querían ir con nosotros mejor que permanecer en una localidad donde los liberales iban á entrar despues de nuestra partida, y que sus habitantes no podían siquiera pensar en defender, puesto que les quitábamos su guardia rural y sus armas.

Acámbaro tiene una linda placita de armas y grandes conventos que sirven hoy de cuarteles ó están abandonados. Por lo demas, Acámbaro, como muchas ciudades de México y de la América española, debe su origen á las órdenes religiosas.

Con los feroces y atrevidos soldados españoles marchaban sacerdotes que fueron los verdaderos conquistadores de aquellos países. Se instalaban en algunos lugares propicios é iban á buscar á los indígenas, muchas veces muy léjos y con peligro de su vida; los conquistaban por medio de la dulzura, los catequizaban y los conducían suave é insensiblemente del estado salvaje á una civilización relativa.

Obreros, mercaderes, soldados, emigrantes, llegaban de la vieja tierra ibérica, se establecían en el país y se mezclaban con los habitantes primitivos, á los cuales dieron su idioma, su industria, sus leyes, y comunicaron su carácter.

Las últimas misiones, consideradas como instituciones retrógradas, han desaparecido. Los conventos están destruidos. Pero ¿por qué hemos de maldecir á esos valerosos apóstoles? Si es cierto que los últimos frailes habían degenerado, sus predecesores fueron hombres superiores, á quienes la sociedad mexicana é hispano-americana es deudora de la mayor parte de su civilización actual.

Si México debe mucho á los misioneros, el Paraguay les debe hasta su existencia propiamente dicha.

Sin los misioneros católicos, ¿qué sería hoy el Paraguay? Un territorio donde los blancos de Buenos Aires tendrían al-

gunos establecimientos fortificados y harían la guerra á pueblos indígenas demasiado numerosos y demasiado aguerridos para que se les pudiera someter fácilmente. En vez de eso encontramos allí, por fortuna, una nacion nueva que acaba de dar pruebas de toda su virilidad, y que mas discreta que la mayor parte de sus hermanas hispano-americanas, hace buen uso de su independencia.

En cuanto á mí, que, instintivamente, no he querido ni á los Jesuitas ni á los Domínicos, no puedo dejar de admirarlos muchas veces al ver tan de cerca sus obras, y confieso que sentí extrañas emociones cuando los azares de la guerra me conducian á visitar las ruinas de algun antiguo convento cuyo origen se remontaba á los tiempos de la Conquista. Me agradaba recorrer aquellas celdas abandonadas donde vivieron hombres que supieron encontrar en su fé ó en su fanatismo las fuerzas y la inteligencia necesarias para ayudar á la civilizacion á conquistar los inmensos países que se extienden desde Taos, en Nuevo México, hasta el establecimiento chileno de Puerto del Hambre, en el estrecho de Magallanes.

Los verdaderos amigos de la civilizacion deben tanto á esos misioneros y á esas órdenes monásticas como á Guillermo Penn y á los fundadores de la Nueva Inglaterra.

Las Casas es mas digno de admiracion que Hernan Cortés y que Pizarro; y por otra parte, ¿por qué no hemos de admirar el bien aun cuando su origen nos desagrada?

Esos conventos, desmantelados hoy, es verdad que ya no están habitados por frailes; pero en cambio se alojan en ellos soldados ó bandas revolucionarias, que son el azote del país.

En torno de aquellos conventos reinaban el orden, la paz y el respeto á las propiedades que ahora parecen desterrados de aquellos países para siempre.

V

Permanencia en Acámbaro.—El general Mendez.—Recuerdos históricos de Acámbaro.—Las antiguas tropas reales españolas y los primeros insurgentes.

Permanecimos un día entero en Acámbaro. Se leyó á las tropas una órden del día del general Mendez. El general nos decia que íbamos en direccion de Querétaro, adonde nos aguardaba el Soberano.

¡El Emperador iba á ponerse en persona al frente del ejército! Esta noticia nos electrizó. Nos representábamos al Emperador Maximiliano rodeado de Miramon, Márquez, Mejía, Mendez, Castillo y Arellano, generales que gozaban de un inmenso prestigio entre nosotros, y dando á los republicanos una batalla decisiva en que debiamos tomar la mayor parte.

En nuestro optimismo haciamos las mas erróneas suposiciones sobre el número de tropas ya reunidas en Querétaro, y sobre las que el Emperador llevaba consigo.

Hubo en casa del general una de esas pequeñas reuniones íntimas que se llaman tertulias, á las que yo tenia el honor de ser admitido. El general estaba rodeado de su familia, á la que no habia querido dejar en Morelia. Me mandó dar algunos periódicos procedentes de México y que habia dado órden de interceptar. En ellos leímos la relacion de los últimos preparativos de partida del ejército frances.

Se me enviaban aquellos periódicos en cambio de un periodiquito imperialista, *La Epoca*, que publiqué en Morelia, y del cual era propietario, redactor en jefe y responsable. El carácter de esta publicacion insignificante, pero adicta, se re-

sentia mucho de la juventud del redactor; tal era al menos el parecer del honorable Sr. Elguero, prefecto del Departamento.

El general Mendez no podia ocultar su despecho por la partida del ejército frances; pero no parecia muy desanimado, y pensaba decidir la cuestion en una gran batalla.

—Todo lo que pido, decia, es que el enemigo no siga huyendo de mí.

Traté de hacerle comprender que Francia no podia prestar por mas tiempo su apoyo al gobierno imperial sin provocar una guerra con los americanos del Norte, guerra funesta y sin resultado alguno para ella, aun en caso de triunfo. Pero él deploraba amargamente que la política imperial hubiera perdido tres años tratando inútilmente de atraerse esa masa de insurrectos que no combatian por principios, sino que vivian de la guerra civil y trataban de derrocar á la autoridad imperial como lo habian hecho con las precedentes.

Mendez queria al Emperador y le perdonaba con toda el alma sus faltas políticas, atribuyéndolas á sus buenas intenciones, á la bondad de su corazon, á su inexperiencia del arte de gobernar países tan profundamente trastornados como México, y á su falta de conocimiento de los hombres y de las cosas del Imperio.

La triste suerte de Maximiliano y el triunfo de Juarez nos han probado, por una parte, que las cualidades mas nobles del corazon son algunas veces verdaderos defectos para gobernar; y por la otra, que con la constancia, la energía y la experiencia se llega al fin, tarde ó temprano.

Maximiliano vacilaba siempre sobre las medidas que debian adoptarse y no podia seguir una idea hasta el fin. Juarez, por el contrario, no retrocedia ante los medios, y su tenacidad ha llegado á ser proverbial en México.

Muchas veces hablé al general Mendez de la posibilidad de

una invasion norte-america. Esto era tocar una de las fibras mas sensibles de su corazon: el patriotismo. Lo que perdonaba ménos á los republicanos era que mendigasen la proteccion de los yankees.

Creia casi imposible conjurar la invasion.

—Entónces, decia, combatiremos hasta lo último, y en caso de desgracia, me volveré guerrillero en estos pueblos donde nació, ó en las montañas de Zitácuaro, que conozco á fondo, y defenderé la independencia hasta la muerte. Compraré una imprenta portátil como la que tiene Régules, y si vd. quiere seguir mi suerte, dirigirá mi periódico, añadía sonriendo.

Esperaba que si debia morir en un campo de batalla, le mataria una bala americana.

¡Ay! el valiente general no sospechaba que el destino le reservaba una muerte mas triste y mas próxima.

Llegaron de Morelia algunos espías y le dijeron que el enemigo habia tomado posesion de la ciudad; que Corona y Régules no se habian atrevido á perseguirnos.

La guarnicion de Maravatío y algunas guardias rurales fueron á engrosar nuestro efectivo; el 19 de Febrero nos pusimos en marcha tomando el camino de Querétaro.

Acámbaro es un punto estratégico muy importante, de donde es fácil dirigirse á Morelia, Querétaro y varios otros puntos que domina. Muchas veces le ocuparon las tropas francesas.

Una vez, á fines de 1866, cundió el rumor de que habian derrotado y muerto al general Mendez en Uruapan, en los confines de Michoacan y de Jalisco. El 2º regimiento de zuavos, mandado por el coronel Clinchant, que estaba de guarnicion en Querétaro, recibió órden de ir á marchas forzadas en auxilio de Morelia. Los zuavos atravesaron en una sola jornada la enorme distancia que separa Querétaro de Acámbaro.

Cuando llegaron á este punto, el coronel Clinchant supo que era falsa la derrota del general Mendez, y que, al contrario, él habia derrotado á los republicanos; por consiguiente, se volvió á Querétaro. No por eso es ménos digna de admiracion esa marcha que, en caso de desgracia, habria salvado á Morelia.

En Acámbaro, el año de 1811, fué donde el gefe de la primera insurreccion contra España, el famoso cura Hidalgo, ántes de dirigirse á la capital, pasó revista á su ejército, que era el mas numeroso que se ha visto en México. Se componía de una masa de insurgentes que ascendia á cerca de cien mil hombres. Esa multitud, sin disciplina, sin organizacion, fué á estrellarse contra algunos miles de soldados realistas, criollos y europeos. La lucha de independencia fué una gran lucha; los insurgentes desplegaban un heroismo y una constancia admirables; pero como sucede casi siempre en esa clase de insurrecciones, deshonoraban su causa con excesos y pillajes vergonzosos.

Por su parte las tropas realistas manifestaban un valor fabuloso y una severidad inflexible. Un oficial salido de sus filas, Calleja, llegó á ser virey, y domoñó la insurreccion por medio de esas represiones terribles que la humanidad debe deplorar, pero que algunas veces evitan males cien veces peores.

Las fuerzas realistas se dividian de la manera siguiente:

1º Las tropas procedentes de España, que se llamaban cuerpos expedicionarios, y la fama de que acababan de combatir contra los soldados del gran Napoleon, acrecia la enorme superioridad que poseian ya sobre los insurgentes, que ignoraban completamente el arte militar.

2º Las tropas permanentes del país, que en nada cedian á las primeras, y aun algunas veces les eran superiores por su experiencia y su conocimiento perfecto del territorio.

3º Las tropas provinciales, que tenían casi todas las cualidades de las dos primeras, sin costar tan caro al Tesoro.

4º Los cuerpos auxiliares é irregulares.

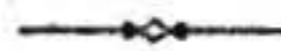
Esta organizacion, cuyo principal inconveniente consistia en producir rivalidades y envidia, creaba, sin embargo, emulacion y era admirablemente adaptada á las necesidades del gobierno. La infantería era esencialmente española, miéntras que la caballería estaba reclutada casi por completo en el país, que producía excelentes ginetes y buenos caballos.

¿Qué ha sido de esos bravos soldados del regimiento de Castilla, de las Ordenes Militares, de Zaragoza, de Navarra y de Logroño, de esos valientes ginetes de los regimientos Fieles de Potosí, dragones de la Nueva España, de esos infatigables infantes de Potosí, llamados *tamarindos*?

No pudiendo vencerlos la revolucion, halló la manera de acabar con ellos llamando en su auxilio á la anarquía.

Algo era en aquella época ser oficial de Su Majestad Católica el rey de todas las Españas. Un oficial de las tropas realistas podía ser llamado lo mismo á estar de guarnicion bajo el cielo tropical de la isla de Cuba, que á ir á combatir á los salvajes apaches en las fronteras de Sonora y de Nuevo-México, que á perseguir á los piratas maleses en el archipiélago de las Filipinas, ó á proteger las misiones del Paraguay contra los atrevidos nómades de Chaco, ó á combatir por la autoridad real al pié de los Andes.

Nos considerábamos sucesores de aquellos valientes soldados, y á pesar de las revoluciones, conservábamos todavía muchas tradiciones respetables.



VI

Tarimoro.—El artillero Jamaica.—El cruzamiento de las razas.—Los exploradores.—El guerrillero Villafuerte.—La compañía franca del capitán Clary.—Prestigio del ejército francés.

La columna pasó la noche del 19 al 20 en Tarimoro, pueblo que nada de particular ofrece, y se puso de nuevo en marcha al día siguiente.

Tarimoro había estado ocupado muchas veces por nuestros enemigos. Poco tiempo antes de que nosotros pasáramos, el general Mendez había sorprendido allí á una de sus bandas, que emprendió inmediatamente la fuga, pero no bastante á tiempo para evitar se diera muerte á algunos de sus ginetes y se le hiciera un prisionero, cuya historia va á ocuparnos un poco.

Queriendo dar una lección á los habitantes que consentían la presencia de los insurrectos entre ellos, se puso al pobre prisionero en *capilla*, es decir, se le encerró en una capilla para que emplease algunas horas de la noche en cumplir con sus deberes religiosos antes de pasar al otro mundo. Había sido cogido con las armas en la mano, y por tanto, no podía esperar que se le hiciera gracia. Sin embargo, no faltó quien se interesara por él; se probó al general Mendez que el condenado servía contra su gusto entre los liberales, que estos le habrían fusilado sin compasión, si hubiera manifestado la menor mala voluntad. El general, que no era cruel, como han querido hacerlo creer sus enemigos, sino solamente severo por necesidad, deseaba que le convencieran. Perdonó; ¿pero que se había de hacer de aquel muchacho? El capitán Salgado se encargó de él y le hizo artillero de 2ª clase en la 8ª batería.

Sea que se resintiese todavía de las terribles emociones que sufrió la noche que creía sería la última de su vida, sea que fuese naturalmente dócil, Jamaica, tal era el nombre que le daban sus camaradas, estaba dotado de una humildad y de una obediencia ejemplares.

—¿En qué pensabas, le pregunté muchas veces, aquella noche fatal?

—En nada, mi teniente, me respondía; pero tenía yo mucho miedo.

Habia permanecido poco tiempo con los republicanos, que le trataban muy mal porque se hallaban ellos mismos en la mayor miseria.

Jamaica llegó á ser uno de los mejores artilleros de nuestra batería, mostró mucho valor durante el sitio de Querétaro, nunca intentó desertar y le cobró verdadero cariño al comandante. El color de su piel era incierto, como sucedía con la mayor parte de nuestros artilleros.

El cruzamiento de las dos razas, blanca é india, muy avanzado ya, ha producido una multitud de tipos difíciles de clasificar, pero generalmente muy bellos, sobre todo en las mujeres. Se les designa bajo el nombre de trigueños. Esta mezcla ha penetrado mas ó ménos en casi todas las familias. Hay muy pocas que puedan considerarse de sangre pura de toda mezcla, sea blanca, sea india.

El estado mayor de Maximiliano presentaba los tipos mas diversos. El Emperador era un magnífico hijo de la Germania, de barba rubia y de ojos azules; Miramon, un verdadero pirenaico, su abuelo era bearnés; Mejía, un indio de raza pura de la Sierra Madre; Mendez, un hermoso tipo indio, de semblante lustroso, de bigotes ásperos y largos, pero poco tupidos, de cabellos lácios y negros como azabache. Castillo parecía un sabio encorvado por la edad y por el estudio.

Mendez y otros muchos á quienes conocí, aunque de origen indio, eran verdaderamente españoles por la educacion. Mendez nació en Ario, Michoacan, donde se habla la bella lengua castellana desde la conquista.

A la vanguardia de nuestra columna marchaba la pequeña tropa irregular de los exploradores, que contaban cosa de cincuenta caballos. Era poco; pero tambien ¡qué hombres! Mitad soldados, mitad bandidos, habian sido reclutados entre la flor y nata de los guerrilleros de la provincia, y prestaban grandes servicios por su audacia y su conocimiento del terreno. Se habria podido decir que olfateaban de léjos á los republicanos. Tenian ojos de águila, y descubrian al enemigo por distante que estuviese. Su gefe, un tal Villafuerte, era digno de mandar á semejantes hombres, porque les superaba mucho en experiencia y valor. Alto y perfectamente proporcionado, siempre montado admirablemente y vestido con un rico traje nacional, llevando un ancho sombrero bordado de oro y de plata, bajo el cual se abrigaba un semblante huesoso, abronzado é imberbe, Villafuerte era un magnífico tipo de guerrillero. Excelente ginete, tenia maneras de rico propietario de hacienda. Esa elegancia natural contrastaba con su ignorancia. Villafuerte ni siquiera sabia leer. Su hermano, que se le parecia mucho bajo todos aspectos, estaba encargado de la administracion de su pequeño escuadron; administracion muy simplificada, por otra parte, porque cada soldado recibia un sueldo elevado, con el cual atendia á todas sus necesidades.

Cuando el general Mendez partia para una expedicion, llevaba siempre á Villafuerte y á sus exploradores consigo, y sabia sacar de ellos los mas útiles servicios. ¿Temia una emboscada, queria, por medio de un movimiento atrevido, descubrir al enemigo ó reconocer el terreno? El general Mendez llamaba en el acto á Villafuerte, le daba algunas instrucciones, y se

veía á este último, seguido de sus intrépidos partidarios, lanzarse en la dirección indicada, y llevar á cabo las misiones más difíciles, con una habilidad admirablemente secundada por una rara audacia y una sangre fría prodigiosa.

Las heridas más graves parecían incomodar apenas á nuestro guerrillero, cuyo cuerpo de hierro era infatigable. Se contaban de él rasgos fabulosos. El general Mendez le manifestaba cierta consideración, aunque en el fondo le estimaba muy poco.

Villafuerte y sus soldados no tenían opiniones políticas bien fijas; pero servían al Imperio porque estaban bien pagados, y le servían fielmente; así es que eran fusilados sin piedad cuando caían en poder del enemigo. Muchos de ellos habían servido en la banda de Romero, ese famoso guerrillero que dió tanto quehacer á los soldados del cuerpo expedicionario francés, y que acabó por ser fusilado en la plazuela de Mixcalco en México.

El general Mendez tenía plena confianza en sus exploradores; deplorando en secreto verse obligado á servirse de semejante gente, me confesó que con ellos se aventuraba en los sitios más peligrosos, sin temer nada de un enemigo diez veces más numeroso. Por otra parte, Villafuerte era un hombre temible; probablemente habría obrado por su propia cuenta si se hubieran rehusado sus servicios. Habría dado mucho quehacer en semejante caso, y era preferible tenerle por auxiliar que por enemigo; tanto más, cuanto que en la guerra de partidos que se hacía en aquella época, la experiencia había demostrado, por desgracia, que las tropas de línea eran á veces muy inferiores á una banda de atrevidos guerrilleros bien mandados.

Si el general Mendez, á pesar de su severidad en materia de honor y de disciplina, se veía obligado, por decirlo así, á

contar con hombres como Villafuerte, fácil es de calcular cuáles serian los elementos que los disidentes admitian en su seno.

Los gefes republicanos no podian ser difíciles; por consiguiente admitian todo, y muchas veces se veian en la obligacion de cerrar los ojos sobre los imperdonables abusos de sus peligrosos auxiliares.

Para combatir ventajosamente á estos últimos, se necesitaban gefes de columna como el general Mendez, ú oficiales de un temple especial, como el capitan Clary, comandante de una compañía franca, formada con hombres escogidos, tomados de los diferentes cuerpos de tropas francesas.

La compañía franca del capitan Clary hizo prodigios de valor y de habilidad en los países limítrofes de Michoacán, sin atraerse, como la contraguerrilla del coronel Dupin, la execracion universal por medidas injustas ó demasiado severas respecto del enemigo, con el que se confundia algunas veces á los neutrales, y aun á los amigos!..... La compañía del capitan Clary habria atacado sola, si hubiera podido alcanzarle, á todo el ejército republicano reunido, llamado ejército del centro, que mandaba el tenaz Régules, y le habria derrotado sin duda, á juzgar por el estado de miseria y de desorganizacion á que habian llegado los republicanos con motivo de sus derrotas sucesivas.

La presencia sola de la compañía franca en Queréndaro, grande hacienda situada á una jornada de Morelia, protegía esta ciudad cuando el general Mendez se ausentaba con la totalidad de sus tropas.

Cuando el ejército frances desembarcó en México, los zuaivos y los Cazadores de Africa llegaron precedidos de una reputacion heroica y colosal, á causa de las mil narraciones de las campañas de Crimea y de Italia, cuyas traducciones son excesivamente populares entre los mexicanos. Sin exagera

cion, los Cazadores de Africa correspondieron bastante bien á lo que de ellos se esperaba. Sus caballos causaban la admiracion de todos. Seria injusto, sin embargo, creer que los mexicanos les fuesen inferiores en valor personal; pero la organizacion, apénas bosquejada, de la caballería republicana, el mal estado de sus caballos y de su armamento, eran las causas principales de su inferioridad.

Muchas veces oí á los oficiales de la caballería liberal que habian combatido contra la caballería francesa en Cholula y en Atlixco, durante el sitio de Puebla, contar esas brillantes acciones. Confesaban que en el momento de la carga se creian en el dia del juicio final. No podian oponer otra cosa que el valor de la desesperacion contra el formidable choque de los caballos árabes y de los terribles sablazos de los Cazadores de Africa. Sus escuadrones sin consistencia eran rechazados como por un huracan; la fuga, en la que muchos soldados buscaban la salvacion, no era posible ante los corceles que montaban los Cazadores.

De ahí el secreto de esas carnicerías de que todavía se habla. La caballería de la frontera, mandada por Quiroga, resistia valientemente; pero ¿qué podia esperarse de los partidarios indisciplinados de Carbajal?

VII

Celaya.—La brigada del coronel Quiroga.—El gefe republicano Franco.—El campo de batalla de la Estancia de las Vacas.

Nuestra columna levantaba al andar una nube de polvo mezclado con salitre, de que está lleno el terreno vecino de Celaya. Este polvo causaba sed á gentes y animales, lo que agregado á un fuerte calor, nos hacia desear ardientemente llegar á Celaya.

Esta ciudad, donde pasamos la noche del 21 de Febrero, es de bastante importancia. Forma parte del país llamado Bajío, uno de los mas poblados de México, y cuyas principales ciudades son: Silao, Leon y Salamanca. Celaya posee fábricas de sarapes que gozan de gran reputacion en el país.

El coronel Quiroga se hallaba en Celaya con su brigada de caballería de la frontera del Norte. Como nosotros, las tropas de Quiroga habian tenido que evacuar los pueblos que guarnecian, y luego San Luis, para replegarse á Querétaro.

Mas tarde tendré ocasion de hablar de Quiroga, que ha escapado á los fusilamientos, y que, á lo que creo, está llamado á representar algun dia un papel importante en los destinos de México. Es un hombre valiente, hijo natural del viejo D. Santiago Vidaurri. Ha heredado toda la influencia y todo el prestigio que tenia su padre en las provincias del Norte.

Los ginetes de la Frontera, que acababan de distinguirse pocos dias ántes en la Quemada, estaban medianamente montados, bien armados, y llevaban blusas grises, fabricadas, en su origen, para los batallones de cazadores franco-mexicanos.

Celaya posee magníficos conventos, de los cuales uno sobre todo, en el que estaba alojada provisionalmente mi batería, ofrece un aspecto monumental imponente. Como en todas partes, la poblacion estaba dividida en dos campos políticos, pero allí dominaban los conservadores; de manera que la ciudad no estaba en olor de santidad entre los republicanos.

Un vecino me contó que en una requisicion hecha algunos dias ántes por el famoso guerrillero republicano Franco, habia tenido que dar su caballo, al que queria mucho.

—Luego que la guarnicion abandonó nuestra ciudad, me dijo, Franco entró á la cabeza de una banda de caballería, de aspecto miserable. Permaneció aquí poco tiempo; pero ántes de partir recogió todos los caballos, fusiles y otros objetos

necesarios á su tropa, sin contar con el dinero que produjo un préstamo forzoso, dando en cambio de todo bonos de ilusorio valor.

Mi interlocutor me declaró con franqueza que no pensaria mucho en su caballo si hubiera tenido que cederle á los imperiales; pero que sentiria toda su vida haber contribuido así, aunque contra toda su voluntad, á remontar á Franco.

Cuando los imperialistas ocuparon de nuevo la ciudad, se trabajó inmediatamente en ponerla en estado de defensa: se organizó un batallon de tropas provinciales, que se distinguió en Querétaro, al mando de un oficial superior llamado Gayon. Todo el Bajío, y particularmente Celaya, dió excelentes soldados. El reclutamiento voluntario se practica allí mas fácilmente que en cualquiera otra parte.

El 22 nuestra columna se puso de nuevo en marcha para Querétaro. El camino fué bastante agradable hasta Apaseo, y no fué señalado por ningun incidente notable, sino por la vista de varios cadáveres de ladrones colgados de los árboles que hay á orillas del camino. Un destacamento de caballería de Celaya los habia sorprendido en el momento en que desbalijaban una diligencia. Fueron muertos ó fusilados y colgados despues. Sus cadáveres, disecados ya, presentaban un aspecto horrible.

Pasamos la noche del 22 al 23 en Apaseo, pueblo encantador situado á cuatro leguas de Querétaro, y salimos de allí al despuntar el dia.

Llegamos luego á la Estancia de las Vacas, lugar célebre en los anales de la guerra civil, por haber sido testigo de una victoria obtenida por el general Miramon, presidente entonces, sobre las tropas revolucionarias.

Los disidentes estaban mandados por Degollado, organizador infatigable de las fuerzas militares del partido republica-

no. Degollado era una de las grandes figuras de este partido; fué muerto por los nuestros, pero despues de haber visto el triunfo de la causa que sirvió con una constancia y una inteligencia poco comunes.

Los revolucionarios ocupaban una posición formidable que parecia inexpugnable á primera vista. Miramon contaba para combatirlos con tropas muy inferiores en número, pero bastante bien disciplinadas. En aquella época el general habia llegado al punto culminante de su fortuna. Los atacó con ese valor y esa audacia que hicieron su reputacion. La fortuna le sonrió una vez mas, y derrotó completamente á los liberales.

El general Mendez mandaba entónces un batallon de cazadores á pié, que se distinguió mucho en aquel hecho de armas. Varios oficiales que tomaron parte en él, nos contaron sus peripecias; su narracion entusiasta nos inflamaba de tal modo, que anhelábamos con todo nuestro corazon una nueva edicion de aquel combate, ansiosos de probar que en nada les cediamos á nuestros antecesores.

VIII

Querétaro.—El Emperador.—Revista pasada por el Emperador ántes de nuestra entrada á Querétaro.—Aspecto de Querétaro.—Revista en el llano de Carretas de las fuerzas imperiales reunidas ántes de nuestra llegada.—El primer batallon de artillería.

¡Al fin descubrimos Querétaro! Nos dijeron que el Emperador iba al encuentro de la columna para pasarle revista ántes de que entrara á la ciudad. Esta noticia produjo en nosotros una loca alegría. Inmediatamente se tomaron dispo-

siciones para recibir dignamente al soberano; la columna se formó en batalla en el camino, y aguardó.

La espera fué corta. Pronto vimos un torbellino de polvo que se adelantaba rápidamente hácia nosotros. El Emperador se presentó á nuestra vista, rodeado de un brillante estado mayor, del que formaban parte Márquez y Miramon.

Al verle, una conmocion eléctrica recorrió la columna de uno á otro extremo; las tropas le acogieron con los gritos frenéticos de ¡viva el Emperador! A su lado se hallaba el general Mendez, que le enseñaba, con un orgullo fácil de comprender, las viejas y fieles tropas que tantas veces habia conducido á la victoria.

Las bandas de los cuerpos tocaban el himno nacional, los tambores batian marcha. El Emperador, conmovido, se detuvo frente al cuerpo que llevaba su nombre, quiso tomar la bandera de su batallon y le dirigió algunas nobles palabras, de esas que llegan al alma y que tan fácilmente sabia encontrar en semejantes circunstancias.

Los viejos soldados indígenas, que hasta entónces le habian servido con tanta fidelidad, y que debian ver algunos dias despues segadas sus filas por defenderle, respondieron con frenéticas aclamaciones.

Recordaré toda mi vida, como si hubiera sido ayer, el momento en que el Emperador Maximiliano llegó frente á nosotros y miró nuestra batería con interes.

¡Que hermoso y que lleno de majestad era aquel noble descendiente de los Césares germanos! ¡Que bien se reflejaban en su elevada estatura, en sus grandes ojos azules y en su blanco semblante, la grandeza y la nobleza de su alma!

¡Viva el Emperador! tal era el grito que se escapaba de todos los pechos.

Mas tarde supe que la impresion que produjo en el Empe-

rador el aspecto de nuestra columna y la recepcion que le hicimos, fué de las mejores; comprendió que con semejante refuerzo se podia esperar todavía la victoria, y sintió amargamente no haber conocido ántes esas tropas nacionales tan modestas, pero demasiado abandonadas por sus ministros, y que iban á probarle su adhesion á su augusta persona.

Concluida la revista, entramos á Querétaro. Esta ciudad, de cierta importancia, se parece á todas las ciudades de la América española; se ven allí calles cortadas en ángulo recto, numerosas iglesias ó antiguos conventos, de una arquitectura en que están confundidos los estilos morisco y gótico, y cuyas cúpulas y torres, vistas de léjos, darian al viajero que no estuviese acostumbrado á recorrer aquellos pueblos, una falsa idea de la importancia real de la ciudad.

La poblacion, donde dominaba el elemento conservador, nos recibió muy bien: ya por fin hay verdaderas tropas nacionales, se decia, y los antiguos vecinos nos confesaban, tal vez con demasiada parcialidad, que no las habian visto iguales desde la guerra contra los americanos.

Yo creia encontrar en Querétaro algunos de aquellos cuerpos, nuevamente organizados, de que tanto habiamos oido hablar, y tropas mas brillantes por lo ménos que las nuestras; pero nada de eso. La política fatal de los primeros años del Imperio, los últimos desastres, la retirada del cuerpo expedicionario y de las legiones extranjeras, el licenciamiento de los batallones de cazadores franco-mexicanos, habian dejado desprovisto al Imperio, y sin la llegada de nuestras tropas de Michoacan, no se habria podido detener al enemigo mas que ante los muros de la capital, porque las tropas concentradas en Querétaro no eran bastante numerosas, ni estaban en estado de poder emprender una campaña séria. Por otra parte, para asegurarme de ello, me aconsejaron que asistiese á la

revista de estas últimas, reunidas en el llano de Carretas, al Sur de la ciudad, adonde el Emperador se había dirigido después de habernos recibido.

Luego que las exigencias del servicio me lo permitieron, corrí allá á caballo, llegué á tiempo para ver el desfile, y me desengañé cruelmente.

A la cabeza marchaba la 3ª compañía de ingenieros, cuyo buen aspecto me llamó la atención. Iba después otro cuerpo por el cual tenía yo un interés fácil de comprender: los cazadores franco-mexicanos; este pequeño batallón era el resto de los cuerpos conocidos con el nombre de Cazadores de México, licenciados en el momento en que cesó la Intervención, muchos de cuyos oficiales, suboficiales y soldados habían salido del ejército frances.

Mas de una vez tendré ocasión de hablar de aquella valiente tropa.

Seguía la guardia municipal de México. La mandaba el joven y caballeroso Rodríguez, antiguo oficial del Emperador, y que, como la mayor parte de sus oficiales, debía encontrar muy pronto una muerte gloriosa.

Los otros cuerpos dignos de notarse eran el 7º de línea, los tiradores de la frontera y el batallón de Celaya. Este último tenía un nombre glorioso en los anales militares del país.

El batallón provincial de Celaya había sido, desde su origen, uno de los mejores sostenes del poder de los vireyes. Su último coronel, Iturbide, terror de los insurgentes de la época, llegó á ser emperador. La historia y el carácter de este soberano efímero, ofrecen extraordinarios puntos de contacto con la historia y el carácter de Murat.

El batallón de Celaya que estaba en el sitio de Querétaro, con sus blusas grises y sus harapos, se parecía poco al anti-

guo batallon de Celaya, que llegó á ser en México la pequeña guardia pretoriana del Emperador Iturbide; pero á lo ménos no le cedia un ápice en valor, y lo probó, por otra parte, algunos dias despues de la revista de que hablo.

Tocó su vez á la caballería y me desilusionó todavía mas. Apénas el regimiento de la Emperatriz, mandado por oficiales valientes y distinguidos, un escuadron de la guardia municipal de México y otro de húsares austro-mexicanos, merecian verdaderamente el nombre de caballería regular; el resto no era mas que *chinaca verde*, como decian irónicamente los oficiales de mejor época, haciendo alusion á la *chinaca roja*, sobrenombre dado á las bandas indisciplinadas de caballería republicana, vestidas de blusas rojas, por las que profesábamos el mas profundo desprecio.

El mal estado de los caballos, la organizacion muy reciente de algunos escuadrones, y la composicion todavía mas inferior de algunos otros que llevaban el nombre de auxiliares y de guardias rurales, les quitaban toda importancia el dia de una batalla formal; estaban buenos, cuando mucho, para servir de exploradores.

Nos consolaba pensar que en último análisis valian tanto como nuestros adversarios.

Debo, sin embargo, exceptuar de esta última clasificacion dos regimientos de voluntarios reclutados en la provincia de la frontera del Norte. Era la brava caballería del coronel Quiroga, llena de ardor, hábilmente mandada, bien armada y equipada de nuevo, de la que ya he hablado.

La artillería no correspondia á lo que me habia esperado.

Muchas veces, én marcha para Querétaro, pensábamos con tristeza en la mala figura que haria nuestra batería comparada con las que se hallaban reunidas en aquella ciudad; pero no sucedió así. Si el material de las otras baterías estaba en bas-

tante buen estado, el personal, improvisado por el coronel Arellano y mandado por oficiales, torpes en su mayor parte por haber dejado de servir largo tiempo, era mediano, y nuestros artilleros, con sus uniformes de antiguo reglamento (uniformes copiados del modelo frances), tenían buena apariencia.

Por fortuna, la artillería se mejoró cada vez mas, gracias á los cuidados del coronel Arellano, nombrado general por el Emperador durante el sitio. La actividad y la inteligencia superior del general Arellano se hicieron proverbiales.

Muchas veces se nos presentará la ocasion de hablar de nuevo de este personaje, que conquistó una gran celebridad durante y despues de los acontecimientos que causaron la caída del Imperio. Por ahora diré que ningun gefe de cuerpo ha tenido jamas un prestigio tan grande sobre sus subordinados como el coronel Arellano. Sus vastos conocimientos en el arma, sus brillantes antecedentes, su distincion y su valor, le daban una superioridad incontestable é incontestada. No teniamos mas que cuarenta piezas, pero esperábamos otras dos baterías que debian acompañar un convoy formado en la capital.

IX

Honras fúnebres por el descanso del alma de Joaquin Miramon.—Ejecucion de Joaquin Miramon.—El desastre de San Jacinto.—Ejecucion de los gendarmes imperiales de Guadalajara.

Al siguiente dia de nuestra llegada á Querétaro, hubo en la iglesia de San Francisco honras fúnebres por el descanso del alma de Joaquin Miramon, hermano del general Miramon. Todos los oficiales fueron invitados á asistir. El Emperador

honró la ceremonia con su presencia. La iglesia contenía, además, muchos partidarios del Imperio.

Las circunstancias que causaron la muerte de Joaquin Miramon bien merecen algunos detalles.

En el desgraciado hecho de armas de San Jacinto, dos regimientos de nuestra caballería, el 2º y el 9º, organizados de prisa con escuadrones de guardias rurales, huyeron acometidos de pánico é introdujeron el desórden en la infantería. El general Miramon estaba desesperado; sus esfuerzos para detener al enemigo y la fuga de los suyos, habian sido infructuosos. Un cuerpo republicano, del que mas tarde hablaremos, los cazadores de Galeana, armados de rifles americanos de diez y seis tiros, hacia sobre los nuestros un fuego nutrido y certero. Miramon, á pié, dirigió los últimos tiros de cañon. Sabiendo que su hermano Joaquin acababa de ser gravemente herido en un pié, corrió á encontrarle y le ordenó que se retirara del campo de batalla. Joaquin insistió en quedarse y sostener la retirada con sus tiradores; pero el general Miramon repitió su órden formal y Joaquin subió á una carretela.

Pocas horas despues, Joaquin caia en manos de los republicanos, que le condujeron á la hacienda de Tepetates, donde se encontraba todavía cuando Juarez supo que Miramon, que habia logrado unirse con las tropas del general Castillo en el camino de San Luis, acababa de tomar la revancha en la Quemada el 1º de Febrero de 1867.

En esta accion, un jóven general de los republicanos se hizo matar cargando valientemente á la cabeza de una columna de caballería. Su cadáver, recogido por los imperiales, fué respetuosamente enterrado por órden de Miramon.

Por desgracia para Joaquin, algunos republicanos, deseando hacer de aquel jóven gefe muerto con honor, un mártir de su causa, dijeron á gritos que habia sido fusilado de órden de los

generales del Imperio, y que era preciso vengarle en la persona de Joaquin Miramon.

Era un error ó una infamia; pero Joaquin Miramon le pagó con su vida. Los republicanos se apoderaron de este pretexto para librarse de uno de los cinco hermanos que les habian hecho una guerra sin cuartel.

Le concedieron á Joaquin Miramon algunas horas de la noche para que se preparara á la muerte. Declaró que tenia una pierna mutilada y que ni siquiera podria marchar al suplicio. Todo fué en vano.

Pidió ver al coronel Montesinos y á otros varios oficiales de la division republicana, llamada division del Norte. Todo fué inútil. Se le mandó contestar que no habia necesidad de oirle; entónces Joaquin tomó valerosamente su partido, se dispuso á morir y escribió á su mujer y á su hermano.

Pronto sonó la hora fatal. No habia luz todavía cuando fueron á buscar al prisionero. Joaquin Miramon pasaba generalmente por carecer de valor personal y ser una excepcion entre sus hermanos. Se contaba á este respecto que mas de una vez su hermano el Presidente se lo habia reprochado de una manera pública y cruel; así es que su conducta en San Jacinto habia asombrado á todo el mundo. Se creia, por lo mismo, que moriria cobardemente; pero al contrario, luego que llegó al lugar de la ejecucion pidió que se le apoyase contra la pared, porque tenia mutilado un pié y queria recibir la muerte parado. La recibió con un valor que jamas se habria esperado de él.

Sus últimas voluntades fueron fielmente ejecutadas, y el administrador de la hacienda recogió el cuerpo.

Miramon, al saber la muerte de su hermano, sintió tanto dolor como cólera. Lanzó en esa ocasion una proclama enérgica, en la que era fácil de reconocer el estilo del coronel Are-

llano, y que concluía con estas palabras de Breno: *¡Ay de los vencidos!*

La derrota de San Jacinto, tan fecunda en reveses para nosotros, es la tercera y última batalla que Miramon perdió en el curso de su brillante carrera. Costó la vida, no solamente á Joaquin Miramon, sino tambien á los gendarmes imperiales de la seccion de Guadalajara. Esta seccion se componia de cosa de trescientos hombres á pié y á caballo, franceses y mexicanos; pero habia mas de los primeros. Habia sido organizada primitivamente por M. Berthelin, oficial frances de mucho valor, que pasó al servicio del imperio y que dejó terribles recuerdos en Jalisco. Los republicanos lograron matarle en una accion muy acalorada que tuvo lugar en el camino de Colima á Guadalajara, accion en la que pereció tambien el conde de Moynier-Chamborand, oficial valiente si los hubo.

Algunos dias ántes de San Jacinto, la gendarmería se habia conducido admirablemente en la toma de Zacatecas. En consecuencia, en el combate siguiente fué colocada á la vanguardia. Por desgracia, el comandante Berthelin no existia ya, y su sucesor no estaba á la altura de su mision. Mediante la fatalidad, la gendarmería sucumbió completamente, pero con honor, ante aquellos ginetes republicanos armados de rifles americanos de á diez y seis tiros, de que ya he hablado.

Los gendarmes que no perecieron fueron hechos prisioneros; muy pocos escaparon.

Algunos dias despues de la batalla, los prisioneros de los republicanos se disponian á lavar su ropa y á instalarse, con esa inteligencia y esa actividad peculiares á los viejos soldados de Africa, casi todos salidos de las filas del ejército frances, cuando se les anunció que iban á ser fusilados de orden del C. Presidente de la República. Al mismo tiempo, el ba-

tallon que los custodiaba tomó las armas, tanto para prevenir una tentativa desesperada, cuanto para ejecutar la orden que se acababa de recibir.

Los infortunados prisioneros estaban llenos de estupor ó eran presa de las atroces angustias que preceden á esas muertes espantosas. Algunos, débiles de carácter, ofrecian servir á la República con la misma fidelidad que habian servido al imperio, si se les queria conceder la vida; otros se exaltaban ó trataban de aturdirse cantando la Marsellesa.

Se les pasó lista, y despues fueron conducidos en pequeños pelotones al lugar de la ejecucion y el fusilamiento comenzó. Esos desventurados, al partir, abrazaban con desesperacion á sus hermanos de armas cuya vez no habia llegado aún, pero que no debia tardar, y se vendaban mutuamente los ojos.

Se aplicaba dos cañones de fusil en el cráneo de cada uno y..... se tiraba del gatillo. La ejecucion se hacia mas pronto de aquel modo; sin embargo, duró dos horas. Los oficiales de la division del Norte, entre los cuales se encontraban algunos que habian concurrido al sitio de Puebla y que estimaban mucho á aquellos desgraciados, lloraban como niños. Su emocion se comunicaba á los soldados.

Por fin, terminada la ejecucion, llegó la noche á cubrir con su velo aquella carnicería humana, donde se encontraban mas de cien cadáveres ensangrentados, casi desnudos y espantosamente mutilados.

A los reproches que se les hicieron, los republicanos contestaron que aquellos hombres eran mercenarios, y que se habian vengado en ellos de las numerosas ejecuciones de ese género hechas por la Intervencion y el Imperio.

No considerar al imperio como beligerante era mas que ridículo, y hacer ejecuciones como la de la gendarmería, era exagerar indignamente la severidad de las leyes de la guerra,

que el imperio no aplicaba mas que contra los cuerpos irregulares que se llaman *guerrillas*, y que son á las tropas permanentes lo que son los corsarios á la marina militar.

Para los republicanos éramos traidores que no mereciamos consideracion alguna, por haber llamado en nuestra ayuda al extranjero. Marcaban, sobre todo, esta última circunstancia, cuidando de desnaturalizar la Intervencion á los ojos del vulgo, que la confundia con una invasion.

Supe los detalles que preceden por los oficiales del batallon de Nuevo-Leon, que asistieron á la ejecucion y me contaron sus incidentes cuando, despues de la ocupacion de Querétaro, estuve prisionero bajo su custodia en San Luis Potosí.

Teniamos aún algunos gendarmes en Querétaro; se trató de reorganizarlos, pero no habia oficial alguno verdaderamente capaz de semejante tarea. Por otra parte, esa gendarmería habia perdido completamente su carácter y su primer destino. Era mas bien un cuerpo franco que otra cosa. Los nuevos reclutas habian sido aceptados sin exámen de moralidad. Habia entre ellos soldados excelentes salidos del cuerpo expedicionario; pero se habian deslizado ciertos hombres que se llaman *prácticos* en estiló soldadesco, y los supervivientes de San Jacinto se hallaban terriblemente desmoralizados.

La gendarmería costó muy caro durante el sitio, y no hizo nada notable, porque estuvo siempre mal mandada. Habia en ella, sin embargo, algunos hombres atrevidos que se distinguieron; entre otros, un jóven subteniente llamado Baillet, ex-suboficial de Cazadores de Africa, y dos mexicanos: el ayudante suboficial Esparza y un tal Pedro Márquez.

X

Banquete dado por el Emperador á los oficiales superiores de la division Mendez.
Organizacion general.—Querétaro ántes del sitio.

Pocos dias despues de nuestra llegada, el Emperador dió un banquete al general Mendez y á los oficiales superiores de nuestra brigada.

La fiesta fué suntuosa, y los oficiales, tratados con distincion, salieron encantados del Soberano, á quien la mayor parte de ellos veian por primera vez.

Todos aquellos valientes oficiales, con el general Mendez á la cabeza, combatian á muerte á los republicanos desde la revolucion de Ayutla, es decir, cinco años ántes de la Intervencion francesa, sin pedir jamas cuartel y pasando muchas veces por las mas duras alternativas.

El Emperador no los conocia ni habia hecho caso de ellos hasta entónces, colocado como estaba en un círculo de liberales y de extranjeros que odiaban ó ignoraban los buenos elementos militares del país, círculo que juzgaba á las tropas de Michoacan por las que se conocian con el nombre de auxiliares, y por el depósito de oficiales de la capital, que no se tenia valor ni voluntad de depurar, y que se dejaba vivir en la inaccion y en la miseria. En aquel círculo fatal era de buen tono aborrecer y despreciar los últimos restos del ejército indígena y considerar su reorganizacion como imposible.

Despues del banquete, se celebró en la casa del Emperador un consejo de guerra, en el que se resolvió, segun supe mas tarde, que se evacuaria la ciudad el 26 de Febrero para ir al

encuentro de Escobedo, que venia del Norte con el grueso de las fuerzas republicanas, y que se marcharia despues contra Corona y Régules, que llegaban por Acámbaro, siguiendo el camino tomado por la brigada Mendez.

Si se hubiera ejecutado ese plan, el triunfo de las armas imperiales era seguro; pero motivos que ignoro nos retuvieron en Querétaro. A esta falta se agregó la de mantenernos á la defensiva cuando se presentó el enemigo.

Entretanto se trató de completar nuestra organizacion. Mucho lo necesitábamos. Se reformaron los cuadros, se aumentó el efectivo de algunos cuerpos demasiado débiles y se organizaron los diferentes servicios lo mejor que se pudo.

Ya era muy tarde, y los elementos no abundaban.

Una de las mayores dificultades consistia en contentar á los principales gefes, que todos ambicionaban mandos importantes.

Miramon, á quien su prestigio, su carácter y el hecho de haber sido presidente de la República, hacian mas difícil de tratar como subordinado, recibió el mando de toda la infantería, de la que se hicieron dos divisiones. El de la caballería le tocó al general Mejía; formaba tres pequeñas brigadas. El coronel Arellano conservó el mando de la artillería y el coronel Reyes fué encargado del de los ingenieros. El general Castillo, que mandaba una division de infantería, reemplazó al general Márquez como gefe de Estado mayor general, cuando el último partió á México.

Se creó una brigada escogida mixta para formar la reserva, y su mando tocó, naturalmente, al general Mendez. Estaba compuesta del modo siguiente: 3ª compañía de ingenieros, batallones del Emperador y 3º de línea, regimiento de dragones de la Emperatriz, escuadron de húsares, escolta del Emperador. Se le agregó mi batería, y tuve así la satisfac-

cion de permanecer con nuestro valiente jefe de Michoacan.

El todo reunido no llegaba á 9,000 hombres. Con este embrion de ejército el Emperador Maximiliano queria intentar la salvacion del Imperio, ó por lo ménos sucumbir con gloria en caso de desastre.

Se aguardaba tambien al general Olvera, el hombre mas influente, despues de Mejía, en las montañas vecinas á Querétaro, y que debia llevar consigo dos ó tres mil indios montañeses.

Se emplearon los últimos dias en esta organizacion, en la cual tomó gran parte el antiguo jefe político de la frontera, D. Santiago Vidaurri, nombrado ministro de la guerra.

Se pasaron revistas. El general Mendez reunió en el llano de Carretas todas las tropas que habia llevado á Querétaro, para despedirse de las que iba á separarse.

Como en Morelia, se formó el cuadro. El general Mendez pronunció con voz sonora como un clarin, una enérgica arenga, que agradó á todos y conmovió, sobre todo, á los que debian separarse de él momentáneamente; eran los batallones de Zamora, de Iturbide, el 12 de línea, los regimientos 4º y 5º de caballería y varios escuadrones irregulares; despues tomó el mando de la brigada de reserva.

Miramon y Mejía pasaron tambien revista á sus respectivas tropas.

En la hipótesis de una marcha próxima para el Interior, se puso á la ciudad al abrigo de una sorpresa por medio de fuertes atrincheramientos.

Querétaro es la clave de la parte central de México. Las tropas de la intervencion se habian aprovechado de su excelente situacion, que hace de Querétaro el punto de interseccion de varios caminos del Norte y del Poniente, para establecer allí una base de operaciones, almacenes y un hospital.

Querétaro cubre hasta cierto punto la capital; pero es una ciudad abierta y dominada por todas partes por montañas, excepto, sin embargo, al Oeste, donde se encuentra el cerro de las Campanas, altura aislada, bastante próxima á la ciudad, y dominando el llano, así como el camino de Celaya.

Durante los dias que precedieron al sitio habia en Querétaro mucha animacion. La presencia del Emperador, la reunion de las tropas y la fiebre de un entusiasmo político momentáneo eran las principales causas de aquel movimiento. Ya he dicho que la mayoría de la poblacion nos manifestaba la mas viva simpatía; mas tarde probaré cómo se convirtió esa simpatía en adhesion á la causa imperial.

Cuando el Emperador se lanzó atrevidamente al peligro para tratar de salvar el imperio, en vez de embarcarse como se le aconsejaba, esta resolucion caballerosa agradó á todos, y principalmente á los vecinos de Querétaro, donde vino á ponerse á la cabeza de sus últimos leales. Se le hizo una recepcion entusiasta. El Emperador, que tenia necesidad mas que nunca en aquellos momentos supremos de manifestaciones de simpatía y de demostraciones estimulantes, se conmovió profundamente. De ahí el secreto de ese afecto que profesaba á Querétaro, á la que llamaba su *querida*, y de la resistencia que oponia cuando se le proponia evacuarla y abandonarla al enemigo. Temia, y el porvenir justificó sus temores, que los republicanos se vengasen en aquella poblacion de la resistencia que se les oponia, y le hicieran pagar muy caro su adhesion al imperio.

La compañía dramática de Querétaro se aprovechó de nuestra presencia para dar algunas representaciones que fueron muy concurridas. El teatro es bueno, no faltaban lindas mujeres y numerosos uniformes. Se representaron algunas piezas traducidas del repertorio frances, entre otras *Matilde*, drama

sacado de una novela de Eugenio Sue, y que fué bastante bien desempeñado.

Ya he dicho que reina en México nuestra literatura. Tan cierto es esto, que se debe agregar que reina demasiado, con detrimento de la literatura española. La mayor parte de las piezas del repertorio parisiense se representan con grande éxito; por desgracia, los traductores mexicanos, á pesar del talento de algunos, no siempre son felices en la eleccion de las piezas. Ceden demasiado al gusto de la época; descuidan las obras mejores y de mas sustancia, para ocuparse en las de grande éxito, pero de un valor dudoso. Afortunadamente no es esto lo general.

Varias he visto con mucho gusto en la capital ó en las ciudades principales del Interior: *La Carcajada*, *Tambien el gusto hace daño*, *La Dama de las Camelias*; piezas que hacen furor en los teatros de segundo órden, tales como *El Jorobado*, *La Gracia de Dios*, ó vaudevilles picarescos, bien traducidos y muchas veces bien representados por compañías mexicanas ó españolas.

La Alameda, bello paseo donde el Emperador se presentaba algunas veces, era frecuentado por brillantes ginetes con trages nacionales y sillas plateadas, así como por las mejores familias de provincia.

Los establecimientos conocidos bajo el título mas ó ménos legítimo de *fondas francesas*, estaban llenos de oficiales poco cuidadosos del porvenir, enemigos del silencio, pero amigos del juego, que probaban fortuna jugando al *monte*. Otros corrían la suerte no ménos azarosa de las buenas fortunas. Por esta causa se veía á tantos oficiales jóvenes asistir con edificante devocion á las misas de la mañana y hacer el oso por las tardes debajo de los balcones.

La crónica cuenta que gracias al sitio, mas de una intriga

llegó á su desenlace, y que mas de un héroe herido fué cuidado por bellas manos, lo que contribuyó poderosamente á su curacion. Otros, ménos dichosos, heridos de muerte por el enemigo, fueron siquiera enterrados con cuidado y llorados por hermosos ojos. Sus cadáveres no fueron echados á una fosa desconocida, sino enterrados en un sitio reservado, adonde no falta quien vaya algunas veces á arrodillarse y á evocar tiernos y dolorosos recuerdos.....

Por fin, como por el 5 de Marzo, se anunció la llegada del enemigo.

Se hicieron activamente los últimos preparativos para tentar con las mayores probabilidades de buen éxito una batalla decisiva.

Amigos y enemigos comprendian que se tocaba al momento supremo en que iban á decidirse la suerte del imperio y los destinos de algunos millones de hombres.....
.....



SEGUNDA PARTE



EL SITIO

I

; El enemigo!—El señor A.—Los conservadores mexicanos.—Un escapulario de Nuestra Señora del Pueblito.

El 4 de Marzo se nos anunció la llegada del enemigo. Se acercaba simultáneamente por el camino de San Luis Potosí, al mando de Escobedo, y por el de Acámbaro, al mando de Corona.

Por la tarde encontré á un oficial de los dragones de la Emperatriz. Era portador de la órden dada á su regimiento de mandar afilar los sables. Era buena señal, y el valiente jóven parecia muy contento.

La órden de estar listos para la marcha, llegó efectivamente algunas horas despues con la de no llevar ningunos bagajes. No habia que dudarlo; íbamos á salir de la ciudad para ir al encuentro de los republicanos.

Antes de partir fuí á mi alojamiento para arreglar diferentes cosas y despedirme de mi huésped, el señor A..... Pero ántes debo decir de qué manera conocí á este hombre excelente.

A mi llegada á Querétaro envié á mi asistente á tomar posesion del alojamiento á que me daba derecho una boleta de

la Prefectura, y luego que las exigencias del servicio me lo permitieron, corrí á ver la instalacion de mi modesto equipaje de oficial del Emperador, sin olvidar la de un buen animal, cuyos ijares ¡ay! son sin duda picados en este momento por la espuela de algun ginete republicano. Entónces advertí que Oviedo, mi asistente, se habia equivocado. La casa contigua era la que se encontraba en la obligacion, no siempre agradable, de alojar provisionalmente á un militar.

Oviedo se excusó bastante bien, probándome que la causa de aquel error no era completamente suya; que no sabia leer mas que los caractéres impresos, y eso si eran bien grandes; que yo solo era el verdadero culpable, puesto que habiendo tenido muchas ocasiones de reconocer su ignorancia, le habia encargado de una mision tan difícil. Oviedo era un viejo artillero, buen carroceros de oficio, servidor fiel que jamas habia desertado durante sus diez y ocho años de servicio, y cuyos piés habian sido medio devorados por insectos llamados *niguas*, en la guerra contra los *Pintos* en tiempo de Santa-Anna. En una palabra, era un soldado de *confianza*, como se decia en el pequeño ejército imperial; así es que yo no regañé mucho, pero bastante, sin embargo, para que el señor A..... me oyese, y en el momento en que dí órden de trasportar mi equipaje á la casa contigua, fué á suplicarme que no lo hiciera si no queria apesadumbrarle. Cedió á una invitacion tan amable, y me instalé sin hacerme mucho de rogar.

Desde ese dia, el señor A..... y yo fuimos verdaderos amigos, y nuestra amistad duró hasta su muerte, acaecida hace poco tiempo.

Su familia y sus amigos, que reunia por la noche en una tertulia agradable, hacian votos por el señor Emperador, como llamaban al Emperador Maximiliano; temian que despues de nuestra marcha se quedara la ciudad indefensa y expuesta

á ser fácilmente presa de Carbajal. Este último habia ido á atacarla quince dias ántes, pero por fortuna habia sido rechazado por el general Mejía. Realmente todos tenian que quejarse de la guerra civil, que les hacia sufrir pérdidas considerables de todas clases. El sitio casi acabó de arruinarlos. Temian, sobre todo, una entrada de los republicanos en la ciudad.—Tendremos, decian, nuevos préstamos forzosos, nuevas requisiciones interminables y nuevas insolencias que soportar.

Como todos los conservadores de todos los países, confiaban demasiado en el gobierno, al que no secundaban bastante, por el temor, muy fácil de comprender, de comprometerse de un modo peligroso para sus intereses, si las cosas cambiaban de repente, como sucede tantas veces. La abstencion es la que pierde en todas partes á los conservadores. No sucedia lo mismo con los republicanos; éstos, mas insinuantes, mas activos, teniendo muy poco que perder, no temian empeñar una partida. Se trataba de un plebiscito, los conservadores se abstendian; los republicanos votaban mas bien dos y aun tres veces que una; en caso de necesidad, se imponian por medio de la violencia.

Las últimas noticias de la salud de la Emperatriz Carlota ocupaban particularmente á las mujeres que habian oido hablar de la capacidad política de la bella é interesante soberana.

En tan críticas circunstancias, la fatal enfermedad de la Emperatriz Carlota fué una gran desventura para el Imperio. Su alma de fuego habria reanimado á los mas desalentados. Sus consejos, ilustrados como los de un hombre de Estado, habrian tenido una influencia muy grande, y sobre todo, muy útil sobre las medidas de salvacion general; en fin, su presencia en la capital habria obligado al general Márquez á auxiliar á Querétaro cuando debia hacerlo.

Todas las mexicanas del partido conservador amaban y compadecían al Emperador y á la Emperatriz, sobre quienes amenazaba pesar enteramente la desgracia.

En el momento de separarme, no sin emoción, del señor A...., cuyo carácter y cuyas ideas me recordaban los cristianos viejos de la antigua Castilla, su anciana y respetable esposa me llevó un escapulario procedente de un lugar vecino de Querétaro, llamado *el Pueblito*, célebre por las peregrinaciones que hacen á él las gentes piadosas para venerar á una imagen de Nuestra Señora. En su fé por el poder de ese escapulario, la buena señora le daba virtudes de tal manera poderosas, que se trasformaba en verdadero talisman. «Nuestra Señora del Pueblito, me decía, no puede dejar de proteger al que lleva al cuello este escapulario.»

Esta creencia mas ó ménos supersticiosa en la influencia que pueden tener ciertos objetos reputados santos ó santificados, que se encuentra, tanto entre los antiguos paganos como entre los modernos cristianos, es digna de notarse. Los amuletos de los salvajes, las reliquias de los mahometanos, las de los cristianos, no tienen otro origen que la fé sencilla, que no siempre dimana de la ignorancia, sino mas bien de una disposición de espíritu del hombre para creer, en su temor á lo desconocido, que se pueden combatir ó desviar los decretos del destino. La cándida religion de algunos soldados me hizo notar esta supersticion. La encontré tambien, un poco desfigurada, en hombres verdaderamente notables por su instruccion y por la independenciam de su carácter, que llevaban, con un respeto místico, cabellos, flores, la imagen de una persona querida, ó diferentes cosas en las que tenían una confianza que no siempre confesaban con franqueza, pero que no por eso dejaba de existir.

Un oficial de cazadores franco-mexicanos, antiguo sargento

de zuavos, escéptico de la peor especie, que no creía ni en Dios ni en el diablo, llevaba una imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, que le habian dado no sé cómo, y de la que ni siquiera sabia pronunciar el nombre en su ignorancia de la lengua española. Su veneracion por aquella imágen le atrajo por un momento las bromas de sus camaradas. Digo por un momento, porque este hombre, que era muy valiente y conocia á fondo la esgrima, manifestó todo el desagrado que le causaba oír esa especie de bromas, y como sus amigos le temian, le dejaron en paz.

Acepté, sin embargo, con gusto el recuerdo de mi buena huésped, y me colgué al cuello su escapulario, que conservaba todavía cuando terminó el sitio.

II

¡ En batalla !—El Emperador entrega una bandera al batallon de Iturbide.—
El Cerro de las Campanas.—El cuartel general.—El coronel López.

La noche del 5 al 6 de Marzo se empleó en los preparativos del combate, y cuando apareció el dia nos encontró formados en batalla frente á la ciudad.

Nuestra posicion formaba un triángulo cuyo vértice era el Cerro de las Campanas, fuerte elevacion aislada de que ya he hablado, y que se comenzó á guarnecer inmediatamente de cañones, y cuya base era la ciudad. El pequeño ejército imperial tenia así al frente los caminos de Celaya y de San Luis, por donde se acercaba el enemigo. No cansaré á mis lectores con los detalles de todos nuestros movimientos.

Contra lo que esperábamos, no se nos condujo al combate.

Fué una gran falta, como se verá mas tarde. Los republicanos no nos atacaron inmediatamente, y se aprovecharon de nuestra indecision (la indecision es la mitad de la derrota en semejantes circunstancias) para aumentar su efectivo con los refuerzos que les llegaban á marchas forzadas.

Algunas veces, el ver á los republicanos formados en batalla, ó nubes de polvo que se elevaban por el lado de ellos, nos hacia creer en un ataque; pero al dia siguiente sabiamos por los desertores ó por los espías, que ese movimiento le habia causado alguna revista pasada en honor de una fiesta republicana, ó para celebrar la llegada de nuevos refuerzos.

La brigada de reserva, á la que estaba agregada mi batería, cambiaba muchas veces de lugar. Se nos hizo ocupar primero la Alameda, paseo público, despues la hacienda de la Capilla; pareciendo que el enemigo se concentraba decididamente hácia el Norte, se nos envió á ese lado, y pasamos varias noches en las tierras de labor que se extienden entre el Cerro de las Campanas y Querétaro.

Miramon y Arellano aconsejaban al Emperador atacar vigorosamente para acabar de una vez; pero su influencia sobre el ánimo del Soberano estaba léjos de igualar á la del general Márquez, gefe de estado mayor. El Emperador tenia una fé ciega en la experiencia de este último, que gracias á su influencia y á su posicion, era el verdadero general en gefe y rehusaba atacar. Por otra parte, se esperaba siempre al general Olvera con sus montañeses.

La expectativa parecia larga á todos, y algunas veces una especie de recogimiento parecia suceder al entusiasmo. Todos, desde el Emperador hasta el último soldado, comprendian que la suerte del Imperio y la nuestra dependian de los azares de una batalla, y que era absolutamente preciso ganar la que se presentaba al enemigo.

El Emperador habia establecido su cuartel general en el Cerro de las Campanas y dormia en el suelo, envuelto como todos en su sarape nacional de colores jaspeados.

Todos los dias por la mañana visitaba las líneas. Al verle, los soldados corrian á tomar las armas y le hacian los honores con entusiasmo. Acostumbraba detenerse ante el primer soldado que se le ocurria, interrogarle y preguntarle si el sueldo, el café y los víveres habian sido distribuidos, y si no, encargaba al general Márquez reprender severamente al gefe de cuerpo que desatendia á sus soldados. Estos últimos nada comprendian de semejante conducta; jamas habian estado mejor tratados. El Emperador visitaba tambien las avanzadas, y se exponia á las balas de los tiradores enemigos con una sangre fria que todos admiraban.

Entre los incidentes de aquellos dias memorables para mí, recordaré siempre la entrega de una bandera al batallon Iturbide. Una mañana, al salir el sol, el general Mendez llegó al frente de ese batallon, seguido de una numerosa escolta de oficiales de la brigada de reserva, ávidos de ver el espectáculo siempre patético de la entrega de una bandera. El general anunció á los soldados el honor que les estaba reservado, y presentó la bandera que el Emperador les confiaba y que todos debian seguir y defender hasta morir.

El Emperador llegó luego, seguido de Márquez y de su estado mayor, tomó la bandera de manos del general Mendez, y presentándola á los soldados, habló como digno descendiente de Rodolfo de Hapsburgo. Sus palabras de gloria, de imperio y de patria, pronunciadas en buen castellano con un ligero acento aleman, y ese aire de dignidad suprema que le era peculiar, fueron sembrados en buen terreno. Aquellos soldados indígenas, tan indiferentes de ordinario en materias políticas, habian llegado á adorarle como á un Dios; tanto sus naturales

buenos y sencillos se abren á la confianza y engendran la abnegacion.

Fuí algunas veces, por asuntos del servicio, al Cerro de las Campanas, donde se hallaba el cuartel general. Esta posicion, ya respetable, era cada dia mas fuerte, á causa de las fortificaciones pasajeras que allí se elevaban.

Examinando atentamente la cima del Cerro de las Campanas, se veia todavía en ella señales de trabajos defensivos establecidos por órden de los vireyes. Este punto, y el convento de la Cruz, situado al otro extremo de la ciudad, y que ahora serán célebres en la historia, estaban entónces ocupados por los soldados realistas, cuya presencia ponía á Querétaro á cubierto del peligro de ser tomado por los insurgentes, tan dados al pillaje como los de ahora.

En el Cerro de las Campanas se reunian muchas veces el Emperador, Miramon, Márquez, Mejía, Mendez, Castillo y Arellano para observar al enemigo y tratar los negocios diarios.

Desde aquel lugar es magnífico el panorama: llanos inmensos entrecortados por grupos de árboles; los caminos de San Luis y de Celaya, donde se encontraba el enemigo; á derecha é izquierda las alturas distantes que rodean la ciudad; en fin, detrás del espectador, la ciudad con sus casas de techos planos, sus conventos y sus iglesias.

Entónces yo reflexionaba muchas veces, dejando á un lado el entusiasmo, en las consecuencias buenas ó malas que podria tener la lucha. Veia la victoria con todas sus ventajas, el enemigo huyendo y perdiendo sus cañones, sus trenes, millares de prisioneros, ó bien la derrota con todos sus desastres; pero jamas habia podido sospechar que algunas semanas despues, el destino conduciria, á ese mismo Cerro de las Campanas, á ese noble Emperador, á ese valiente y hermoso soldado que se llamaba Miramon, á ese famoso general indio Mejía, para que

allí recibiesen una muerte espantosa! Jamas calculé que nuestro valiente general Méndez, cuyo semblante enérgico y abronzado estaba iluminado por los ardientes rayos del sol cuando observaba los reconocimientos del enemigo, así como ese digno anciano Vidaurri, caerian bien pronto atravesados por las balas republicanas, el uno en Querétaro, el otro en México, despues de haberse creído por un momento salvados del último suplicio!

¡Extraño capricho del destino! El hombre de entre nosotros mas mortalmente aborrecido por los republicanos, Márquez, cuyo nombre y cuyos antiguos fusilamientos hacian temblar de cólera y de espanto á nuestros adversarios; Márquez, el terrible gefe de estado mayor que daba en aquel momento órdenes breves y repetidas, en las que todos ponian su confianza y de las que se aguardaba el triunfo; Márquez, el hombre mas fácil de reconocer en todo México, á causa de la cicatriz de una herida en la mejilla, que el hábil cirujano Nelaton no ha podido cerrar sino imperfectamente; Márquez, en fin, debia ser el único que escapara á la venganza de nuestros implacables enemigos, despues de haber causado en parte la pérdida del Emperador y de los defensores de Querétaro, por su mala suerte ó por vacilaciones de que mas léjos hablaremos. Poniéndome en lo peor, no habria podido imaginarme que sin sufrir derrota alguna, llegaríamos á semejante catástrofe por un encadenamiento extraordinario de acontecimientos contrarios, y una traicion tan infame como la de López.

Entre los demas personajes que se hallaban en el Cerro de las Campanas, se veia al anciano y respetable general Castillo, oficial de ingenieros en el origen de su carrera, y al que la edad y una sordera molesta no habian privado de sus bellas facultades; al comandante general de artillería, Arellano, la

inteligencia personificada, que iba á ser tan célebre entre nosotros por sus milagros de audacia y de habilidad para resistir á los republicanos y para escaparles dos veces con una rara fortuna; al valeroso jefe de los fronterizos, Quiroga; al príncipe de Salm-Salm, cuyo lente, cuyos bigotes y cuyo tipo germánico revelaban un verdadero prusiano (el príncipe de Salm-Salm habia sido coronel de un regimiento americano en la guerra de Potomac); y en fin, á otro, cuyo nombre se ha hecho tan miserablemente célebre, al traidor López, favorito del Emperador, entónces honrado, considerado por todo el mundo y casi seguro de ascender muy pronto á general, tan grande era la proteccion de que el Emperador le colmaba.

López llevaba siempre su rico uniforme de coronel de dragones de la Emperatriz. Era de corto entendimiento, tipo de hombre del Norte mejor que español ó mestizo. López era rubio, de estatura bastante elevada, y tenia grandes piés de anglo-americano. Se comprendia al ver á ese hombre que no estaba en su esfera. Era un ambicioso, sin mérito alguno verdadero, y que ayudado por el favor y los azares de los disturbios civiles, habia llegado á un puesto donde no podia sostenerse largo tiempo sin caer con ridículo ó con infamia.

Su mirada era mas bien humilde que franca, y su celo por ejecutar las órdenes del Emperador tenia algo de servil. Sus antecedentes, que nada tenian de honrosos, eran conocidos, sin embargo, por el Emperador; pero este habia tenido la desgracia de encontrar á López como jefe de su escolta el primer dia de su desembarco en México.

Desde aquel dia, Maximiliano colmó de beneficios al que debia ser su Júdas. López pareció corresponder durante algun tiempo á esa proteccion, haciendo de su regimiento el mejor del ejército imperial; pero este último mérito, que le tocaba indirectamente, pertenecia al teniente coronel del mismo regi-

miento, D. Pedro Gonzalez, cuya capacidad administrativa y cuyo valor fueron luego conocidos del Emperador.

Un odio terrible y no siempre disimulado existia entre el coronel y el teniente coronel. López envidiaba las cualidades de su segundo, y este último despreciaba á su superior.

III

Los gefes republicanos: Escobedo, Corona, Régules, Treviño, Riva Palacio, Velez, etc.—El elemento extranjero.

La moral de los republicanos era buena. Su última victoria de San Jacinto, la evacuacion del territorio por las tropas francesas, la de las plazas del Interior por los imperiales, su entrada sucesiva en todas las ciudades, la extincion de los recursos hacendarios del Imperio, todo, hasta nuestra posicion militar reducida á la defensiva, daba á nuestros adversarios la esperanza del triunfo, esperanza tanto mas fácil de hacer nacer entre ellos, cuanto que tenian por principal cualidad estar acostumbrados, mucho tiempo hacia, á sufrir todos los reveses, sin cesar jamas en la lucha.

Su general en gefe era Escobedo, y sus principales gefes secundarios, Corona, Régules, Treviño, Antillon, Paz, Echeagaray, Aureliano Rivera, á los cuales se agregaron mas tarde Riva Palacio, Velez y Jimenez.

Quisiera dar aquí una idea de cada uno de esos personajes; pero declaro que los conozco muy poco y que no quiero imitar á esos escritores, cuyos nombres tengo en la punta de mi pluma, que han escrito sin ton ni son sobre México y los mexicanos, á los que solamente de nombre conocen. Sus escritos, que

prueban por lo general la mas completa ignorancia del asunto, ó una violencia inexcusable é impolítica, han influido mas de lo que se piensa en el mal éxito de la Intervencion francesa, haciendo el papel de la piedra del oso. No soy de los que creen posible la fusion completa y de buena fé de los partidos; pero esta fusion es realizable hasta cierto punto, cuando la fuerza contribuye á ella sin herir demasiado el amor propio nacional y los amores propios particulares que se encuentran en todos.

Por desgracia, si el gobierno de Juarez tenia interes en desfigurar las intenciones de la Francia, confundiendo hábilmente la Intervencion con una invasion, los primeros gefes encargados de dirigir la tentativa francesa, y los escritores encargados de defenderla, ayudaron sin saberlo al Presidente Juarez en su tarea de resistencia.

Esos hombres y esos escritores no supieron dirigir ni juzgar los acontecimientos y las cosas. Cuando se necesitaba, ántes que todo, imparcialidad, tacto y conocimiento del país, se manifestaron ignorantes del verdadero estado de las cosas, violentos, injustos y parciales. Confundieron muchas veces á los disidentes en particular con todos los mexicanos en general, á los buenos con los malos, á los capaces con los incapaces, y acabaron por enajenarse las simpatías de casi todos. Muchos consideraban á México como país conquistado y olvidaban así el verdadero espíritu que dió origen á la expedicion.

Sus abusos proporcionaron excelentes pretextos á los republicanos, y casi dieron á estos últimos el magnífico papel de defensores de una nacionalidad oprimida.

Los mismos conservadores no podian soportarlos, á consecuencia de las ofensas y de las humillaciones de todas clases que á cada momento sufrían.

La idea de la Intervencion era buena en su esencia, y se-

guramente habria tenido buen éxito, si los instrumentos de ejecucion hubieran sido mas perfectos.

El odio no debe hacernos injustos ni aun para nuestros enemigos. Me guardaré muy bien, por lo tanto, de imitar á ciertos escritores de á orillas del Sena y del Rhin, publicando biografías de los generales y de los gefes republicanos que representaron los primeros papeles en el sangriento drama de Querétaro. No haré mas que bosquejar de memoria sus rasgos mas salientes, evitando cuanto me sea posible los errores, y ahogando mis antipatías.

Escobedo, que adquirió cierto renombre con la caida de Querétaro, es un hombre de alta estatura. Le ví una vez en su casa vestido de bata; parecia entónces, con su larga barba negra, sus anteojos colocados sobre una nariz respetable, y su fisonomía huesosa, un mercader judío de la edad média encerrado en su gabinete; sus orejas son enormes, y le han valido el mote de *Orejon*, con el cual le designábamos familiarmente.

Escobedo es hoy el mejor apoyo militar de Juarez, como el ministro Lerdo de Tejada continúa siendo su mejor apoyo político. Escobedo tiene cierto prestigio entre los republicanos de la parte Norte de México. Como militar, comenzó su carrera en las fuerzas revolucionarias formadas despues de la proclamacion del plan de Ayutla, fuerzas que se llamaban de Guardia nacional móvil.

No era mas que oficial superior cuando desembarcaron los franceses; tomó parte en la defensa de Puebla, volvió, despues de la ocupacion de esta ciudad, á la vida privada, de donde salió muy pronto para combatir al Imperio. Es una de esas personalidades militares y democráticas comparables á Garibaldi, pero en menores proporciones, cuya inteligencia, cuya experiencia de las guerras civiles, cuya ambicion y cuyo prestigio hacen mas ó ménos formidables.

En sus proclamas se encuentran ese fanatismo, esas frases pomposas del gefe que busca la popularidad republicana. Escobedo detesta á los extranjeros en general y á los franceses en particular. Tiene mucha razon: los pantalones rojos le han hecho pasar largas noches sin sueño é impuesto largas correrías persiguiéndole por entre montes y valles.

Escobedo fué dos veces prisionero de Mejía, que le perdonó la vida; así es que cuando se vió que Mejía era á su vez prisionero de Escobedo, se esperaba un rasgo de gratitud por parte del general en gefe de los republicanos. No sucedió así: Mejía fué ejecutado lo mismo que los demas.

Esos grandes demócratas, en su amor por la libertad y por la Independencia, no olvidan que la ingratitud es la independencia y la libertad del corazon.

Corona, que mandaba los contingentes de Sinaloa, de Jalisco y de Colima, goza de una reputacion de hombre enérgico bien adquirida. Era uno de los mejores gefes del ejército enemigo, y el que habia hecho frente al ejército frances con mayor fortuna.

Parece todavía jóven, y su semblante, de buen corte, es de un color ligeramente abronzado. Grande enemigo de los extranjeros, tenia, al ménos á nuestros ojos, el mérito de no haber hecho mas caso de las amenazas de los yankees que de las de los franceses, cuando la evacuacion de Mazatlan por estos últimos.

Las tropas organizadas por Corona eran muy aguerridas; su contingente de Sinaloa tenia un excelente armamento americano.

Régules es un español de las provincias Vascongadas, que sirvió en otro tiempo en las tropas de D. Cárlos, en calidad de sargento, y que emigró á México despues de la ruina del partido carlista.

¿Cómo el sargento carlista se convirtió en el severo jefe republicano?

¿Por qué el servidor de D. Carlos llegó á ser uno de los tenientes de Juarez?

Preguntádselo á los azares de la vida y de las revoluciones sociales!

Régules era el principal adversario de Mendez en la provincia de Michoacan, que conocia tan bien como este último; su obstinacion en continuar una lucha sin cuartel y que habia ya costado la vida á sus predecesores Arteaga y Salazar, es digna de admirarse.

Despues de numerosas derrotas, sus tropas llegaron á un estado de desnudez y de miseria imposible de describir, y que él no podia remediar, no teniendo, como los gefes republicanos del Norte, la vecindad de los americanos que vendian armas y municiones.

A pesar de esto, Régules, aunque enfermo, continuó la lucha, derrotado tan pronto por los franceses como por el general Mendez, pero reanimándose cuando obtenia el menor triunfo. Sabia admirablemente hacer esa guerra de partidarios, que necesita, para ser bien dirigida, de hombres activos, infatigables, que soporten con paciencia las mas duras privaciones, y cuya alma debe ser de un temple particular.

Es un hecho digno de notarse que los mejores gefes de partidarios de uno y otro partido, en tiempo de los vireyes lo mismo que en el de la República, fueron españoles. En la época de Miramon los conservadores tenian uno, Cobos, á quien su origen oscuro no impedia tener un espíritu desarrollado.

Su corazon estaba tan avezado á las quejas de los vencidos como su cuerpo á las privaciones. Su actividad, cualidad esencial en los gefes de partidarios, no tuvo igual nunca. Despues de una larga jornada para sorprender ó para evitar al enemi-

go, en el momento en que todos se detenían fatigados y sin aliento, para Cobos comenzaba el día.

Cuidaba del pienso de los caballos de su caballería y de las mulas, colocaba él mismo sus avanzadas y sus centinelas de observación; por la noche hacía rondas y escribía su correspondencia. Se preguntaba uno con asombro cuál era el momento en que aquel hombre pequeño y rechoncho dormía y comía, y cómo podía resistir á tantas fatigas.

Acabó por ser fusilado en Matamoros hace algunos años.

Régules posee hasta cierto punto las cualidades de Cobos; alcanzado y derrotado muchas veces por el general Mendez, todos habrían creído que habíamos acabado con él, cuando, según los partes, se había escapado desesperado y seguido solamente de algunos fieles; pero pocos días después, había recogido á los dispersos y echado leva, sin piedad por los desgraciados campesinos. El fruto de los impuestos y de las requisiciones que los republicanos le mandaban, le permitía reorganizar y remontar pronto, mal que bien, sus tropas y su caballería. Entónces, si el general Mendez no se lanzaba tras de él y no le perseguía de nuevo con encarnizamiento, Régules caía audazmente sobre algún punto desguarnecido.

La táctica de Régules, lo mismo que la de los demás gefes republicanos, era evitar á toda costa el combate donde era seguro debía ver sus tropas sin consistencia y desmoralizadas, derrotadas por completo, y perdidos de nuevo los pocos elementos que había podido reunir á fuerza de trabajo. Entónces huía sin detenerse durante días enteros; sus desgraciados soldados, demasiado vigilados para poder desertar, y no pudiendo ya marchar, caían de fatiga é inanición en los caminos: los cin- tarazos no siempre bastaban para hacerlos levantar.

Caballos flacos, llenos de mataduras, quedaban abandonados por sus ginetes, á los que ya no podían servir, y su pre-

sencia nos anunciaba que no se hallaba léjos el enemigo. Se aceleraba la marcha, pero no siempre alcanzábamos á esos adversarios impalpables.

Existir miéntras partian los franceses, tal era el objeto principal de los republicanos. Estos no podian esperar vencer á las tropas de la Intervencion, pero decian: se irán el dia ménos pensado, cansadas de nuestra resistencia ó vencidas por los americanos del Norte. Entónces ellos, los republicanos, quedarian frente á frente con los imperialistas y los exterminarian en una lucha sin cuartel.

Tal era el razonamiento de Régules; no estaba desprovisto de buen sentido político, y con ayuda de los acontecimientos fué puesto en ejecucion.

Era preciso existir á toda costa, y por eso Régules rehusaba siempre el combate cuando no le ofrecia grandes probabilidades de buen éxito, porque huia sin cesar, ó dispersaba sus tropas en pueblos que les designaba y á expensas de los cuales vivian.

La tierra caliente que se extiende al Sur de Michoacan, era tambien un refugio adonde el general Mendez le perseguia raras veces, porque Régules pasaba entónces el rio de las Balsas y hacia una visita al viejo Alvarez, sobrellamado la Pantera del Sur, gefe, ó mejor dicho, rey de los Pintos, que no reconoció ni á la Intervencion ni al Imperio, porque se cometió con él, como con tantos otros, una falta imperdonable con que se ofendió su amor propio. El viejo dictador, único dueño, despues de Dios, de aquellos países, protegía á Régules hasta el momento en que este último podia aprovechar la ocasion de volver á las tierras frias ó templadas de Michoacan, porque una larga permanencia en la tierra caliente, en la época de la estacion de las lluvias, destruía todavía mas á las miserables tropas republicanas que á los batallones imperiales.

Muchas veces, á punto de alcanzar á nuestro rudo adversario, pensé en la triste suerte que le estaba reservada si caia en nuestras manos; pero sabia yo que si el general Mendez le aborrecia con toda su alma, le estimaba secretamente, y nunca, á pesar de su vivo despecho, habia manifestado desprecio contra él. Esta última circunstancia me hacia esperar que se le haria gracia de la vida. Mis temores estuvieron muy léjos de realizarse; los acontecimientos marcharon á paso de gigante; algunas semanas mas tarde el mismo Régules iba con su contingente á aumentar el efectivo de los sitiadores de Querétaro, y contribuia á nuestra pérdida y á la ejecucion del general Mendez.

Las tropas de Régules no valian gran cosa y nos inspiraban poco respeto.

Treviño habia sustituido á Escobedo en el mando de la division del Norte, la mas bien organizada y mejor compuesta del ejército republicano. Treviño es un hombre valiente; su modestia, su probidad y su humanidad le han atraido la estimacion general, aun la de sus enemigos. Es alto, rubio, y tiene algo de asiático en sus facciones.

Antillon mandaba el contingente de Guanajuato; es un antiguo oficial del ejército de línea, pasado, como tantos otros, á los republicanos. Como todos los del antiguo ejército de línea que han entrado desde el principio de la revolucion al servicio de los liberales, Antillon ha hecho una carrera rápida y prestado grandes servicios á nuestros enemigos, introduciendo entre ellos algunos conocimientos militares y administrativos, así como una disciplina que nos envidiaban en otro tiempo sin poder adquirirlos.

Echeagaray era tambien un antiguo oficial del ejército y un general famoso entre los republicanos, que le consideraban de mucha capacidad.

Vicente Riva Palacio es hijo de un célebre abogado de México, amigo del Emperador Maximiliano, y su defensor ante el consejo de guerra que le condenó á muerte.

Riva Palacio es un hombre digno, bajo todos conceptos, de la admiracion de sus correligionarios y de la estimacion de sus conciudadanos. Es tambien poeta de talento y escritor político notable.

En un momento de entusiasmo, cuando el primer cuerpo expedicionario frances sufrió una derrota tratando de tomar á Puebla, Riva Palacio se lanzó á la guerra contra la Intervencion francesa con algunos amigos y algunos jóvenes de buena familia de México, voluntariamente, á su costa, y sin buscar, como tantos otros, un medio de hacer fortuna á expensas del país. Su conducta digna y humana, durante toda la guerra, le atrajo consideraciones particulares por parte del Emperador Maximiliano y del mariscal Bazaine. El general Mendez recibió orden del Emperador de tratar á Riva Palacio con los mayores miramientos, en caso de que lograra apoderarse de él. El general Mendez, por otra parte, no necesitaba de esta recomendacion, porque él tambien estimaba á tan digno adversario.

No sucedia lo mismo con Vélez. Este último es un tráfuga, cuya conducta merece ser juzgada muy severamente. Antiguo amigo de Miramon, que le colmó de pruebas de afecto en los dias de su poder, no á otro que á él debió su rápida elevacion.

El general Vélez sirvió al Imperio; pero al último momento, cuando vió partir las tropas francesas, se disgustó con Miramon, su antiguo bienhechor, con motivo de un piano, y con pretexto de ese disgusto fué á ofrecer su espada á los republicanos, que se apresuraron á aceptarla, porque Vélez tenia el prestigio de pertenecer al ejército de línea y gozaba de una reputacion muy merecida de valor y de experiencia.

Recibió de los republicanos, en la batalla de Ahualulco, sirviendo á las órdenes del general Miramon, una herida muy grave que no se ha podido curar enteramente y que requiere continuos cuidados.

Su conducta indignó á todos los imperialistas, y nuestros adversarios le destituyeron despues de haberse aprovechado de sus servicios.

El general Paz mandaba la artillería republicana; es un oficial muy instruido en su arma y nuestro adversario mas temible bajo el punto de vista científico; se habia adquirido una reputacion muy grande entre los republicanos, por la habilidad con que mandó la artillería de la plaza de Puebla durante el sitio de esta ciudad por el mariscal Forey.

El general Rocha es un antiguo capitan de ingenieros del ejército de Miramon, que se pasó con los republicanos. Estos, careciendo de oficiales capaces, le proporcionaron inmediatamente una posicion brillante. El general Rocha es un hombre instruido, valiente, pero duro y rencoroso.

Habia entre los republicanos algunos otros gefes y oficiales superiores bastante hábiles, pero eran la excepcion. La mayoría de los oficiales se componia de hombres sin talentos militares que tomaban los pomposos títulos de generales, de coroneles y de tenientes coroneles de guardias nacionales; el uniforme les agradaba, así como el hábito de mando, recibir sueldo y tener honores.

No podiamos perdonarles que ridiculizaran cuanto hay de verdaderamente bello y noble á los ojos del soldado. Aborreciamos mortalmente á esa multitud de gefes de partidarios, hombres sin instruccion, sin educacion, sin principios, sin moralidad, que prostituian completamente títulos que eran indignos de llevar, y cuya mala reputacion, de que gozaban entre extranjeros y mexicanos, nos alcanzaba.

No veíamos, en nuestra cólera, que cierto número de gentes semejantes á esas se encontraban tambien en el campo imperial, donde se les toleraba porque se creia sin razon que podian prestar útiles servicios.

El elemento extranjero tenia tambien su importancia entre los republicanos. Nuestros enemigos, que reprochaban á cada momento al Imperio el que se sirviera de mercenarios extranjeros, tenian tambien en sus filas un gran número de auxiliares, que fuera de algunos hombres distinguidos y de mérito, como el coronel Cárlos de Gagern, ningun honor les hacian.

En su mayor parte eran antiguos desertores del ejército frances y de las legiones extranjeras, á quienes los republicanos trataban con muchos miramientos. Habia algunos americanos, pero en corto número, porque no abundaban los *dollars* en las cajas republicanas.

Muchas armas y muchos objetos de equipo provenian de los Estados-Unidos; pero habian sido pagados muy caro y no enviados gratuitamente, como se ha dicho muchas veces en Europa, porque los americanos del Norte son gentes demasiado positivas para dar nada á amigos ó á aliados, sin recibir en cambio especies sonantes ó buenas garantías de pago.

IV

El campo republicano.—Progresos de nuestros adversarios
en el arte militar.

El efectivo de las tropas republicanas se elevaba entónces á quince ó diez y seis mil hombres, doble que el nuestro, y cada dia se engrosaba con nuevos refuerzos. Al terminar el sitio, este efectivo se elevaba á treinta y dos mil hombres, con

cien piezas de artillería. Estaba dividido en contingentes de Estados, porque los republicanos han adoptado el sistema federativo de los americanos del Norte.

Como es sabido, su organizacion era de lo mas mediana. Sus batallones, formados de prisa, y por consiguiente demasiado débiles, estaban ademas diezmados por la desercion.

Pero reparaban incesantemente sus pérdidas con levadas forzadas en el Interior, y requisiciones de armas, de caballos, de objetos de equipo y de armamento. Muchos de sus soldados estaban medio desnudos; pero sin embargo, se veia que ya no afectaban ese desden que ántes por las insignias militares, y que buscaban, por el contrario, la regularidad del uniforme.

Su caballería solo imponia por el número. Algunos escuadrones estaban bien armados, y en las bandas de partidarios se contaba gran número de atrevidos guerrilleros.

Los republicanos nos inspiraban no solamente un odio mortal, sino tambien un desprecio profundo; para nosotros no eran en definitiva mas que insurrectos que trataban de derrocar una vez mas el gobierno existente.

¿Estaba plenamente justificado este desprecio?

Nó.

Ya no éramos esos soldados de otra época, bien reclutados, bien organizados, bien considerados, y cuya presencia era bastante para poner en fuga fuerzas de insurrectos cien veces superiores en número. El ejército imperial se resentia demasiado de dos causas principales de desorganizacion: la primera era el desfallecimiento que produjeron en él los cambios de gobierno, y sobre todo, el triunfo de la revolucion de Ayutla.

Cuando una de las últimas insurrecciones triunfaba, es decir, segun el lenguaje de los republicanos, se convertia en una revolucion gloriosa, que debia sacar á la sociedad del abismo en que la habia sumergido una odiosa tiranía, una de las pri-

meras medidas del nuevo poder que se instalaba era satisfacer en algo á sus partidarios.

Con ese objeto disminuía ó licenciaba el ejército, para castigarle por la resistencia que acababa de oponer á los revolucionarios.

Estos quedaban contentos por un poco de tiempo; pero luego el nuevo poder se hallaba amenazado á su vez por la reaccion; veía á algunos de sus antiguos aliados que no habian tenido una parte bastante grande en el botin volverse contra él, y nunca faltaban pretextos bastantes para derrocarlo.

Entónces, instintivamente, se reorganizaba el ejército para hacer frente á una nueva revuelta; pero naturalmente, esta reorganizacion, á cuyo favor se introducian en los cuadros elementos improvisados, era mas imperfecta que la anterior. Tal era la primera causa de nuestra degeneracion. Ya hemos dado á conocer la segunda: la negligencia del Imperio para organizar tropas nacionales, contando demasiado con el apoyo de las tropas extranjeras.

En cuanto á los republicanos, no eran ya esas masas de insurrectos, como se ven en todas partes, que aparecen en ciertas épocas, amenazando invadirlo todo, pero á las que fácilmente dispersan buenas tropas mandadas con energía. Ya no eran esas masas incoherentes de sublevados mandadas por el cura Hidalgo, ni esas bandas indisciplinadas que se levantaron para sostener el plan revolucionario de Ayutla, y en las que todas las gentes desordenadas, arruinadas, encontraban acogida y empleo y podian jugar á ser soldados, pero ciertas de ser derrotadas ántes de presentar acción á las tropas del gobierno. Los tiempos habian cambiado mucho.

Cuando Pedro el Grande vió su numeroso ejército, sin instruccion militar, derrotado en Narva por su rival Cárlos XII y algunos millares de suecos bien disciplinados, ese grande

hombre comprendió la causa de sus desastres y el medio de repararlos. Con este motivo pronunció estas memorables palabras:

«¡A fuerza de derrotarnos, los suecos nos enseñarán á vencerlos!»

Estas palabras podían aplicarse á nosotros: á fuerza de derrotar á los republicanos, les enseñamos á vencernos.

Una guerra continuada les había dado experiencia. Los oficiales del ejército que ingresaron á sus filas les habían comunicado alguna instrucción y alguna disciplina, cosas para ellos desconocidas en los primeros tiempos de la revolución. Una larga lucha con el ejército francés los había aguerrido. La defensa de Puebla, sobre todo, había formado cierto número de gefes. Muchos de sus oficiales, jóvenes de aspiraciones sin límites, estudiantes perezosos, médicos sin enfermos, abogados sin causas, todos ambiciosos, se embriagaban con su propio entusiasmo, y manifestaban una inteligencia, una audacia y un fanatismo que ciertamente no equivalían ni á la instrucción militar ni á la fuerza múltiple que dan la disciplina, el espíritu de cuerpo ó el punto de honor, pero que suplen á ellas algunas veces.

Tenían conciencia de sus progresos y de nuestra degeneración. Ya no eran franceses los que tenían delante, sino traidores á los que temían poco, porque estos últimos no poseían ni la buena instrucción, ni la organización perfecta, ni los recursos prodigiosos de las tropas francesas, ante las cuales los republicanos se habrían guardado de presentarse. Así es que nos atacaron con un aplomo que asombró á todo el mundo. La manera con que fueron recibidos les probó que se habían equivocado, si no completamente, al ménos en parte.

Su odio hácia nosotros era mayor aún que el nuestro hácia ellos. Se proponían tratarnos sin cuartel, y hacernos pagar al

mismo tiempo por nuestros aliados los franceses, á los que ya no podían alcanzar.

V

Escaramuzas.—Los cazadores franco-mexicanos.

Algunas escaramuzas sin grande importancia tuvieron lugar.

El 12 se mandó hacer un reconocimiento por el camino de San Luis, con órden de tomar, si era posible, el peaje y la iglesia de San Pablo. El general Castillo fué encargado de este ataque con una parte de su division. La condujo vigorosamente y logró su objeto, que era reconocer si el enemigo se encontraba de aquel lado como se creía.

Los cazadores franco-mexicanos se hicieron admirar en aquella ocasion. Penetraron en el patio de la Garita, grande edificio que servia de peaje, y desalojaron al enemigo. Su comandante, oficial superior mexicano, llamado Villasana, fué gravemente herido. Este batallon, el de Celaya y el 7º de línea, que le servian de reserva, volvieron despues á nuestra línea.

Ese movimiento, nuestro primer triunfo, nos hizo creer que el enemigo, á quien se provocaba de aquel modo, aceptaba por fin la batalla que se le ofrecia; pero no sucedió así.

Me parece bien decir algo acerca de los cazadores. Habian sido formados con los restos de los antiguos batallones de Cazadores de México, compuestos de franceses y de mexicanos y organizados con habilidad, aunque tardíamente y con grandes gastos, por el mariscal Bazaine. Por desgracia, cuando la partida del cuerpo expedicionario, la mayor parte de los oficiales y suboficiales del ejército frances que pertenecian á este cuerpo, del que eran el alma, tuvieron que volver á sus an-

tiguos regimientos y abandonar el servicio del Emperador Maximiliano. Sin embargo, en el batallón que nos quedaba en Querétaro, el elemento francés era todavía bastante numeroso para comunicar al resto las cualidades y los defectos de nuestra nacionalidad. Había en él también algunos alemanes y algunos polacos. Este pequeño batallón había conservado su primitiva organización francesa, que se destruyó poco á poco, porque en reemplazo de los antiguos comandantes franceses se le dió primero un oficial superior mexicano que introdujo el antiguo sistema de administración español, después al príncipe de Salm, que creyó obrar convenientemente tratando á los cazadores como prusianos, y en fin, al comandante austriaco Pitner, que modificó á su vez lo que habían hecho sus predecesores.

Se relajó la antigua disciplina, los cazadores se volvieron merodeadores; pero hicieron maravillas durante el sitio, y sus brillantes servicios nos hicieron sentir amargamente la pronta disolución de los batallones de Cazadores de México, cuya presencia en Querétaro nos habría permitido obtener una victoria decisiva.

Por más que se diga, las tropas regulares, enérgicamente mandadas, triunfarán tarde ó temprano de la más formidable insurrección.

La historia moderna nos ofrece ejemplos de esta verdad á cada página.

La monarquía austriaca no debe su existencia presente más que á los buenos y valientes ejércitos de Radetzki y del bando Jellachich, los cuales, en 1848, destruyeron á sus enemigos exteriores en Italia y á sus enemigos interiores en Hungría, en Bohemia y en la capital.

¿No hemos visto hace pocos años algunos miles de veteranos de la Gran Bretaña mandados por los generales Havelock

y Colin Campbell, sofocar la mas formidable insurreccion de los cipayos de la India?

Cuandó la última revolucion de Nápoles, si el ejército piemontés del general Cialdini y el rey Víctor Manuel en persona no hubieran ido en auxilio de Garibaldi, detenido ante el Volturne por algunos soldados fieles al rey Francisco II, habrian acabado los camisas rojas. La revolucion, que no habia encontrado resistencia séria, no era mas que fuego de paja que se extinguia ya. Se operaba una reaccion, y habria bastado una derrota para dispersar á los garibaldinos; pero la llegada del excelente ejército piemontés cambió la faz de las cosas.

Si al ejército reunido precipitadamente en Querétaro por el infortunado Emperador Maximiliano hubieran podido incorporarse, al mando de un gefe como el viejo general Adrian Woll, algunos de los batallones de Cazadores de que acabo de hablar, la victoria habria sido nuestra con semejante auxilio: el gobierno republicano habria huido de nuevo hácia el Norte, ó continuado siendo nómade por largo tiempo.

El 13 y el 14 el enemigo apareció en las alturas de Carretas, de Cuesta China y de la Cañada, que forman la parte principal de la cadena de las alturas que rodean á Querétaro.

VI

Combate del 14 de Marzo.—Toma de una batería republicana por los cazadores franco-mexicanos.—Prisioneros hechos al enemigo.—Dos oficiales norte-americanos.—Ataque de la Cruz.—Tentativa para recobrar el panteon de la Cruz.—Rasgo de valor del general Márquez.—Salidas sobre el enemigo.—Despues de la victoria.

Era fácil comprender que nuestros adversarios, pareciéndoles demasiado fuerte nuestra posicion defensiva, querian flanquearla, ó por lo ménos obligarnos á tomar otra ménos

poderosa, al mismo tiempo que ellos se establecían sólidamente.

El 12 por la tarde nos establecimos frente al enemigo, en una nueva línea á lo largo del río, apoyada al extremo izquierdo por el Cerro de las Campanas y al derecho por el convento de la Cruz. Esta línea de defensa fué la misma que conservamos durante todo el sitio, y de la que los republicanos no pudieron ocupar un solo punto, á pesar de sus repetidas tentativas.

La brigada de reserva se concentró en la plaza principal.

La noche del 14 la brigada de reserva se dirigió hácia el convento de la Cruz, donde el Emperador acababa de establecerse con el cuartel general.

La Cruz, que se comunicó con la ciudad por medio de algunas trincheras, es un gran convento español, cuya construcción sólida y grandiosa parece desafiar al tiempo, y cuya situación en una altura, hace de él la clave de la ciudad, que domina al Este.

Cuando llegó el día, pudimos advertir que el enemigo se disponía por fin á atacarnos.

Mi batería fué distribuida de manera que protegiera las partes accesibles de la Cruz. Este vasto edificio y la espaciosa plaza que le separa de la ciudad, presentaban el espectáculo de una animación entusiasta y ardiente. Las tropas se preparaban al combate al mando del general Mendez. Se organizaba el hospital para los heridos. El general Márquez y el coronel Arellano disponían todo para la resistencia. A cada momento llegaban ayudantes ó partían en todas direcciones.

Los primeros cañonazos del enemigo fueron acogidos con los gritos de ; *Viva el Emperador!* Nuestras piezas contestaron el fuego de los republicanos, y el entusiasmo llegó á su colmo.

Los soldados del batallón del Emperador se admiraban de que se les obligara á representar un nuevo papel, porque en

vez de aguardar al enemigo estaban acostumbrados á ir á su encuentro.

Muy pronto las balas y las granadas tupieron sobre el edificio, en el jardin, en el cementerio y su pequeña iglesia, que se encuentran un poco separados del convento de la Cruz y que el general Márquez hizo abandonar.

El Emperador, vestido con el traje de general de division, y llevando el sombrero nacional de fieltro blanco de alas anchas bordadas de oro y de plata, cuya forma es tan conocida, se paseaba en la plaza, por donde pasaban silbando y rebotando los proyectiles lanzados por las baterías republicanas. Sonreia hablando con calma al general Márquez y al coronel Arellano. En aquel momento busqué en vano en su semblante señales de inquietud, sentimiento muy natural en medio de un combate que podia, en algunos minutos, decidir de la suerte del Imperio y de la vida del soberano.

Esa actitud fué notada por los soldados. Comprendieron instintivamente que su gefe tenia una alma grande, y esto aumentó su confianza y su entusiasmo.

El general Miramon acudió á galope adonde estaba el Emperador para pedirle instrucciones. El Emperador le dió carta blanca para defender toda la línea del Norte con la infantería, y Miramon se lanzó inmediatamente hácia el Cerro de las Campanas.

Muy pronto la batalla se hizo general. La artillería de la línea del rio, colocada á corta distancia del Cerro de las Campanas, comenzó el fuego sobre el enemigo, cuya infantería, que bajaba de las alturas de San Pablo y de San Gregorio, estaba sostenida por una numerosa artillería, bastante bien servida, sobre todo la establecida frente de la Cruz.

Los que se encontraban en la azotea del convento de la Cruz gozaban de un espectáculo magnífico, pero peligroso,

porque los proyectiles caían á cada momento en las azoteas, y las campanas sonaban con las balas de numerosos tiradores que el enemigo había desplegado ante sus columnas.

Al Suroeste de la ciudad, frente á la gran quinta de la Casa Blanca y en la garita del Pueblito, se hallaba formada nuestra caballería. Sus movimientos nos indicaban que el general Mejía se disponía á cargar con ella á la caballería enemiga, que avanzaba en masa de aquel lado, levantando espesas nubes de polvo. En efecto, nuestra primera brigada de lanceros, á cuya cabeza se encontraba el general Mejía, se precipitó sobre los republicanos, contuvo su marcha progresiva y los hizo retroceder al fin. El éxito de esta brillante carga, que llevó al general Mejía y á nuestros ginetes hasta el campamento enemigo, cerca de la *Estancia de las Vacas*, nos fué anunciada por el clarín.

Me acordaré siempre de la órden que se nos dió de suspender el fuego por un momento para oír distintamente los clarines distantes de nuestros camaradas, y la profunda emoción que sentimos cuando los sonidos del cobre nos transmitieron estas elocuentes señales: ¡Enemigo! ¡Ataque! ¡Diana!

Efectivamente, nuestra línea era muy extensa para nuestro débil efectivo, y si el enemigo hubiera penetrado por un punto cualquiera, la plaza estaba perdida.

Miéntas que nuestra caballería cargaba tan vigorosamente al enemigo al Sureste, las columnas de infantería republicana, que se habían establecido sin resistencia en los cerros de San Pablo y San Gregorio, bajaban por sus vertientes para atacar nuestra línea, protegida solamente por un río de insignificante anchura y vadeable casi por todas partes.

En los últimos momentos que precedieron al asalto, el general Castillo recibió órden de evacuar la orilla del río y de replegarse sobre la Cruz. La ejecución de semejante órden

era muy peligrosa en aquel momento, y habria ocasionado la pérdida de la plaza. Miramon, en su calidad de comandante general de la infantería, tomó sobre sí desobedecer, y restableció los batallones en su primera posicion. Ese momento de vacilacion iba á costarnos caro. El enemigo, cuyo impulso era vigoroso y cuya desusada audacia no podia ménos de sorprendernos, se apoderó de varios puestos, de donde por fortuna logramos desalojarle.

Varias veces el enemigo se reorganizó en la vertiente de las montañas, y renovó sus ataques con ardor, pero fué rechazado siempre.

El enemigo habia establecido una batería sobre una eminen-
cia, enfrente del puente que une la ciudad con el barrio de San Sebastian. Una pieza rayada que se encontraba allí nos molestaba, sobre todo, por la precision de su tiro. El príncipe de Salm, que habia tomado el mando de los cazadores franco-mexicanos, fué encargado de tomarla con su batallon y una parte del de Celaya. Los cazadores, con el príncipe de Salm á la cabeza, se lanzaron á paso veloz, atravesaron el puente bajo los fuegos del enemigo, pusieron en fuga á cuantos encontraron, así como á los defensores de la batería, y tomaron la pieza rayada.

Un oficial de artillería, que la defendia con valor, fué muerto, uno de los conductores envasado, y el otro se salvó por su presencia de ánimo.

—No me mateis, gritó, soy de los vuestros..... Fuí hecho prisionero por la *chinaca*..... Yo os lo probaré..... y ademas, voy á ayudaros á llevar la pieza.

Así se verificó, y los cazadores volvieron triunfalmente con la pieza rayada.

Desde el punto de la Cruz veiamos al otro extremo de la ciudad el Cerro de las Campanas, cuya artillería protegía

nuestras tropas de aquel lado y le coronaba de un penacho de humo blanco.

A cada instante llegaban prisioneros á la plaza de la Cruz. Estos infelices eran conducidos en grupos ante el Emperador, que los interrogaba y los trataba con bondad. Algunos temblaban; se les habian contado tantas fábulas sobre el Emperador y sus generales! Entre ellos habia muchos oficiales; uno de estos últimos llamó particularmente mi atencion.

Era americano, y aun cuando hubiera querido negar su nacionalidad, se la habria adivinado; tanto reunia en sí el tipo yankee. Se presentó al Emperador con una calma probablemente afectada, pero digna. Sea por ostentacion, sea por un olvido bastante excusable, por otra parte, en un momento como aquel, no se quitó su sombrero, que el general Mendez le tiró de la cabeza.

—¿Quién sois? le preguntó el Emperador.

—Fulano, capitan de artillería de la division del ciudadano general Escobedo.

—¿Por qué servís con los disidentes?

—¡Para defender la independendencia de este país!

Esta respuesta era ridícula, y el tono con que se hizo molestó al Emperador; porque este último, volviéndose hácia el general Mendez, le dijo:

—Mendez, aquí hay un individuo que viene á defender nuestra independendencia; os le recomiendo.

Se impidió al prisionero que se comunicara con nosotros; pero el Emperador mandó que se le diese cuanto necesitara en su triste posicion.

El ataque de los republicanos contra la Cruz fué de los mas sérios. Se habian apoderado del Cementerio, de su iglesia y del gran jardin del convento; se habian deslizado y establecido en todas las casas vecinas, así como en la iglesia de San Fran-

cisquito, no comprendida entónces en nuestra línea de defensa, y en la cual colocaron artillería de montaña que nos causaba mucho mal.

El convento de la Cruz es vasto y sólido; pero no era muy difícil apoderarse de él, porque no habia sido fortificado para el evento de una larga defensa; las desigualdades de terreno y las casas del barrio de Pateo permitian al enemigo acercarse fácilmente.

Como se temia que los republicanos conservasen absolutamente el Cementerio, que se habia cometido la imprudencia de abandonar, y se establecieran así á algunos metros de nosotros, se resolvió recobrarle. Para esto se practicó una abertura en una pared que separa la Cruz del jardin á cuyo extremo se encuentra el Cementerio. El teniente coronel Juan de Dios Rodriguez, el comandante Ceballos y el capitan Dominguez, á la cabeza de una parte del batallon del Emperador, fueron designados para recobrar el Cementerio; pero, por desgracia, la abertura, hecha de prisa y demasiado estrecha, no permitia á los nuestros pasar de otra manera que uno á uno. Sin embargo, la pasaron, se formaron rápidamente y se dirigieron á paso veloz á través del jardin, bajo un fuego espantoso que los diezmaba. El teniente coronel Juan de Dios Rodriguez cayó con el pecho atravesado por una bala. El capitan Dominguez fué herido en la cabeza. Los soldados caian unos despues de otros bajo el fuego que partia del Cementerio y de las paredes de derecha é izquierda, tras de las cuales se habian establecido los republicanos y en las que habian abierto troneras. Era locura pensar en recobrar de aquel modo el Cementerio, donde el enemigo se habia fortificado ya.

El general Mendez mandó tocar retirada; los soldados se precipitaron hácia la Cruz para escapar á tan nutrido fuego, llevando consigo los cuerpos de su teniente coronel y del capitan

Dominguez. Pero la estrecha abertura por donde habian salido, era el blanco de los republicanos. Nuestros soldados caian al penetrar por ella, y habia necesidad de retirar á los muertos para que pudieran pasar los demas. Tras de ellos, en el jardin, avanzaban los republicanos. Entónces el general Márquez envió algunas compañías del 3º de línea, al mando del comandante Gutierrez, hácia la izquierda del convento.

Disparamos algunos botes de metralla sobre los jardines vecinos; despues, el comandante Gutierrez y sus tres compañías, saltando nuestra trinchera, cargaron valientemente á los republicanos establecidos á lo largo de las paredes del jardin. Estos fueron desalojados, muchos de ellos ni siquiera tuvieron tiempo para huir, entre otros un americano del Norte, oficial de las tropas de Corona, que fué hecho prisionero. El comandante Gutierrez volvió con el oficial extranjero, algunos prisioneros, armas y uno de esos rifles americanos de á diez y seis tiros, que causaban nuestra admiracion.

Tan hábil cortesano como valiente soldado, el comandante ofreció inmediatamente esta arma al Emperador.

El americano estaba herido en el cuello y su sangre corria en abundancia sobre su uniforme. Avanzaba á la vista de todos, conducido un poco bruscamente; su fisonomía estaba tranquila y su actitud era digna, no sé si por sangre fria ó por estupor. Se le conducia ante el Emperador, cuando algunos soldados de caballería, animados de instintos feroces, llegaron tras de él gritando: *¡muera el americano!* Nos vímos obligados á echar mano á la espada para salvar á aquel infeliz.

Allí tambien fuí testigo de un rasgo de valor del general Márquez. En el momento en que el 3º de línea volvia bajo una granizada de balas, el general subió á la trinchera tras de la cual se hallaba una seccion de mi batería, diciendo á los soldados:

—¡Entrad, muchachos, entrad! os habeis portado valientemente: ¡viva el 3º de línea!

Las balas de los rifles silbaban y rebotaban contra nuestras piezas, y todos nos admirábamos de no ver caer al general. Le suplicamos que se bajase; no hizo caso alguno de nuestras súplicas. El Emperador, que le vió, mandó dos veces á su ayudante Ormaechea, para prohibirle que se expusiera de aquel modo.

Pronto hubo necesidad de verificar otra salida; fué ejecutada tambien por el 3º de línea con tanto vigor como la primera. Por fin, el enemigo hizo una última tentativa sobre la derecha de la Cruz para flanquear este monumento. Este ataque estuvo á punto de lograrse; las casas contiguas al antiguo hospital frances, que se habia convertido en nuestro, fueron tomadas por los republicanos. Estos trataban ya de penetrar en este último establecimiento abriendo brecha en una pared, cuando el coronel Arellano, que lo advirtió á tiempo, les mandó arrojar granadas que los obligaron á alejarse, y propuso al general Márquez ir á desalojarlos de las casas contiguas con el 3º de línea. Este aceptó y los dos ejecutaron aquella salida, que fué la última. Algunos metrallazos, dirigidos por el coronel Arellano en persona, los hicieron retroceder tambien de allí.

Un destacamento republicano, sorprendido en una casa que se quemaba, no pudo retirarse bastante pronto y fué hecho prisionero todo entero.

Durante el ataque de la Cruz los republicanos desprendieron sobre las alturas del Cimatario, al Sur de la ciudad, una de las fuertes columnas de caballería que habian establecido en el llano de Carretas, probablemente para cortarnos la retirada para México en caso de desastre, y para contener nuestra caballería, que amenazaba su flanco izquierdo.

Se verificó un segundo encuentro de caballería, y nos fué

tan favorable como el primero. Al mismo tiempo el general Miramon llegaba á la Alameda con infantería y artillería, desprendidas de nuestra línea del Norte, y derrotaba la reserva de las columnas que atacaban la Cruz.

Los republicanos, rechazados y batidos por todas partes, á pesar de su valor y su tenacidad, tuvieron que perder toda esperanza de buen éxito; nuestras balas los persiguieron mientras que verificaban su retirada hácia las alturas, de donde habian bajado tan orgullosamente por la mañana. La artillería enemiga respondia á la nuestra; pero sus últimos disparos parecian mejor manifestar una rabia impotente que amenazar-nos con una agresion.

La plaza de la Cruz presentaba una animacion extraordinaria. El general Miramon llegó; el Emperador le tendió los brazos. Llegaron nuevos prisioneros y los trofeos quitados al enemigo.

Reinaban el júbilo y el entusiasmo. Los clarines tocaban diana por todas partes, y nuestras músicas ejecutaban el himno nacional. La emocion era general. El Imperio se habia salvado, ó por lo ménos así se creia.

El Emperador, siempre tranquilo, grande, lleno de una suprema dignidad lo mismo en la victoria que en la derrota, se acercó á diversos oficiales, los felicitó y les dió señales de su estimacion.

El Emperador tenia motivo para estar contento. Estaba hecho lo mas difícil, y todo el mundo habia cumplido bien con su deber.

Aquellós momentos fueron sublimes; jamas los olvidaré. Eran el lado hermoso de la guerra. Muy pronto iba yo á ver lo que tiene de horrible.

VII

Visita al hospital.—El capitán D. Antonio Salgado.—El teniente coronel D. Juan de Dios Rodríguez.—El capitán Domínguez.—Un comandante austriaco.—Los heridos.—Lo que se llama hospitales y ambulancia en México.—Visitas del Emperador á los hospitales de Querétaro.—Los muertos.—El hotel del Águila Roja.—Recuerdos del sitio de Puebla por el mariscal Forey.

Me dirigí al hospital para visitar á nuestro capitán primero D. Antonio Salgado, que habia sido herido en un pié, muy cerca del general Márquez y del coronel Arellano, en la última salida que habian hecho contra los republicanos. El capitán habia recibido una bala en el talon; por fortuna su espuela habia atenuado el efecto del proyectil. Sin embargo, su herida podia volverse peligrosa y le hacia sufrir mucho. Estaba amenazado tambien por una hipertrofia del corazon. Profundamente conmovido al verle en tan triste estado, le manifesté la respetuosa simpatía de mis camaradas hácia él, y su admiracion por la bella conducta que habia observado.

En efecto, el comandante Salgado era uno de los oficiales que se habian distinguido mas en aquella jornada, no solamente por su valor, sino tambien por su inteligencia. Antes teniamos contra él un vivo resentimiento, engendrado por su riguroso espíritu de disciplina, que tomábamos por tiranía, y por consiguiente nos rehusábamos á creer en su valor. Pero cuando le vímos cumplir tan noblemente su deber, cuando nos dió el ejemplo de la mas rara abnegacion, olvidamos sus rigores pasados; el respeto ocupó el lugar del odio, é hicimos completa justicia á sus grandes cualidades.

En un cuarto contiguo se hallaba el teniente coronel Juan de Dios Rodríguez, tendido en un colchon de paja; cubria su semblante una palidez mortal, sus ojos estaban apagados. Un amigo suyo entró y le preguntó:

—¿Qué sucede, Juan, cómo sigues? El herido hizo un ligero movimiento de cabeza, que queria decir: muy mal.—No tengas cuidado, Juan, contestó el otro, tratando de dominar su emocion; escaparás de esta como del tiro de revólver que te disparó Ronda á quema-ropa hace un año.

Juan de Dios ya no podia hablar; contestó con una ligera y triste sonrisa de moribundo. Su familia y sus hermanas fueron llorando á recogerle.

Algunos minutos ántes el Emperador habia ido á verle. Un médico, á quien el Soberano interrogó secretamente sobre el estado del herido, habia contestado:

—Señor, ese valiente oficial apénas tiene algunas horas de vida.

El Emperador consoló entónces, lo mejor que pudo, á Juan de Dios Rodríguez. Le concedió la cruz de caballero del Aguila Mexicana, asegurándole que le reservaba el grado de coronel y el mando de un cuerpo de su futura guardia.

A todas estas pruebas de simpatía y de estimacion, D. Juan de Dios contestó estrechando, cuanto se lo permitian sus débiles fuerzas, la mano que el Emperador le tendia, y dijo con una expresion de adhesion y de resignacion imposibles de describir: «—Señor, me considero dichoso muriendo por Vuestra Majestad!»—Estas palabras conmovieron el corazon tan sensible y tan bueno del Emperador, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

Con grande admiracion de todos, D. Juan de Dios no sucumbió. Algunas semanas despues tomó de nuevo el mando de su batallon.

Convaleciendo todavía, corrió á una accion donde le encontró el general Mendez. Este último amenazó á D. Juan de Dios Rodriguez con su descontento, si volvía á cometer semejantes imprudencias. —Juan es más duro á los golpes y á las fatigas que un caballo, decia el general Mendez; tiene heridas en el cuerpo, de las que una sola bastaria para enterrar diez veces á cualquiera otro.

Ménos afortunado que su superior, el capitan Dominguez, que habia sido herido tambien en el jardin de la Cruz, fué llevado espirante á su alojamiento. Las gentes que habitaban la casa, espantadas por las balas que caian allí, se refugiaron en el centro de la plaza. Dominguez fué olvidado. Cuando mas tarde se entró á aquella casa, encontróse el cadáver del capitan en plena descomposicion y exhalando un olor fétido.

Gran número de heridos fueron conducidos al hospital. Algunos morian en el camino ó al llegar. Entre los primeros se hallaba un comandante austriaco, pequeño de cuerpo, rechonchó, de barba rubia; tenia todavía colgado al cuello un lente que llevaba constantemente en el ojo izquierdo. Fué muerto á tiempo que le pegaba á su asistente, al que reprochaba ponerse á cubierto para apuntar al enemigo ó cargar de nuevo su fusil. Apénas le habia dado algunos cintarazos, cuando cayó con la cabeza hecha pedazos.

Se le condujo á la ambulancia, pero espiró en el camino.

Las largas salas del hospital, adonde fuí á visitar á algunos artilleros mas ó ménos maltratados por el enemigo, presentaban el aspecto mas triste. Estaban ya guarnecidas de heridos; pero en vez de las quejas que me esperaba oir, apénas si llegaba hasta mí un débil gemido. Los pacientes se hallaban acostados en camas improvisadas que se habian conseguido á toda prisa: imperiales y republicanos estaban confundidos, y se les cuidaba sin distincion; así lo habia querido el Empe-

rador. Estos desventurados tenían heridas de las que algunas eran extraordinarias por su aspecto y por las circunstancias en que se habían recibido.

La vista de un infeliz alemán de barba rubia, cuya cara había sido atravesada por una bala, me sorprendió vivamente, porque su herida, desfigurándole de una manera horrible, le permitía hablar todavía.

Uno de los médicos, bravo y digno ciudadano de Maravatío, que cuidaba á los enfermos con una abnegacion superior á todo elogio, me declaró que la herida se volvería mortal probablemente. La calentura comenzaba á apoderarse del herido.

Un ginete había recibido un lanzazo en el vientre, y sus entrañas colgaban fuera de la herida.

Uno de nuestros artilleros tenía una bala alojada en los intestinos, y sufría atroces dolores; no teniendo remedio su herida, murió despues de muchos dias de atroces sufrimientos.

El servicio del hospital de Querétaro no estaba todavía completamente organizado, y ese establecimiento era imágen fiel de lo que se llama los hospitales ambulantes militares en México.

El servicio médico del ejército no ha existido jamas realmente desde la Independencia. Durante la guerra con los Estados-Unidos (1846-47), la falta de servicios militares, la ausencia de una intendencia inteligente, causaron mas mal á las tropas mexicanas que el fuego del enemigo, y le hicieron perder todas las ventajas que habrían podido sacar de la batalla de la Angostura.

¿No hemos visto muchas veces nosotros mismos columnas de tres á cuatro mil hombres ponerse en campaña sin un solo cirujano?

Por fortuna, en Querétaro, el Emperador estaba allí. Todos los dias, sin faltar uno, visitaba el hospital. Estas visitas

requerian cierto valor hácia el fin del sitio, es decir, en el momento en que el tifo, la fiebre de hospital, el calor y el desarrollo de enfermedades epidémicas de todas clases, hacian considerar la entrada de un enfermo ó de un herido al hospital como una partida para el otro mundo.

Las visitas del Emperador reanimaban á los heridos, á los enfermos, y estimulaban á los médicos.

Se necesita haber estado en semejante posicion para poder comprender bien el inmenso y saludable efecto que producen esos estímulos directos de un soberano amado, dirigidos á heridos á los que algunas veces la moral sola puede salvar.

Visitando un hospital ruin, infecto, asolado por enfermedades epidémicas, el Emperador ejercia uno de esos actos de valor que generalmente pasan desapercibidos, pero que no por eso merecen ménos la admiracion.

Por la noche, en una de las entradas principales de la Cruz, fuí testigo de una escena que me conmovió profundamente, aunque la costumbre de los espectáculos de este género habrian debido aguerrirme contra semejantes impresiones. Los soldados del batallon del Emperador recogian á sus camaradas caidos en el jardin, para trasportarlos al hospital, si respiraban todavía, ó para reunir bajo una bóveda á los que habian muerto.

Habia allí algunas mujeres suplicando que se las dejase entrar para reconocer á sus maridos que no habian vuelto á parecer. Un grito anunciaba que alguno de estos habia sido encontrado vivo aún, ó una exclamacion de angustia daba á conocer que una de aquellas pobres mujeres acababa de ver pasar el cadáver ensangrentado del ser á quien amaba mas en el mundo. En medio de aquellos gritos se oia la voz tonante del oficial de guardia, ordenando echar á todas aquellas picaronas á culatazos.

Me acuerdo de una jóven, cuya belleza marchita llamó particularmente mi atención. Llevaba una criaturita en sus brazos, y pedia con instancia que se la dejase entrar para buscar á su marido, que no parecia; su semblante expresaba la angustia mas punzante, que se cambió luego en espantosa desesperacion cuando creyó reconocer á su esposo entre los cadáveres que se trasportaban al lado. En su dolor, se echó á los piés del sargento para pedirle la gracia de pasar.

—¿Quién es vuestro marido? preguntaba este.

—Es el cabo Fulano, contestaba aquella desventurada.

El sargento consultó con algunos soldados, y contestó con un embarazo de mal agüero:

—Pero si está de guardia detrás del convento, y no podeis verle hasta mañana.

—No es cierto, exclamó, no es cierto, sargento; estoy segura de que le han matado, creo que es el que acaba de pasar. Algo me dice que ha muerto. Por María Santísima, dejadme pasar. No quiero que le entierren sin que le vuelva á ver.

Instó tanto y tan bien, que la dejaron entrar.

Corrió inmediatamente adonde creia encontrar á su marido; su instinto no la habia engañado. Era el mismo á quien habian trasportado un momento ántes; se echó con su hijito sobre el cuerpo del pobre cabo. Fácilmente se comprenderá la desesperacion de la desventurada mujer.

Por la noche, algunos de los nuestros, privilegiados de la fortuna, ó cuya presencia no era necesaria en las líneas, pudieron ir á visitar la ciudad. Reinaba en ella una animacion ardiente. Los habitantes salian de sus tiendas cerradas ó se asomaban á sus balcones. Los diversos incidentes de la jornada eran contados con pasion, y muchas veces desfigurados.

En el hotel del Aguila Roja muchos de los nuestros se en-

contraban reunidos en la mesa redonda; cada uno contaba lo que habia pasado en su puesto, en su batallon, ó lo que habia hecho su regimiento. Se felicitaban por aquella victoria que presagiaba otras.

Se contaba la muerte de un camarada estimado, de un valiente oficial superior; se criticaba el dudoso valor de otro.

El ardor de los liberales durante el ataque era, sobre todo, el asunto de la conversacion de los que no llevaban el odio contra los republicanos hasta el punto de rehusar á estos últimos toda especie de justicia. Ya no conociamos á nuestros antiguos adversarios, cuya única táctica habia parecido ser, hasta entónces, la fuga. Nuestros nuevos enemigos, por el contrario, se habian presentado audazmente en los diversos episodios de la jornada.

No debe olvidarse que en el sitio de Puebla esas malas tropas indígenas, que las tropas de la Intervencion parecian desdenar tanto, despues de haber opuesto una magnífica resistencia cuando el asalto y la toma de San Javier, volvieron valientemente á la carga para tratar de recobrar este fuerte tan disputado. Es cierto que estaban mandados por hombres como el general Negrete y el coronel Bernardo Smith.

Por los partes del mariscal Forey sabemos que los sitiados, convertidos en asaltantes á su vez, fueron recibidos por el fuego terrible de los zuavos y de los cazadores de á pié; pero lo que no se sabe es que durante aquella tentativa desesperada, los defensores de la plaza sufrieron las pérdidas mas crueles.

La Intervencion cometió una injusticia, y una falta muy impolítica, criticando hasta el extremo la mala organizacion de las tropas improvisadas de Juarez, sin hacer justicia á su valor.

Lo repito; la mayoría de los nuestros, en su odio contra nuestros adversarios, no queria reconocer que al ménos los re-

publicanos se habian portado bien durante la jornada; pero la verdad histórica me obliga á decirlo aquí.

Antes de separarse, se bebió por la salud del Emperador y por la de Miramon y de Mendez, generales que inspiraban las mayores simpatías.

Por la noche los republicanos, apostados en el Cerro de Carretas, frente á la Cruz, nos enviaron balas y granadas, todas dirigidas á la Cruz, que les ofrecia un magnífico punto de mira, á causa del gran número de luminarias y luces que encerraba, y que nadie se habia tomado el trabajo de disimular.

VIII

El Emperador condecora las banderas del batallon del Emperador y del 3.º de línea.— Desertores enemigos.—Jornada del 17 de Marzo.—Combate de San Juanico.—El general Márquez, acompañado del ministro Vidaurri y escoltado por la brigada Quiroga, va en busca de refuerzos á México.

Al dia siguiente 15, el Emperador distribuyó algunas recompensas á los oficiales y á los soldados que se habian distinguido de una manera excepcional. Despues tuvo lugar una pequeña ceremonia renovada de la campaña de Italia, bajo el segundo imperio frances. El batallon del Emperador y el 3º de línea se formaron en cuadro en la plaza de la Cruz; el Emperador llegó, seguido de los generales Márquez, Mendez y de su estado mayor. Hizo saber á los dos batallones que, por su conducta á las órdenes del general Mendez en sus campañas anteriores, y por la de la víspera, habian merecido que fuesen condecoradas sus banderas.

Colocó él mismo una cruz del Aguila Mexicana en cada una de las dos banderas que le fueron presentadas. El general

Márquez tomó en seguida la palabra. Exhortó á los soldados á conducirse siempre así para merecer nuevas recompensas honoríficas; además, les hizo entrever que el Emperador no se separaría de ellos. Las palabras del jefe de estado mayor afirmaron mas á esos dos batallones y á toda la brigada de reserva, en la creencia, generalmente extendida, de que el Emperador nos conservaría á su lado para formar el núcleo de su guardia. Este pensamiento nos entusiasmaba.

Se presentaron algunos desertores del campo enemigo. Estos infelices excusaban su acción de un modo muy sencillo; se les había cogido por fuerza; se les tenía en un estado de miseria y de servidumbre horrible, y se escapaban á la primera ocasión que se les presentaba. Algunos eran antiguos soldados imperiales, caídos en poder de los republicanos, y á quienes estos habían obligado á entrar á sus filas. Regresaban pidiendo volver á sus antiguos cuerpos. Todos pintaban con vivos colores la desmoralización de nuestros adversarios. En general, no debe uno fiarse mucho de la declaración de esos individuos, que exageran siempre el mal lado de la situación del enemigo para hacerse interesantes ó para excusar su conducta. Sin embargo, era cierto que nuestros adversarios estaban profundamente desanimados.

El general Miramon lo comprendía así, y en su impaciencia de combatir instaba sin cesar al Emperador para que atacase á su vez. El Soberano, que combatía con las tropas mexicanas por primera vez, tenía, como todos, una ciega confianza en la experiencia del general Márquez, su jefe de estado mayor, quien quería esperar un segundo ataque del enemigo, ó que levantara el sitio. El Emperador, como todos los que no habían visto á Miramon con las manos en la obra, tomaba la impaciencia de este por imprudencia. A pesar de eso, parece que el Emperador se decidió á atacar. Miramon tomó toda

las disposiciones necesarias la noche del 17. Su plan era tomar las alturas que rodeaban á San Pablo y San Gregorio; yo lo supe mas tarde, por casualidad. Lo cierto es que el ataque abortó sin que se supiese por qué.

La brigada de reserva, que debia dirigirse á la línea del Norte, relevada demasiado tarde, no llegó á tiempo á su puesto, y la calle que conduce de la plaza de San Francisco al puente de San Sebastian, obstruida por una trinchera y por carros hechos pedazos, fué teatro de un peligroso desórden. Mi batería se vió imposibilitada de continuar su marcha. Los dragones de la Emperatriz querian pasar á toda costa. Por fin se destruyeron los obstáculos, y comenzaba á restablecerse el órden, cuando, de repente, recibimos órden de volver á la Cruz.

* Nada comprendiamos entónces de lo que pasaba; pero mas tarde supe* que en el momento en que iba á comenzar el ataque, el comandante de la Cruz creyó que adivinando los republicanos el objeto del movimiento que se verificaba, y sabiendo que su puesto estaba abandonado, se disponian á atacarle. Espantado sin duda de la responsabilidad que pesaria sobre él si el enemigo se apoderaba de la Cruz, que era tambien la clave de la ciudad, mandó avisar inmediatamente al general Mendez.

Este, creyendo que se corria el peligro de perder la Cruz, corrió á galope á avisarle al Emperador al Cerro de las Campanas. Unos segundos mas, y la accion iba á comenzar. La posicion era crítica. El Emperador consultó al general Márquez, quien deseaba suspender el ataque y contestó que era preciso conservar la Cruz ántes que todo.

El Emperador dió órden de suspender el ataque. Márquez se dirigió á toda prisa adonde se hallaba Miramon para transmitirle esta órden, miéntras que el Emperador y el coman-

dante general de artillería Arellano se dirigian corriendo á la Cruz. El general Márquez llegó en el momento en que Miramon, con la espada en la mano, pasaba al frente de sus tropas arengándolas, y les comunicaba su ardor y su fé ciega en el éxito de la jornada.

El dia iba á comenzar. Diez y ocho piezas de artillería, que se habian colocado en batería frente á las posiciones enemigas, se disponian á comenzar el fuego. La órden, trasmitida por el general Márquez en persona, la noticia de que el enemigo se disponia á tomar la Cruz que habia quedado casi abandonada, y la de que la brigada de reserva no se hallaba todavía en su puesto, causaron á Miramon una desesperacion furiosa. Envainó su espada, tiró al suelo su sombrero, y dió órden á las tropas de volver á la ciudad. Volvió él mismo á Querétaro, pálido y llorando de rabia.

Supo en el camino que nadie pensaba en atacar la Cruz. Llegó su desesperacion á tal grado, que se exaltó y dijo al viejo ministro Vidaurri, á quien encontró á caballo frente al palacio municipal:

—Decid al Emperador que ya no cuente conmigo para ningun proyecto de ataque ni para ningun consejo de guerra. Obedeceré todas las órdenes que me dé; pero nada mas.

El viejo ministro, hombre prudente ántes que todo, trató de calmar á Miramon y se guardó muy bien de decir al Emperador las palabras del general.

El Emperador reconoció el error involuntario del comandante de la Cruz, pero demasiado tarde para reparar el mal, porque ya era de dia y el enemigo veia todos nuestros movimientos, que débian ser un enigma para él.

Yo atribuí el error que nos impidió atacar aquel dia, á la fatalidad que nos persiguió durante todo el sitio y nos arrancó tantas veces el triunfo en el momento en que ya era nues-

tro. Estoy persuadido, por lo que mas tarde ví hacer al general Miramon con menores elementos, de que ese ataque nos habria dado infaliblemente la victoria, tanto mas cuanto que el enemigo, que no habia presentado siquiera nuestro movimiento, iba á sorprenderse completamente. El Emperador lo comprendió así y se aumentó su estimacion por Miramon.

Desde aquel dia nuestra posicion fué verdaderamente mala. El enemigo, comprendiendo que no nos venceria sin graves dificultades, comenzó seriamente la circunvalacion de la plaza.

El general Miramon recibió órden de hacer una salida, por el Oeste de la ciudad, á la hacienda de San Juanico, donde habia víveres y forrajes y donde se encontraba una division republicana, compuesta principalmente de caballería.

El general Miramon partió, desde muy temprano, con los ginetes fronterizos de Quiroga, el batallon de Celaya, una parte de los Cazadores franco-mexicanos y cuatro piezas de artillería. San Juanico está situado á cuatro kilómetros de la ciudad. Las grandes guardias del enemigo fueron puestas en fuga; la hacienda fué tomada sin disparar un tiro, y se procedió, sin pérdida de tiempo, á cargar, en carros llevados á este efecto, todo el maiz que se encontró allí. Durante esta operacion, la caballería republicana volvió á la carga; estaba sostenida por la artillería. Pero Miramon contuvo al enemigo hasta lo último.

Miéntras tanto, nuestros fronterizos tenian un encuentro serio con el enemigo en el camino de Celaya. Quiroga, que habia recibido órden de no aventurarse, se veia obligado á batirse en retirada ante un enemigo que aumentaba rápidamente en número, cuando la guardia municipal de á pié, de México, llegó muy á tiempo en su auxilio. Esta valiente tropa, conducida de una manera admirable por su jóven gefe el teniente coronel Rodriguez, hizo decididamente inclinar la balanza en nuestro favor.

Luego que se acabó de cargar el botín, Miramon dió orden á sus tropas de volver á la ciudad. El enemigo las siguió muy de cerca y las atacó de nuevo.

Pero Miramon le rechazó otra vez con la guardia municipal y los cazadores, y nuestras tropas ya no tuvieron que sufrir el fuego de los cañones colocados en los Cerros de San Gregorio. En aquel momento, una granada bien dirigida cayó sobre la cajuela de municiones de un obús, que por fortuna estaba casi vacía, y le comunicó el fuego. Una terrible explosión mutiló á los artilleros que servían la pieza, á los conductores y á las mulas, é hirió á varios soldados que se hallaban á su alcance.

El príncipe de Salm se distinguió aquel día como en el combate del 14, y debió la vida á una maña de su caballo, que levantaba extraordinariamente la cabeza á cada momento: el animal recibió una bala en el cráneo durante uno de sus movimientos.

Nuestras pérdidas fueron sensibles, principalmente entre los ginetes de la Frontera.

El general Márquez y algunos otros opinaban por retirarse á México, á fin de reunir las fuerzas que existían en la capital y dar una batalla decisiva á los republicanos, con más probabilidades de buen éxito.

Por fortuna, el Emperador no acogió esta idea. Miramon y Arellano demostraron en un consejo de guerra, que el Emperador mandó reunir el 20 de Marzo para tratar esta cuestión, que la retirada equivalía á la derrota.

Todos los generales estuvieron de acuerdo en un punto: uno de ellos debía ser enviado á México, para recoger una parte ó la totalidad de las tropas concentradas en esta ciudad, y todos los recursos pecuniarios que se pudieran reunir; después debía reunirse con el pequeño ejército imperial, ó maniobrar

de manera que le auxiliara en los movimientos que iba á hacer para obligar al enemigo á levantar el sitio.

El mismo Emperador escogió al general Márquez para desempeñar esta mision; le agregó á D. Santiago Vidaurri, nombrado presidente del consejo de ministros, y les dió para que los escoltara una brigada de caballería compuesta del 5º de Lanceros, nuestro mejor regimiento despues de los dragones de la Emperatriz, y los dos cuerpos de caballería auxiliar de la Frontera, todo mandado por el coronel Quiroga.

En la noche del 22 al 23, el general Márquez partió como á la una de la mañana, por el Sur de la ciudad, que el enemigo no ocupaba todavía, y tomó el camino de la Sierra.

El enemigo, que no tenia gran necesidad de su caballería, envió en persecucion de los nuestros una columna de cuatro mil caballos, mandada por el general Guadarrama.

Hasta por la mañana no supimos la partida del general Márquez. Muy pronto traspiró el objeto de su mision.

—Como no vaya á hacer lo que en 1860, cuando debia auxiliar á Guadalajara..... decian los viejos oficiales.

En efecto, como nadie lo ignora, Guadalajara, sitiado entonces por todas las fuerzas liberales, resistió heroicamente en espera del auxilio que debia prestarle el general Márquez; pero este llegó demasiado tarde para impedir que aquella plaza cayese en poder de nuestros enemigos.



TERCERA PARTE



EL SITIO

(CONTINUACION)

I

Estado de la plaza despues de la partida del general Márquez.—Se fabrican municiones.—Las cápsulas de papel.—Combate del 24 de Marzo.—Peligros corridos por el Emperador.—El general Miramon.—El general Arellano.—La Leva.—El gefe republicano Florentino Mercado.—Nombramiento de López para mandar la brigada de reserva.

Una vez partido Márquez, quedaba una gran dificultad que vencer para esperar su regreso. La plaza estaba sitiada en regla, y no se hallaba preparada para la resistencia. Las fortificaciones eran provisorias; pero, por fortuna, la defensa de la ciudad era posible, gracias á la buena situacion de la Cruz y de varios antiguos conventos é iglesias cuya sólida construccion permitia resistir á la artillería republicana. Inmediatamente se procedió á construir nuevos parapetos y á reforzar todas las líneas de defensa.

Quedaba otra dificultad mayor que todas: la falta de municiones complicada con la de pólvora, proyectiles, y los útiles indispensables para fabricarlos.

El comandante general de artillería, Arellano, suplió á todo con una inteligencia y una actividad que le grangearon las simpatías del Emperador y una gran reputacion en todo el ejército.

Estableció una fábrica de salitre, una de pólvora, dos fundiciones de proyectiles y los talleres necesarios.

El techo del teatro fué arrancado, fundido y convertido en balas.

Una parte de las campanas y todo el hierro que se pudo conseguir, sirvieron para fundir balas y granadas. Nuestro material fué reparado de la manera mas ingeniosa, y aumentado con el que quitamos al enemigo; finalmente, el coronel Arellano encontró el modo de reemplazar nuestras cápsulas de guerra, completamente agotadas, con cápsulas de papel, delicadas, pero generalmente buenas.

Gracias á esta feliz innovacion pudimos resistir tanto tiempo.

Una parte de los prisioneros enemigos fué empleada útilmente en estos trabajos.

El enemigo no permanecía inactivo tampoco, y sus balas nos indicaban bastante que observaba todos nuestros movimientos y vigilaba todos nuestros trabajos.

De toda la ciudad, la parte Sur era la mas débil. De ese lado se hallan las alturas del Cimatario, que dominan Querétaro, y al pié de las cuales se extiende el llano de Carretas que se tiene que atravesar para entrar en la ciudad, sea por la Alameda, sea por la Casa Blanca. Esa parte de nuestra línea se hallaba casi enteramente desprovista de trabajos de defensa.

Las alturas del Cimatario no habian sido completamente ocupadas por los republicanos, que no se consideraban todavía bastante numerosos para extenderse así al derredor de la ciudad. Esta circunstancia habia permitido al general Márquez pasar sin obstáculo, el 22, con su caballería. Un poderoso refuerzo que el enemigo recibió el 23, le permitió completar la circunvalacion de la plaza y cortarnos toda comunicacion con el exterior.

Este refuerzo, de cerca de 10,000 hombres procedentes de Toluca, de Puebla, de Guerrero y del Valle de México, no habia hecho nada todavía. Los gefes republicanos resolvieron, por tanto, intentar con el auxilio de esas tropas frescas un segundo ataque de la ciudad por el Sur, lado que, como he demostrado, les ofrecia entónces mas probabilidades de buen éxito.

En la mañana del 24 de Marzo fué fácil adivinar la intencion de nuestros enemigos, al verlos bajar de la Cuesta China (camino de México), desplegarse y formarse en batalla en toda la vertiente del Cimatario, perpendicularmente á nuestras líneas, hasta la altura de la garita del Pueblito, donde se encontraba nuestra caballería, mandada por el general Mejía.

El Emperador mandó inmediatamente al general Miramon, con algunas tropas, hácia el lado amenazado. No quiso desguarnecer las líneas del Norte y del Este, porque temia, con mucha apariencia de razon, que el ataque fuese general.

El enemigo no se hizo esperar mucho tiempo; á cosa de medio dia, su infantería, formada en varias fuertes columnas apoyadas por la caballería y veinte piezas de artillería, bajó simultáneamente á la Alameda y á la Casa Blanca.

El cañon retumbó; pero no por eso dejaban de avanzar los republicanos con un órden, una rapidez y un aplomo que jamas se habia esperado encontrar en ellos. Se veia que iban mandados valientemente por sus principales gefes Riva Palacio, Jimenez, Velez y Florentino Mercado.

Nuestros cañones no bastaron para detenerlos; por fortuna Miramon y Mendez estaban allí. Este último mandaba la infantería encargada de defender la Alameda. Como lo habia ordenado Miramon, Mendez, sin moverse, dejó al enemigo acercarse á distancia de unos cuantos pasos. Un momento de vacilacion, y estábamos perdidos; pero no sucedió así. El ene-

migo llegaba junto á nuestros soldados, cuando un fuego casi á quema ropa sembró la muerte en sus filas y paralizó su impulso.

Al momento, el general Mendez, á caballo, dió un grito enérgico de *¡Viva el Emperador!* los soldados le contestaron con frenesí, y á la cabeza del batallón de Iturbide se lanzó sobre los republicanos. Estos, como debía esperarse, no resistieron las bayonetas de los nuestros. Uno de sus principales gefes, Florentino Mercado, cayó con la cabeza hecha pedazos. Empezaron la fuga, perseguidos largo tiempo por nuestras balas, que rebotando en el llano hacían espantosos vacíos en los grupos de fugitivos.

El general Miramon mandó cargar á la caballería. Esta cumplió bien su encargo y cogió cerca de doscientos prisioneros; pero la artillería enemiga, magníficamente establecida, le hizo sufrir pérdidas sensibles, y ayudó á las columnas republicanas que bajaban sobre la Casa Blanca, á volver en desorden á la ciudad.

Aquel día los cañones del enemigo nos hicieron sufrir cruelmente. Una sola granada hizo espantosos destrozos en las filas de la guardia municipal de México.

La Casa Blanca, defendida por una débil tropa de infantería, iba á ser tomada, cuando llegó el coronel Arellano, y comprendiendo todo el peligro que había en perder aquella posición, el ángulo más importante de nuestra línea, mandó situar algunas piezas en batería, y contuvo á nuestros infantes. Estando herido su caballo, echó pié á tierra y dirigió en persona magníficos tiros de metralla, que amortiguaron el ímpetu del enemigo y dieron tiempo al general Mendez para acudir con el batallón de Iturbide, y al general Miramon para llegar con nuevos refuerzos, mientras que el general Mejía formaba de nuevo la caballería. El combate fué en-

tónces mas igual, y el enemigo se vió obligado á retroceder de nuevo.

Contra lo que generalmente se esperaba, la ciudad no fué atacada ni por el Norte ni por el Oeste. Solo la Cruz fué amenazada por un falso ataque. El enemigo se conformó con dirigir numerosos proyectiles que, como siempre, causaron mas mal á los habitantes que á las tropas. En esta circunstancia, el Emperador corrió un gran peligro. Una granada llegó silbando y reventó junto á él, afortunadamente sin tocarle.

No sé lo que habria sido de nosotros si el Emperador hubiera muerto en aquel momento.

El defecto principal de los gobiernos cuya base es la existencia de un solo hombre, consiste en estar expuestos á una catástrofe terrible el dia en que desaparece aquel á quien la nacion ha confiado enteramente su destino. La Emperatriz estaba en Europa, é incapaz de gobernar; el heredero designado por Maximiliano era todavía un niño. Así es que colocándonos en el punto de vista político, no pensábamos en la posibilidad de la muerte de Maximiliano sin experimentar la mas viva inquietud.

Habiendo terminado la accion de una manera favorable para nosotros, el general Miramon fué á presentarse al Soberano. Apénas habia echado pié á tierra cuando el Emperador le tendió los brazos y le estrechó en un abrazo fraternal.

Despues de haber recibido este público testimonio de estimacion y de amistad, Miramon se quitó su quepí, y volviéndose hácia los testigos de aquella tierna escena, exclamó con ese tono de entusiasmo y de mando que le era peculiar: «¡Viva S. M. el Emperador!» Respondieron á este grito las mas ardientes aclamaciones.

El Emperador se dirigió despues hácia el comandante general de artillería, Arellano, que se habia distinguido tan ad-

mirablemente durante la acción y había salvado la Casa Blanca. Su bella conducta procuraba al Emperador la ocasión que esperaba de dar la banda verde á nuestro jóven y valiente coronel. Dirigiéndose al coronel Arellano, le dijo:

—«¡Sois general!»

Todos aprobaron mucho este nombramiento. El Emperador Maximiliano no nombró durante todo su reinado mas que tres generales: Mendez, Arellano y Quiroga.

Durante la acción, el calor era insoportable. Los prisioneros del enemigo fueron conducidos á la Cruz, para ser custodiados allí provisionalmente, de manera que ninguno de nosotros se comunicase con ellos. Esta precaución era inútil, porque en el campo de batalla la compasión y la curiosidad nos habían hecho dirigir preguntas á aquellos desgraciados.

Algunos, al pasar junto á mí, me pidieron un poco de agua. Me aseguraron que no habían bebido desde la víspera por la mañana. Les mandé dar cuanto agua quisieron. Todavía temblaban de emoción. Interrogados, me respondieron que eran del Valle de México; Florentino Mercado los había encontrado un mes ántes y los había cogido de *leva*, habían permanecido con él, vigilados por sus oficiales y amenazados de muerte á la menor tentativa de deserción. Me preguntaron si no podían justificarse ante el *señor Emperador*, y gracias á él no ser fusilados. Uno de ellos, sobre todo, me inspiró viva compasión; algunas lágrimas corrían por sus mejillas. Supe la causa de su silenciosa desesperación: el padre de este desgraciado, obligado á servir de la misma manera que él, había sucumbido al comenzar la acción.

Tranqualicé lo mejor que pude á aquellas pobres gentes, cuyas quejas me hacían estremecer de indignación. Hombres semejantes eran los que los demagogos habían conducido contra nosotros, engañándolos indignamente, representándonos

como traidores mandados por un Soberano y generales feroces, que fusilaban sin piedad á todos los que la casualidad ponía en su camino.

La mayor parte de ellos eran inocentes víctimas que sus gefes sacrificaban despiadadamente al triunfo de su ambicion. Estos, con un descaro que engañaba á las banderías políticas del mismo nombre que existen en Europa, llamaban á sus reclutas ciudadanos libres que combatian bajo las banderas de la libertad!

¡Contraste extraordinario! esos mismos hombres, cegados por el espíritu de partido, se indignan verdaderamente cuando leyendo las conquistas de Cortés y de Pizarro, ven que esos Jasones españoles se dividian á los vencidos y los empleaban en el servicio de sus trasportes. No advierten que es peor todavía lo que ellos hacen en pleno siglo XIX.

Los prisioneros de que acabo de hablar se ponian de nuevo en marcha, cuando los vió un jóven oficial de ingenieros que dirigia los trabajos de aquel lado.

—Vamos, bribones, exclamó, necesito de vuestros buenos y útiles servicios. Tomad esas palas y esos picos y trabajad de firme; así aprenderéis á servir con los revolucionarios.

Los prisioneros, con una resignacion extraordinaria, fueron adonde se les llamaba é hicieron cuanto se les ordenó.

El fuego del enemigo que avanzaba, fué muy pronto tan nutrido, que ninguno de los soldados de ingenieros y de los prisioneros queria exponerse á él voluntariamente. Esto retardaba los trabajos. Así es que nuestro jóven subteniente, dirigiéndose á los prisioneros, les ordenó imperiosamente que subieran al parapeto y trabajasen á descubierto. Estos se miraron con muda desesperacion, y obedecieron.

El jóven oficial, comprendiendo instintivamente todo lo que sus órdenes tenian de crueles y de injustas, se expuso con ellos

—Ya veis que no hay peligro, decia.

Uno de los trabajadores cayó con la pierna atravesada por una bala.

—Vamos, despachemos, continuaba el oficial; esto os enseñará á batiros contra el gobierno.

Afortunadamente para esos desventurados, el Emperador pasó por allí, y viendo el peligro que corrian, ordenó que se retirasen, recomendando que en lo sucesivo no se hiciera uso de los prisioneros para ejecutar trabajos de fortificacion. No olvidó tampoco mandar reprender severamente al jóven oficial de ingenieros. Despues de la partida del Soberano, este último me dijo, entre enfadado y risueño:

«¡Hombre! aquí me teneis desesperado: se nos imponen trabajos enormes sin darnos trabajadores. No tenemos aquí bastantes soldados de ingenieros. Los presos de la cárcel no pueden ayudarme. Hace muchos dias que no han dormido, y se olvida muchas veces traerles de comer. Por otra parte, nada de lo que hacemos parece bien: infantes, artilleros, todo el mundo nos critica. Nuestros parapetos no son jamas ni bastantes gruesos ni bastante elevados; se querria que protegiesen por detrás, sobre la cabeza, á la derecha y á la izquierda.»

Todo lo que me decia tan alegremente era cierto, pero no excusaba su inhumanidad.

Las pérdidas de los republicanos eran numerosas. El llano de Carretas estaba sembrado de puntos blancos, que se habrian podido tomar de léjos por borregos descansando. Eran los muertos del ejército enemigo. Entre estos últimos se hallaba Florentino Mercado, que fué encontrado espantosamente mutilado. Era un jóven abogado de México, cuya exaltacion y cuya audacia eran muy conocidas. Fué vivamente sentido por los sitiadores. Otro fué recogido por nosotros, frente á la Casa Blanca; se le encontraron papeles importantes: era un

ayudante del ministro de Guerra de los republicanos, que había llegado la víspera para batirse como aficionado.

Se recogieron los muertos y los heridos, ménos los que se encontraban demasiado cerca de las líneas republicanas, á las que no era posible acercarse sin peligro.

El odio ahogaba en nuestros adversarios, lo mismo que en nosotros, todo sentimiento de humanidad. Los heridos caidos entre nuestras líneas y las de nuestros enemigos, murieron sin ser socorridos, y muchos cadáveres permanecieron insepultos semanas enteras.

Desde aquel dia el general Mendez recibió el mando de toda la línea del Sur, que fué cubierta con la segunda division de infantería. Por desgracia nuestra, López fué nombrado comandante de la brigada de reserva, en reemplazo del general Mendez.

II

Visitas del Emperador á los oficiales republicanos prisioneros.—El Emperador Maximiliano condecorado por el ejército.—Salida del 1.º de Abril.—Aniversario de la aceptacion del trono de México por el Emperador Maximiliano.—Respuesta del Emperador al ministro Aguirre y á la comision que fué á cumplimentarle.—Respuesta del Emperador al gobierno frances cuando las conferencias de Orizava.—Cómo juzgará la historia al Emperador Maximiliano.—El problema de un gobierno estable en México.

Al dia siguiente, 25 de Marzo, el Emperador fué á visitar á los oficiales republicanos prisioneros. Entre estos habia cierto número de jóvenes cuyo valor desgraciado era digno de simpatía. La llegada del Emperador á la gran sala donde se hallaban detenidos fué un grande acontecimiento para ellos. Todos miraban al Soberano con una curiosidad mezclada de temor y de respeto. El silencio era profundo.

«No olvidaré, dijo el Emperador, que habeis sido hecho prisioneros combatiendo. Por consiguiente, si necesitais alguna cosa, pedídmela, encontrareis en mí un amigo. Tened esperanzas, yo os volveré muy pronto al seno de vuestras familias.»

Estas palabras fueron acogidas por los prisioneros con una emocion fácil de comprender. Este lenguaje y estos sentimientos no son habituales en los vencedores en las guerras civiles de México.

El Emperador les mandó dar los efectos y el dinero que necesitaban, y recomendó despues al oficial de gendarmería, comandante de la prision militar, que hiciera todos los gastos necesarios para mejorar su suerte.

Cuando el hambre comenzó á hacerse sentir, los oficiales republicanos que teniamos en nuestro poder no tuvieron mucho que sufrir: siempre fueron cuidados lo mismo que nosotros.

Cuando á nuestra vez fuimos prisioneros, nuestros adversarios no nos trataron de la misma manera. El espíritu de partido sofoca generalmente todos los buenos sentimientos en los vencedores, y en las discordias civiles se encuentran rara vez esos rasgos caballerescos que ennoblecen algunas veces la guerra.

El 30 de Marzo una comision de generales, presidida por Miramon, se presentó al Emperador en la plaza de la Cruz, para suplicarle tuviera á bien aceptar la medalla del mérito militar que le entregaba á nombre del ejército. El Emperador aceptó, y desde aquel dia llevó esa condecoracion, que muy pronto llegó á ser objeto de una grande emulacion.

El 1º de Abril se efectuó una salida para tomar la iglesia del barrio de San Sebastian, ocupada por el enemigo que la habia fortificado y guarnecido de tropas.

Como á las tres de la mañana el general Miramon salió de la ciudad á la cabeza de una columna de infantería, y con su

valor y su fortuna habituales, logró sorprender la iglesia de San Sebastian llamada la Parroquia. Miramon se aprovechó del buen éxito de este ataque audaz é inesperado y no quiso detenerse ahí. Sin pérdida de tiempo continuó su marcha sobre la Cruz del Cerrito, otro edificio importante, á la derecha del cual los republicanos levantaban obras de fortificacion demasiado avanzadas. Todo cayó en su poder, así como dos obuses de montaña. Antillon, que defendia aquel punto con el contingente republicano de Guanajuato, apénas tuvo tiempo para escaparse en paños menores.

La salida se habia efectuado con el ímpetu y la rapidez únicos que pueden dar el triunfo en esta clase de operaciones. Pero los gefes republicanos, recobrados de su primera sorpresa, se aprovecharon de que Miramon se habia alejado demasiado de nuestras líneas y enviaron sus reservas y refuerzos considerables, que amenazando rodear y cortar nuestra columna de infantería, obligaron á Miramon á volver á Querétaro. Al replegarse nuestras tropas tuvieron un encuentro serio con el batallon republicano de Supremos Poderes, cuerpo escogido, enviado á paso veloz por Escobedo en auxilio de los suyos. Durante este combate el coronel Farquet, amigo de Miramon, recibió una herida en la rodilla, de la que murió al cabo de pocos dias. Nuestras pérdidas fueron sensibles. A las nueve de la mañana el general Miramon habia vuelto á la plaza con prisioneros y dos obuses de montaña.

Pasaron los primeros dias de Abril sin que hubiese nada de notable. Se activaron nuestros trabajos de defensa, sobre todo al Sur de la plaza.

El 10 de Abril se celebró el aniversario de la aceptacion del trono por el Emperador Maximiliano.

Una comision fué al cuartel general á felicitar al Emperador. Al discurso del ministro de Justicia, Aguirre, que habia se-

guido al Soberano á Querétaro, el Emperador contestó con nobles palabras que terminó de esta manera:

«El 16 de Setiembre de 1864 os dije: Si Dios permitiese «que nuevos peligros amenazaran á nuestra querida patria, me «veríais combatir por su independencia y su integridad.

«Los que me rodean en los difíciles dias de Querétaro, ven «que he cumplido mi palabra. El año siguiente, el mismo dia «de memorable recuerdo, os he dicho: Sin efusion de sangre «y sin trabajo no hay triunfos humanos, desarrollos políticos «y progresos duraderos. He agregado que estaba firme en el «puesto que el voto de la nacion me ha hecho ocupar, y que «no vacilaria en el cumplimiento de mis deberes; no es en los «momentos difíciles cuando un verdadero Hapsburgo abandona «su puesto. Yo estoy aquí luchando como vosotros, y en lo «sucesivo seguiré con la misma conciencia el camino del deber.»

Es preciso no olvidar que á las indicaciones del gobierno frances, que no podia sostenerle por mas tiempo sin sacrificios demasiado grandes, y le instaba para que abdicase, el noble Emperador contestó desde Orizava, algunas semanas ántes del sitio de Querétaro:

«La Francia, al retirarse, invoca sus propios intereses; yo «no puedo ni quiero abandonar una causa que he aceptado «con sus peligros. Suceda lo que Dios quiera, no necesito de- «ciros que seré lo que he sido en Milan, en la marina y en «Miramar, no aconsejándome mas que de mi deber y de mi «dignidad personal.

«Jamás abandonaré mi puesto, y ni un momento olvidaré «que desciendo de una raza que ha pasado por crisis mucho «mas terribles que la que yo paso, y no seré yo quien man- «che la gloria de mis abuelos.»

Este lenguaje debe ser recogido por la historia que, no lo dudamos, emitirá sobre el Emperador Maximiliano un juicio

favorable, y hará de él la personificación del deber y de la dignidad.

Cuando se hayan calmado las pasiones políticas; cuando los yankees huellen el suelo mexicano y le traten como los rusos tratan hoy á la Polonia; cuando, en fin, la raza cruzada de los descendientes de los súbditos de Moctezuma y de los soldados españoles de Cortés desaparezca poco á poco ante los anglo-americanos, entónces se volverá á leer con interés la historia de esa desgraciada pero bella tentativa hecha por la Francia, para contener, á costa de su sangre y de su oro, la disolución de un pueblo que la Europa debe, á pesar de todo, ver como á un amigo infortunado cuya existencia es necesaria al equilibrio del mundo.

Los acontecimientos estarán ahí y probarán cuán ciegos fueron los que rechazaron el apoyo de la Francia; cuán culpables é imprevisores los partidarios de una oposicion encarnizada y sistemática, cuando entorpecieron todas las medidas tomadas con un fin tan noble por uno de los soberanos que comprende mejor el genio de la Francia: el Emperador Napoleon III.

La historia despojará la caída del nuevo Imperio mexicano y la muerte del Emperador Maximiliano, de todos los colores con que las han cubierto las pasiones políticas mas exaltadas, y reduciéndolas á su mas simple expresion, hallará este triste resultado:

«El Imperio de Maximiliano de Hapsburgo cayó porque la «autoridad que representaba, careciendo de repente de su me-
«jor apoyo (el cuerpo intervencionista), se encontró al comen-
«zar el año de 1867 sin fuerzas suficientes para resistir á los
«repetidos asaltos de la anarquía secundada por todos los ele-
«mentos de discordia que pululaban en México, como en to-
«dos los países donde, por una parte, el espíritu de partido

«alimenta las ambiciones y todas las pasiones violentas, tales como la codicia, el odio, la venganza, la intolerancia, y donde, por otra parte, el comercio, la industria y la agricultura están abandonados y la autoridad es desconocida.

«El Imperio de Maximiliano cayó por las mismas causas que hicieron desplomarse á los mejores gobiernos que le habían precedido y á los que le sucedieron.»

Tal es, por desgracia, lo que dirá la historia.

Se ha derrocado á ese Imperio mexicano tan calumniado por sus adversarios, tan mal sostenido por sus amigos; y sin embargo, despues de su caída, ¿qué han hecho los que han derramado la sangre del Emperador Maximiliano?

Ese Imperio, mas liberal que la República; ese Imperio, que durante tres años permaneció en la legalidad mas completa, aboliendo la leva, no cobrando un peso de préstamo forzoso, ese Imperio, decimos, ha sido destruido.

¿Con qué se le ha reemplazado?

¿Dónde están las mejoras?

¿Cuáles son los medios de que disponen los que hoy son dueños del país para salvarle de la disolucion política, de la invasion americana, de la reaccion, de la revolucion y de la ruina hacendaria que amenazan á México con males nuevos y próximos?

En Querétaro y en México, sitiadas ambas ciudades en aquel momento, era donde podia resolverse el problema de la existencia de un gobierno estable en México.

Supongamos que un poder desconocido hubiera tenido la voluntad y contado con los medios de contener la lucha, de confundir sitiados con sitiadores, de volver la libertad á todos los desgraciados á quienes se les habia arrebatado para obligarlos al servicio militar; de reunir, por una parte una tropa escogida, mandada por oficiales de honor y de mérito, por la

otra los millares de hombres de desórden que no viven mas que de la guerra civil, y de hacer de estos últimos lo que Mahomet Alí hizo de los Mamelucos, Mahomoud de los Jenízaros; entónces, dirémos, el Emperador Maximiliano habria reinado en paz y México se habria salvado.

He ahí lo que hizo pensar á algunos mexicanos que se distinguian entre sus compatriotas por su capacidad y por la elevacion de sus miras, como Paredes, Gutierrez Estrada, Almonte, Robles Pezuela é Hidalgo, pedir al gobierno frances una fuerza respetable para ponerla á disposicion de un poder nuevo que, sostenido de esa manera, pudiera hacer respetar la Autoridad y la Ley. Por desgracia, la imperfeccion de los hombres, las faltas políticas del Emperador Maximiliano, que creia en la buena fé de las banderías políticas formadas con el único objeto de llegar al poder, las faltas cometidas por la misma Intervencion francesa, en su ignorancia de las cosas y del país que iba á servir, un encadenamiento de acontecimientos contrarios, todo, en fin, pareció reunirse secretamente para hacer caer ese Imperio que para muchos mexicanos fué por un momento la esperanza de la salvacion nacional. Se diria que el destino se ha complacido en inutilizar tantos esfuerzos y sacrificios, en decidir que la sangre de los europeos y de los mexicanos, de Maximiliano y de sus fieles defensores haya sido derramada sin provecho alguno!

III

Reconocimiento del 11 de Abril.—De Lubic.—El príncipe de Salm.—El general Márquez no vuelve.—Trabajos del enemigo.—Nuestras obras de defensa.—La 3ª compañía de ingenieros.—Huellas de la permanencia de los franceses en la Cruz.—Los generales Miramon y Arellano proponen al Emperador salir de la plaza.—El Emperador rehusa.—Consejo de guerra.—Escaramuza.—Nuestra situación empeora. Muerte del coronel Farquet.

Al día siguiente del aniversario de la aceptación del trono se ejecutó un reconocimiento en la garita de México, situada en el camino de la capital, á algunos centenares de metros de la Cruz.

Esta operación tenía por objeto hacer pasar entre las líneas de sitiadores, á favor del combate, algunos correos para el general Márquez, cuya tardanza asombraba á todos.

Por la noche se formó silenciosamente una columna en la plaza de la Cruz. Se componía del batallón del Emperador, del 3º de línea y de los cazadores, todo al mando del príncipe de Salm. Estaba apoyada, además, por los dragones de la Emperatriz y los húsares que tenían el encargo de flanquear la Cruz y de extenderse en el llano de Carretas.

Al despuntar el día comenzó la acción; pero la garita y el meson, así como las casas que los rodean, estaban fortificados en regla. El enemigo resistió. Nuestra columna, aunque valerosamente conducida, volvió sin haber hecho nada notable. Nuestras pérdidas fueron bastante sensibles. El príncipe de Salm fué salvado por un joven francés, subteniente de cazadores, que viendo en una tronera un cañón de fusil dirigido hácia el príncipe, dió un vigoroso empujón á este último, que

cayó un momento ántes que saliese el tiro, sin lo que el príncipe habria recibido la descarga á quema ropa.

Entre nuestros heridos se encontraba un jóven polaco llamado de Lubic, pero que ocultaba bajo ese seudónimo uno de los nombres mas grandes de Polonia. El Emperador, que le protegia especialmente, le habia nombrado la víspera subteniente de cazadores. En el encuentro de que acabo de hablar, una bala le rompió la rodilla. Se le amputó la pierna. Yo sentia una opresion de corazon cada vez que iba á estrechar la mano de aquel jóven encantador, mutilado á los veinte años. En el momento en que se esperaba salvarle, se declaró una enfermedad de pecho que empeoró á medida que el estado de la pierna se mejoraba. Cuando este miembro se hallaba completamente curado, el enfermo sucumbió á los ataques de la afeccion de pecho. Le enterramos religiosamente.

El general Márquez no volvia. Cierta inquietud comenzaba á extenderse entre nosotros, por mas esfuerzos que se hacian para vencerla.

No teniamos sosiego, y aguardábamos un nuevo ataque ántes de que llegaran los refuerzos del general Márquez.

Las obras de circunvalacion del enemigo progresaban diariamente. Se habia establecido poco á poco en el barrio de San Sebastian, frente á nuestra línea del Norte, y en Pateo, al pié de la Cruz, abrigándose detras de varias líneas de casas y de paredes almenadas, el todo fuertemente unido con fosos, flechas y trincheras. Esta posicion era formidable; habiamos tenido ocasion el 11 de Abril de advertir que era casi impracticable una salida en aquella direccion. El número de los sitiadores se aumentaba sensiblemente. Recibian refuerzos de los puntos del interior mas distantes, así como armas, municiones, cañones y recursos de todas clases.

En la plaza no estábamos inactivos tampoco, y nuestras

obras de defensa eran respetables; pero los republicanos tenían sobre nosotros, como ya he dicho, una ventaja inmensa; podían no solamente colmar sus vacíos, sino también aumentar su efectivo, mientras que nosotros nos hallábamos en la imposibilidad de reponer nuestras menores pérdidas.

La fuerza de nuestros adversarios se aumentaba á medida que disminuía la nuestra.

Los víveres comenzaban á costar precios fabulosos. Los soldados no lo resentían mucho, porque se les hacían distribuciones, pero los oficiales tenían trabajos, porque no recibían más que media paga.

Las inmediaciones de la Cruz, el jardín y el Cementerio, fueron guarnecidos de artillería. A la izquierda del convento la tercera compañía de ingenieros levantó una flecha. Esta brillante compañía, agregada á la brigada de reserva, parecía multiplicarse y prestaba inmensos servicios; era un modelo de disciplina y de valor.

Sus tres oficiales, el capitán Bethancourt y los tenientes Quintana y Miranda, camaradas en el servicio como lo habían sido en el colegio militar de Chapultepec, eran queridos por sus soldados y estimados por todos los que conocían su instrucción, su valor y su espíritu militar.

Siendo continuamente diezmada su compañía, establecieron en un patio interior del convento un pequeño cementerio reservado, donde enterraban á sus muertos con tierna solicitud.

Ya he dicho que la Cruz había servido de cuartel á las tropas francesas durante la Intervención, y que estas habían establecido allí un hospital y almacenes.

Todavía se notaban huellas recientes de su permanencia en aquel lugar. Se leía en las paredes versos que su singular desenvoltura me impide reproducir; zuavos, cazadores y artilleros habían escrito sus joviales reflexiones en aquellas antiguas cel-

das de frailes fanáticos que habian llegado á ser, á causa de las revoluciones, alcobas de veteranos que no sospechaban que poco tiempo despues, un monarca, tan noble como infortunado, iria allí en persona á defenderse contra esos republicanos á quienes habian dispersado tan bien que se les creia anonadados.

Nuestra situacion empeoraba; el hambre era inquietante; la desmoralizacion penetraba poco á poco entre nosotros. A la impaciencia con que se esperaba á Márquez sucedia la ansiedad sobre la suerte de ese general.

Los generales Miramon y Arellano aconsejaron entónces al Emperador romper las líneas de los sitiadores é ir con los dragones de la Emperatriz y la mejor caballería á destituir en México al general Márquez, y volver despues en auxilio de Querétaro, que ellos conservarían hasta el último momento. El Emperador rehusó, diciendo que su puesto era donde habia mayor peligro, y encargó al general Mejía de esta mision, que solo el poder y el prestigio del Soberano podian llevar á buen fin.

Este último se hallaba enfermo; por lo mismo, hubo necesidad de aguardar algunos dias, despues de los cuales tuvo lugar un consejo de guerra. Se resolvió enviar al general Moret, al príncipe de Salm, al coronel Campos, comandante de la escolta particular del Emperador, y alguna caballería inútil para la defensa, con mision de destituir á Márquez, y en todo caso informar á la plaza de lo que habia pasado, porque se comenzaba á sospechar mucho un revés ó una traicion.

Por desgracia Moret y sus dos compañeros no pudieron pasar por entre los sitiadores, como se habia proyectado.

La caballería que los escoltaba, caminando de noche y á tientas, fué rechazada; pero Zarazua, uno de nuestros gefes de guerrilleros, tan atrevido como afortunado, logró escaparse con cincuenta caballos.

Esa pequeña salida, cuya verdadera causa adivinaron casi todos, produjo mal efecto.

Siendo casi inútil la caballería y haciéndose sentir el hambre, se comenzó á matar á los peores caballos para distribuir su carne á los soldados y al pueblo.

Los proyectiles del enemigo no nos dejaban descansar, y sus tiradores, establecidos á orillas del rio, frente á nuestra línea del Norte, impedían llevar á beber á los animales.

El magnífico é inmenso acueducto, obra gigantesca de la colonización española, que conduce el agua del cerro de Carretas hasta la ciudad, había sido cortado por el enemigo. Quedaban algunos pozos, pero en corto número: nuestros caballos y nuestras mulas tenían sed, lo que unido á la ausencia de forrajes, á las fatigas y á la falta de cuidados, los hacía perecer rápidamente.

Las mulas de mi batería se hallaban en un estado lastimoso: atalajadas día y noche, mal alimentadas, estaban flacas y llenas de mataduras, lo que desesperaba á nuestro capitán que quería mucho más á sus mulas que á sus subordinados. Yo, lejos de aficionarme á aquellos animales, como esos viejos oficiales del tren que cuidan más de sus bestias que de sus hombres, les tenía horror. Las mulas tienen buenas cualidades en campaña; pero también poseen todos los defectos del caballo y del asno, sin tener ni la inteligencia del primero ni la mansedumbre del segundo.

Un día que me hallaba en el parque general, guarecido bajo las inmensas bóvedas del convento de San Francisco, los sonidos del órgano me indicaron que en la iglesia contigua se verificaba una ceremonia religiosa. Una ceremonia á esa hora y en semejantes circunstancias, no podía ser más que una ceremonia fúnebre. En efecto, se le hacían los últimos honores al coronel Farquet.

Los honores militares que el 12º de línea hacia á su gefe, los cantos fúnebres, los tristes sonidos del órgano, la oscuridad que se extendia rápidamente, pero que era combatida en el coro por la luz de numerosos cirios, la memoria del que dormia el eterno sueño en aquel ataúd sobre el cual se hallaban colocadas su valiente espada y sus gloriosas condecoraciones, todo contribuia á conmover profundamente á los asistentes.

El coronel Farquet habia sido herido de un balazo en la pierna, en la salida del 1º de Abril. Su herida, que al principio habia parecido poco peligrosa, se agravó de repente; sobrevino la gangrena y el enfermo sucumbió. Esta muerte habia sido tan súbita, que ántes de entrar á la iglesia creia yo, como otros muchos, que el coronel se hallaba completamente restablecido.

El coronel Farquet seguia de cerca á su esposa, muerta en Morelia algunos dias ántes de nuestra partida de aquella ciudad, al dar á luz un niño que sobrevivió. El doloroso recuerdo de aquella esposa adorada apresuró el fin del coronel. Antes de morir legó sus dos hijitos al general Miramon, su antiguo camarada. Miramon se encargó de los dos huérfanos; pero despues de la muerte sangrienta de su protector, los dos pobres chicos se encontraron de nuevo sin apoyo.

Miramon asistia á las exequias, así como otros muchos oficiales de la misma promocion de Farquet, brillante categoría de gefes, entre los que descollaron en primera línea Osollo y Miramon, y de los cuales muy pocos sobreviven hoy. Su valor se reveló por la primera vez cuando, alumnos de Chapultepec, defendieron heroicamente su escuela contra los voluntarios americanos del general Scott, preludiando así la resistencia encarnizada que debian oponer mas tarde á la revolucion.

Una vaga inquietud que reflejaban las fisonomías sombrías,

pesaba sobre la asistencia. Solo Miramon permanecia impasible. Se bajó el cuerpo á una fosa abierta en la iglesia, Miramon echó algunas gotas de agua bendita en la tumba abierta, se separó de los asistentes, montó luego á caballo, y la iglesia quedó silenciosa y solitaria.

IV

Escaramuza del 24 de Abril.—El batallon republicano de Supremos Poderes.—Salida del 27 de Abril.—Planes de Miramon.—El general Castillo fracasa en su ataque contra Callejas y deja pasar á los republicanos.—Carga de los dragones de la Emperatriz.—Los rifles americanos de diez y seis tiros.—Combate del Cimatario.—Los republicanos son rechazados en la Casa Blanca.—Resultados de nuestra salida.—Reflexiones sobre la jornada del 27 de Abril.—La Casa Blanca á otro dia del combate.—Un oficial republicano herido y abandonado en el campo de batalla.—Peligrosa y célebre equivocacion de un sargento de las fuerzas sitiadoras.

El 24 de Abril el coronel Gayon recibió órden de efectuar una salida contra el enemigo que se acercaba al Cerro de las Campanas y construia algunas obras para guarecerse. El coronel Gayon, con la mitad del batallon de Celaya y algunos ginetes de un audaz guerrillero de Michoacan, Gonzalez, logró sorprender la guardia y los tiradores republicanos. Los guerrilleros de Gonzalez recogieron unos veinte prisioneros.

Bajaba yo de la Cruz, cuando la casualidad me hizo encontrar á estos últimos, á quienes se conducia al cuartel general. Algunos vestian un uniforme de paño gris adornado de galones amarillos, y llevaban un schakó negro. Eran de buena estatura, y sus miradas nada tenian de simpático. Supe que eran soldados del batallon de Supremos Poderes, cuerpo que así como los Cazadores de Galeana y cierta Legion del Norte, nos disputaba algunas veces el triunfo.

Nuestra situación era cada vez mas crítica.

El Emperador se quejaba amargamente del general Márquez, de quien no recibia noticias. Pero nuestro comandante general de artillería Arellano, que habia adquirido una grande influencia por su instruccion, su audacia y su valor, así como por los servicios que prestaba diariamente como gefe del arma mas útil á la defensa, mantenía la esperanza en el ánimo del Soberano, á quien, por otra parte, no le faltaba valor.

El 26, los generales Miramon y Arellano discutieron, ante el Emperador y el gefe de estado mayor, un plan de salida que podia remediarlo todo. Consiguieron que se les encargara le pusieran en ejecucion ellos mismos.

En la noche del 26 al 27, en el momento en que me disponia á descansar un poco, lo que no habia hecho hacia dos dias por diferentes causas, recibí órden de ir á la Alameda con mi seccion y ponerme á disposicion de un capitán que estaba allí con una batería. Al ejecutar esta órden advertí que habia un movimiento extraordinario en la ciudad.

Apénas habia mandado colocar mis piezas en batería, conforme á las órdenes del comandante de la Alameda, cuando varios de mis camaradas me dijeron que habian recibido cierta cantidad de botes de metralla, y que se les habian hecho, á este respecto, recomendaciones especiales.

A través de la oscuridad vímos soldados de caballería desmontados y armados de fusiles de infantería, que relevaban á los tiradores de la frontera; despues, batallones que nos era imposible reconocer, y que pasaban silenciosamente tras de nosotros para formarse en la direccion de la iglesia de San Francisquito, entre la Alameda y esta última.

No sabiamos qué pensar de aquellos movimientos.

¿Ibamos á hacer una salida? ¿Ibamos á romper el sitio?

En este último caso sabiamos lo que se nos esperaba á los

artilleros; serviríamos para retardar la persecucion del enemigo, y abandonados primero por la caballería y despues por la infantería, estábamos ciertos de sucumbir.

¿Habia presentido nuestro movimiento el enemigo, ó estaba instruido de él por sus espías? Mirábamos entónces á nuestro frente, tratando de penetrar las tinieblas, pero no podíamos distinguir otra cosa que un pequeño número de fuegos mal apagados en el llano y en las alturas del Cimatario.

Aquel era un momento solemne.

De repente, la naturaleza pareció despertar en aquellos lugares desolados. Una ligera luz apareció en el horizonte, precursora del crepúsculo que tan rápidamente abre paso á los rayos del sol en aquellas regiones meridionales.

Los sonidos del clarin que tocaban diana en el campo enemigo, llegan hasta nosotros. Si debemos atacar, no hay que perder un momento. En el mismo instante, á nuestra izquierda, chispea la fusilería, y centenares de luces alumbran una escena confusa. Algunos gritos distantes llegan hasta nosotros; es que comienza nuestro ataque.

La luz se aumenta..... Vemos nuestra columna de infantería lanzada sobre la derecha de las posiciones enemigas; muy pronto es seguida por una columna de caballería que parte al trote. Al mismo tiempo el enemigo, apostado en las trincheras que se extienden en el llano y en las alturas del Cimatario, emprende la fuga..... Algunas nubes blancas se desprenden de los flancos de estas últimas; el relámpago brilla. Los cañones producen un ruido semejante al trueno, los proyectiles atraviesan los aires.

Inmediatamente nuestras piezas responden abriendo un fuego graneado sobre toda la línea..... ¡Es un momento sublime!

Nuestros batallones atraviesan á paso veloz el llano y trepan rápidamente las alturas; las piezas del enemigo enmude-

cen unas despues de otras..... es que acaban de ser tomadas, ó abandonadas por sus artilleros..... Oblicuamos cada vez mas nuestro tiro á la derecha, tomando por blanco aquellos grupos que huyen en las alturas del Cimatario, en direccion opuesta á los nuestros.

El sol aparece y nos calienta ya con sus rayos: ¡la victoria es nuestra!..... ¡La ciudad no es evacuada!..... Es una salida..... y esa salida es un triunfo espléndido!

El Emperador, acompañado del general Arellano, pasa al galope frente á nuestros cañones que han enmudecido; se dirige al Cimatario, seguido de su estado mayor y de un escuadron de húsares austro-mexicanos.

Las gentes del pueblo salen en gran número de la ciudad y corren á las alturas; pronto las vemos volver llevando toda clase de objetos.

Algunos soldados traen piezas tomadas al enemigo, caballos, mulas; otros escoltan prisioneros; uno de ellos conduce con mucho trabajo un grupo de animales compuesto de dos asnos, de varias cabras y de una vaca. Aquel va encorvado bajo un paquete de vestidos; este otro lleva cuanto ha encontrado de mejor en una cantina. Los artilleros, renegando, siguen con miradas llenas de envidia esas riquezas en las que no tienen parte. Me piden permiso de ir al campo enemigo á buscar algunas provisiones y algunos recuerdos de la victoria, lo que rehuso naturalmente.

—Demonio de oficio!—murmuran—qué suerte la nuestra! Cuando hay algo que recoger, es siempre para la caballería ó para la infantería. Trabajamos cien veces mas, y como hoy, nos vemos reducidos á mirar á los demas que recogen todo.

—¿Por qué diablos soy artillero?—dice uno—me pasaré á otro cuerpo lo mas pronto posible.....

—Yo—agrega otro—ya me muero de hambre; ya vereis como á nosotros ni rancho siquiera nos toca.

Al principio hice como que nada oia de todo lo que se dijo; pero viendo que se prolongaban aquellos murmullos, impuse silencio á los soldados.

Miéntras tanto, los nuestros, conducidos por el general Mendez, llegan hasta la hacienda de Jacales, extremo izquierdo de la línea Sur de los republicanos, adonde muy pronto llega tambien el Emperador.

Pero el combate y una larga carrera en el Cimatario, hecha en persecucion de los fugitivos destruyendo sus campamentos y sus obras de fortificacion, habian desorganizado nuestras tropas. El general Miramon se ocupa inmediatamente en reformarlas.

El Emperador permanece algunos instantes en la hacienda de Jacales, y mira al enemigo que se dispersa por todas partes. Ciertamente, si el Emperador hubiera querido ponerse fuera de peligro, ó aun mandar desocupar Querétaro á todas sus tropas comprendida la artillería, habria encontrado entonces una magnífica ocasion, teniendo á la mano una escolta bien montada, caballería, y el camino libre; pero, de acuerdo en esto con Miramon y Arellano, comprendia que en Querétaro necesitaba vencer completamente ó morir.

Para la inteligencia de la narracion debo ahora contar lo que habia sucedido en San Francisquito, nuestro extremo izquierdo, y lo que pasaba fuera del alcance de nuestra vista entre los sitiadores.

Al comenzar el ataque de las alturas del Cimatario por su extremo derecho, flanqueando las paralelas del enemigo y persiguiéndole, Miramon habia previsto que los republicanos tratarian de auxiliar á sus fuerzas del Cimatario; así es que habia encargado al general Castillo que tomase la hacienda de

Callejas con una pequeña brigada de infantería y una batería de artillería, y se estableciere despues cerca de San Francisco, perpendicularmente á nuestros trabajos de defensa, apoyando su izquierda sobre la hacienda de Callejas para detener las columnas enemigas procedentes de Pateo ó de la línea del Norte, é impedirles de esa manera auxiliar ó recobrar el Cimatario.

Por desgracia el general Castillo fracasó en su ataque contra Callejas; el enemigo se le escapó, y miéntras que Miramon reunia nuestros batallones en la Casa Blanca, hacia entrar á la plaza veinte piezas, los prisioneros y los trofeos; miéntras que el Emperador, despues de haber permanecido algunos instantes en la hacienda de Jacales, volvia hácia la Casa Blanca hablando con el general Arellano de las consecuencias futuras de la victoria, la reserva republicana llegaba, describiendo un gran semicírculo, oculta por los pliegues del terreno y las mismas alturas, á recobrar el Cimatario, sin que ni el Emperador ni ninguno de sus generales presentes recibiesen aviso alguno.

La victoria es completa, inmenso el entusiasmo. El general Miramon, viendo llegar al Emperador se quita su quepí, y haciendo encabritar á su caballo y volviéndose á las tropas conmovidas, exclama: «¡Soldados! ¡Viva su majestad el Emperador!» Infantes, ginetes y artilleros repiten este grito con frenesí.

El Emperador, conmovido por esta ovacion, y satisfecho de la jornada, se dirigió á Miramon y le dijo con su sonrisa tan majestuosa y tan afable:

«General, os felicito por este brillante triunfo.»

Miramon da modestamente las gracias al soberano, y presentando al general Mendez, responde:

«Señor, en esta batalla el general Mendez se ha manejado como siempre.»

El general Mendez, confuso, saluda respetuosamente al soberano.

Después de esta escena, que tenía por teatro un campo de batalla, por testigos un ejército embriagado de su triunfo, y una ciudad contenta por su libertad, nuestras tropas se forman detrás de nuestras líneas de defensa de la Casa Blanca, para disponerse á volver triunfalmente á la ciudad.

Pero al mismo tiempo un incidente de que voy á hablar, y la llegada de la reserva de los republicanos tras del Cimatario, iban á obligarnos á dar una segunda acción.

Mientras que el Emperador y el general Arellano volvían hacia la plaza, bajando las alturas del Cimatario, el jefe de la escolta de caballería, encargado de conducir á Querétaro un largo convoy de carros con las municiones de guerra y de boca quitadas á los sitiadores, acudió á dar parte al general Arellano de que una fuerza de caballería republicana acababa de arrebatarse el convoy matando ó poniendo en fuga á sus hombres.

Interrogado por el general Arellano sobre el número de los ginetes republicanos, el jefe de la escolta derrotada contestó que no pasaba de trescientos caballos.

El Emperador y los generales Miramon y Arellano, que se reunieron poco después, no dieron grande importancia á la presencia de una tropa de trescientos ginetes en las alturas. Sin embargo, no queriendo perder el convoy de municiones que era el trofeo mas importante de la jornada, el Emperador envió al regimiento de Dragones de la Emperatriz, fuerza mas que suficiente, la orden de ir á recobrarle. Los dragones se lanzaron en la dirección indicada.

La banda de ginetes republicanos que acababa de apoderarse del convoy, no contaba efectivamente arriba de trescientos ó cuatrocientos caballos, como se había dicho; pero lo que

todos ignoraban era que tras de ella se adelantaba la reserva de los republicanos (5 á 6,000 hombres de las tres armas), enviada por Escobedo para tomar de nuevo posesion del Cimatario, y la cual subia ya la vertiente opuesta.

Llegado cerca de los ginetes enemigos, desplegados en tiradores, el coronel Gonzalez forma sus escuadrones y manda la carga. Los dragones caen sobre sus adversarios; pero estos, armados de rifles de diez y seis tiros, los reciben con un fuego terrible, y abriéndose, descubren varios cuerpos de infantería armados como ellos.

Las primeras filas de los dragones caen como heridas del rayo, y el resto es espantosamente diezmado.

Entónces, viendo que su regimiento iba á ser destruido ántes de poder llegar sobre los republicanos, el coronel Gonzalez manda emprender la retirada. Los ginetes republicanos siguen á los dragones y matan al porta-estandarte. El estandarte iba á caer en poder del enemigo; el coronel Gonzalez tiene la suficiente fortuna para salvarle él mismo.

Los dragones de la Emperatriz no pudieron reunirse hasta la *Casa Blanca*; en un solo escuadron faltaban cuarenta hombres.

Al ver á los ginetes enemigos vencedores y formados en las alturas del Cimatario, el general Miramon, que, como lo hemos dicho, ignoraba que la reserva de los republicanos llegaba á la sordina, obtuvo del Emperador el permiso de desalojarlos definitivamente, á fin de conservar libre por completo para nosotros aquel lado de la línea de circunvalacion de los sitiadores. Para eso dispuso una nueva salida, que se efectuó con la rapidez necesaria para el buen éxito de esa operacion.

Conforme á las órdenes de Miramon, los 4º y 2º de lanceros se dirigieron hácia la izquierda de los republicanos, á fin de flanquearlos, miéntras que algunos batallones, marchando de frente, volvian á subir á las alturas.

Al lanzar las tropas, el general Miramon advirtió que una division republicana se acercaba por el lado del Cerro de las Campanas, con la intencion evidente de ocupar de nuevo el Cimatario ó de amenazar nuestra derecha; envió inmediatamente en aquella direccion al general Mendez con dos batallones y los dragones de la Emperatriz, para detener á esos nuevos agresores.

Un instante despues la reserva de Escobedo apareció por fin en el Cimatario y se dispuso á volver á ocupar las líneas de circunvalación; pero viendo que los nuestros tomaban la iniciativa, hizo alto y se formó despues en batalla para resistir convenientemente á nuestro ataque, que comenzó en el acto.

Nuestros adversarios no eran ya esos contingentes de Michoacan, de Jalisco y de Colima que se acababan de dispersar tan fácilmente una hora ántes; eran los Cazadores de Galeana, armados de rifles americanos de diez y seis tiros, los mejores cuerpos de la reserva republicana, llamada division del Norte, conducidos por el general Rocha; recibieron á los nuestros de una manera desusada.

El Cimatario, visto de léjos, parecia un hormiguero humano, de donde se escapaban detonaciones nutridas y copos de humo blanco. En aquel momento nuestras pérdidas fueron crueles: los hombres caian como moscas. Los malditos rifles de diez y seis tiros y una posicion dominante daban al fuego de los republicanos tal superioridad, que el general Miramon mandó á nuestros batallones retroceder en buen orden, paso á paso, sosteniendo el fuego.

El Emperador se hallaba en medio de las balas; como Miramon y Arellano, estaba sorprendido por la llegada de una fuerza enemiga tan considerable, que se estaba léjos de aguardar, y que nos arrebatava no solamente el triunfo, sino acaso

tambien la salvacion futura. La situacion era tanto mas punzante, cuanto que ni siquiera se podia detener ó entorpecer la marcha victoriosa del enemigo oponiéndole una reserva de que nuestro débil efectivo no habia permitido disponer.

Los republicanos avanzaban. Luego que los distinguimos claramente, abrimos sobre ellos un fuego general de la Alameda y del camino de Casa Blanca, fuego que les causó mucho mal, y al que no podian contestar mas que con algunas piezas mal situadas, puesto que la mayor parte de su artillería que guarnecia aquel lado se habia introducido ya en la plaza.

A pesar de todo, la retirada de nuestros batallones se convertia en derrota al volver á Querétaro por la Casa Blanca, y el enemigo, siguiéndolos de cerca, amenazaba penetrar con los rezagados. Por fortuna el general Arellano se encontraba allí con algunas piezas como el 24 de Marzo. Dirigió en persona un fuego violento de metralla sobre los primeros grupos del enemigo y sobre los últimos de los nuestros, que fueron sacrificados á la salvacion comun. Este fuego, unido al de nuestras baterías de la Alameda y del camino de la Casa Blanca, que no cesaban de disparar granadas, detuvo por fin á los republicanos y los hizo retrogradar atras de sus antiguas paralelas, que no habiamos tenido tiempo de destruir. Allí encontraron todo trastornado, quemado, roto. Pero, por desgracia, recobraron intacto el convoy de municiones de guerra y de boca que no habiamos tenido tiempo de llevar á nuestras líneas.

Las gentes del pueblo de Querétaro abandonaron el pillaje del campo. Muchas de ellas fueron cortadas por los ginetes republicanos y muertas á lanzadas.

Poco á poco se restableció el órden entre nuestros batallones, que se formaron de nuevo detrás de la Casa Blanca, y que despues de esa acalorada accion volvieron á la Cruz y á sus puestos respectivos.

La ciudad presentó entonces una animación extraordinaria; reaparecían el entusiasmo y la fé de los primeros días. Los habitantes se informaban de los detalles de la acción, y las calles se hallaban llenas de soldados desbandados que se incorporaban á sus batallones. Los Cazadores franco-mexicanos fueron, entre otros, los que se mostraron aquel día tan indisciplinados y tan pillos después del triunfo como habían sido resueltos al comenzar la acción.

En definitiva, y á pesar de la ruda retirada á que la reserva de los republicanos acababa de obligar á nuestra columna, aquel largo paseo por alturas que ocupaban la víspera diez mil hombres de los contingentes de Michoacan, Colima y Jalisco, sorprendidos por la mañana y huyendo todavía en la dispersión mas completa, así como la vista de las veintiuna piezas formadas en línea en la plaza de la Cruz, las cuales, como tantos otros trofeos, procedían del campo de los sitiadores, todo nos hacía considerar como victoriosos. Se decía, con razón, que en lo sucesivo se podría cuando ménos pasar por entre las líneas enemigas cuando se quisiera.

Las provisiones y los animales introducidos en la ciudad, aliviaron durante algunos días nuestros habituales sufrimientos.

Sin una circunstancia, insignificante en apariencia, que impidió al Emperador y á Miramon saber que la fuerza enemiga que se presentaba para ocupar de nuevo el Cimatario, era seguida por toda la reserva de los sitiadores, el Emperador se habría salvado y nosotros hubiéramos obtenido, en una situación verdaderamente desesperada, uno de esos triunfos completos é inesperados que cambian el destino de un pueblo.

En efecto, el plan de Miramon consistía en renovar inmediatamente sobre las alturas de San Gregorio y San Pablo, al Norte de Querétaro, el género de ataque que acababa de probarle tan bien en el Cimatario. Su primer triunfo allana-

ba todas las dificultades, permitiéndole flanquear las paralelas republicanas en la tarde. A la consideracion de mis lectores dejo cuál habria sido el desastre de nuestros adversarios. Desalojados de todas partes, habrian perdido sus posiciones, su artillería, sus trenes; habrian visto dispersarse su caballería, y destruida ó hecha prisionera su infantería; en una palabra, los republicanos habrian sido aniquilados.

Escobedo lo comprendió así, porque desde su cuartel general, situado en las alturas de Pateo, al otro extremo de la ciudad, ordenó que su artillería y sus trenes estuviesen listos para marchar inmediatamente, para levantar el sitio y retirarse á San Luis, si su reserva era derrotada tambien, como lo temia.

Los oficiales republicanos confesaron que aquel dia habian creido que todo estaba perdido para ellos.

Sin pérdida de tiempo el enemigo se reinstaló en sus líneas y comenzó á trabajar activamente en reparar su desastre, haciendo venir del Interior nuevos refuerzos y nueva artillería, lo que compensó con usura sus pérdidas.

Los republicanos atribuyeron su derrota al contingente de Michoacan, el primero que debia detener la columna de Miramon, y cuya mala organizacion y poca vigilancia facilitaron efectivamente nuestro triunfo.

Al dia siguiente tuve ocasion de ir á la Casa Blanca. Al frente, el enemigo trabajaba en restablecer sus baterías, aunque le inquietaba nuestra artillería. En el intervalo de las detonaciones, se oian los gritos y los quejidos de los heridos que yacian abandonados en la yerba entre el campo republicano y la Casa Blanca.

Esos gemidos y la posicion de los que los exhalaban tenian algo de tan punzante, que á pesar del endurecimiento general, muchos estaban conmovidos; pero nada se podia hacer por

aquellos desgraciados, porque los tiradores republicanos tomaban por blanco de sus tiros á todos los que iban á socorrerlos.

Sin embargo, un oficial de la guardia municipal, de origen francés, llamado Domet, acompañado de dos valientes soldados de su cuerpo, se arriesgó y salvó á muchos exponiéndose al peligro. Recogió, entre otros, á un oficial republicano mutilado.

Este desgraciado sufría de una manera atroz: tenía una bala en un ojo, y las dos rodillas y un puño rotos.

Se trató de confortarle. Su debilidad era extrema. Había perdido mucha sangre desde la víspera y soportado á descubierto los rayos ardientes del sol. Sin embargo, conservaba todavía todo su conocimiento, porque dijo al cirujano que fué á hacerle las primeras curaciones:

—Si me han de fusilar, es inútil que trateis de curarme! prefiero morir inmediatamente.

Le tranquilizamos y fué trasportado al hospital, donde según todas las probabilidades debe haber muerto.

Por la tarde fuí testigo de una escena de otro género.

Un sargento de las tropas de Régules fué á dar, completamente ébrio, á nuestras líneas, creyendo volver á las trincheras ocupadas por los suyos. ¿Cómo sucedió esto? No lo sé, y él tampoco lo sabía. Lo cierto es que recibido por un tiro, que gracias á la protección del dios de los borrachos, no hizo más que atravesar su schakó, recogió tranquilamente su gorro protestando su amor á la libertad, y exigió que se le llevara inmediatamente con su general Régules para quejarse de lo que llamaba el error de que iba á ser víctima. Pareció gracioso conducirlo ante el general Mendez. Este, para obtener del borracho los informes que necesitaba, se hizo pasar por un jefe republicano, lo que le surtió muy buen efecto.

—Es igual, decía el general Mendez; á pesar de todas tus protestas, creo firmemente que querias desertar y pasarte con los traidores.

—¡Yo! exclamó el sargento; yo, el sargento *fulano*, desertar con los traidores, ¡jamás! ¡Servir con esos bandidos que nuestro general Régules va tal vez á fusilar mañana!.....

—No mientas.... ¡Querias ir á incorporarte con Mendez! El sargento negó con fuerza:

—Yo, ir con semejante bandido que ha fusilado á nuestros valientes generales Arteaga y Salazar, que valian cien veces mas que él! ¡Yo ir con Mendez, que huye de nosotros desde Zamora, y al que nunca podemos dar alcance!..... ¡Yo, jamas!..... Tal vez estoy borracho, pero no estoy loco.

El general Mendez no habia hecho mas que sonreir durante las protestas del sargento; pero cuando oyó á ese bribon contar cómo él, Mendez, habia huido de Régules, y ademas abrumarle de injurias groseras que no puedo repetir, su cólera, largo tiempo concentrada, estalló.

—Sabe, exclamó, que hablas con el mismo Mendez.

El borracho soltó una carcajada y exclamó con una fé sencilla que produjo en nosotros una nueva y larga hilaridad:

—¡Vos Mendez! mi general, quereis burlaros de mí, ó meterme miedo: si ese bandido de Mendez está ahí en la ciudad, en frente de nosotros, mi general; se esconde, pero le cogemos y le fusilaremos como á un perro.

El general Mendez no pudo dejar de reirse á su vez.

—Da gracias á Dios, dijo, de que estás borracho y de que se encuentra aquí el Emperador; sin eso ya estarias colgado frente á esta casa.

Le mandó salir.

No pudimos convencer al sargento de que se hallaba entre los que él llamaba traidores, hasta que yendo camino de la

Cruz penetró en las primeras calles de la ciudad, comenzó á entrever la realidad, y el miedo disipó algo su embriaguez.

—¡Calla! dijo, pues es verdad..... y yo que creia estar en el campo de nuestro general Corona!

V

Salida del 1.º de Mayo.—El coronel Rodriguez, de la guardia municipal de México.
—El subteniente Domet.—Exequias del coronel Rodriguez.—Desaliento.

No habian pasado tres dias cuando nuestra posicion era ya peor que ántes de la salida del 27.

Para remediarla, Miramon quiso intentar una nueva salida sobre el Cimatario, pensando que el resultado de la primera podria ser superado por la segunda.

Con el objeto de facilitar la ejecucion de esa salida, Miramon quiso ántes tomar la hacienda de Callejas y la garita de México, con los grandes edificios que la rodean, y sobre los cuales, segun se recordará, se habia hecho inútilmente un reconocimiento el 11 de Abril.

Apoderándose de la hacienda de Callejas y de la garita de México, se ensanchaba nuestra línea, se alejaba al enemigo de la plaza y se podia hacer salir á nuestras columnas á los llanos situados detrás de estos dos puntos, cuya importancia habian comprendido en el acto los republicanos habiéndolos fortificado lo mejor posible; en fin, se podia flanquear muy fácilmente las paralelas del enemigo.

La víspera se mandó levantar, frente á San Francisquito, por la 3ª compañía de ingenieros, algunas obras y una batería, para batir en brecha la hacienda de Callejas y proteger á los nuestros en caso de retirada.

En la mañana del 1º de Mayo se formaba en San Francisco una pequeña columna de nuestra infantería.

Tomó el mando de ella el coronel Rodríguez, de la guardia municipal de México.

Se componía de cazadores franco-mexicanos, de la guardia municipal de México, del 3º de línea y de un destacamento de ingenieros. Estos batallones, sobre todo los dos primeros, estaban considerablemente debilitados por los vacíos que los últimos combates habían hecho en sus filas. Pronto llegaron el Emperador y los generales Miramon y Arellano.

Rodríguez fué llamado á presencia del soberano. Era un hermoso jóven de bigote rubio, antiguo ayudante del Emperador, que se había distinguido desde el principio del sitio.

—«Rodríguez, le dijo el soberano; la importancia del ataque que vais á mandar es capital para la salvacion de la plaza. No dudo que cumplireis como siempre con vuestro deber. Os prometo una recompensa digna de vos.»

—Señor, respondió inclinándose el noble y valiente coronel, hoy me nombrará Vuestra Majestad general, ó seré muerto.

Inmediatamente Rodríguez organizó su pequeña columna, mientras que el general Arellano batía en brecha la hacienda de Callejas, fuerte edificio que era necesario tomar ántes de llegar á la garita.

Antes de lanzarse al ataque, Rodríguez examinó con cuidado las dificultades que tenía que vencer para alcanzar el triunfo. Los que se hallaban á su lado pudieron notar que palidecía; su mirada se extravió. Sin duda con esa intuición peculiar á ciertos hombres, algo le decía que iba á morir.

Mandó llamar á Pradillo, oficial de órdenes del Emperador, su amigo, y le confió su cruz de Guadalupe, una carta para su novia, otra para una vieja tia que le había educado, suplicándole hiciera llegar todo á su destino.

Despues, reponiéndose enteramente, se colocó á caballo al frente de su pequeña columna. Presentarse á caballo ante el enemigo en semejantes circunstancias, era exponerse demasiado. Se le hizo observar, y contestó, como siempre, que siendo mal andador preferia ir á caballo, y que así su vista abarcaba mas fácilmente á todos los que tenia á sus órdenes.

Habiendo sido suficientemente cañoneada la hacienda de Callejas, nuestras piezas se callaron miéntras que la columna, con Rodriguez á la cabeza, se lanzaba sobre la hacienda, de la que se apoderó sin disparar un solo tiro.

Conforme á las órdenes que habia recibido, Rodriguez habria podido detenerse un momento; pero entusiasmado con aquel primer triunfo, quiso tomar tambien la garita de México, y continuó su marcha, animando á su tropa con la accion y con la voz.

—¡Vamos, cazadores, adelante! decia á los franceses, cuya lengua hablaba con extraordinaria pureza. ¡Adelante, muchachos! gritaba á los mexicanos;—y todos corrian bajo un fuego homicida.

Llegados cerca de la garita, un fuego de fusilería terrible, dirigido desde las innumerables troneras que los republicanos habian abierto en las paredes, estalló por todas partes.

En aquel momento supremo, Rodriguez cayó con su caballo; una bala le habia atravesado el corazon. Una vez muerto el hombre tan fuertemente templado, que atraia al peligro á un millar de hombres como el iman atrae al hierro, se produjo un fatal movimiento de vacilacion entre nuestros soldados, vacilacion que se convirtió muy pronto en una retirada precipitada. Algunos cazadores y guardias municipales que habian ya escalado un muro de la garita, fueron abandonados, miéntras que todas las reservas del enemigo llegaban á tomar parte en el combate. Entónces los republicanos cambiaron de papel; de asaltados se convirtieron en asaltantes.

El cuerpo de Rodriguez iba á ser abandonado; algunos cazadores que le habian sacado de debajo de su caballo se habian visto obligados á soltarle inmediatamente. Domet, ese valiente oficial de quien he hablado, no quiso dejar el cadáver de su coronel en manos del enemigo. Se lanza, seguido de dos valientes soldados mexicanos. Estos dos soldados caen heridos de muerte, sobre el mismo cuerpo de Rodriguez; Domet no se desanima; cogiendo el cuerpo le arrastra llamando á algunos guardias municipales que acuden á su voz, y llevan á Rodriguez á nuestras líneas.

La desmoralizacion era completa entre los nuestros; el enemigo, mas numeroso y mas audaz que de costumbre, recobró la hacienda de Callejas, y por un momento creí que iba á entrar á la ciudad por San Francisquito.

El coronel Carrillo, personaje importante entre los republicanos, fué herido de un sablazo y tirado de su caballo por el valiente Domet, que iba á hacerle prisionero, cuando un soldado, al pasar, disparó al desgraciado coronel un tiro á quemarropa, que le remató.

Desde el campanario de la iglesia de San Francisquito, el Emperador y Miramon descubrian toda la accion: una bala de cañon de las del Cimatario, cayó á su lado y los llenó de piedras. Viendo Miramon que al fin era vano, por entónces, todo esfuerzo, dió orden de que regresaran las tropas; pero el enemigo se habia avanzado tanto, y sus tiradores se habian colocado tan bien, que las piezas que defendian las avanzadas de nuestra línea estuvieron á punto de ser tomadas, y lo habrian sido á no ser por la compañía de ingenieros, que las defendió valerosamente.

Los artilleros caian unos tras de otros, y su jóven oficial perdía la cabeza.

El general Arellano lo advirtió y fué él mismo á dirigir el

fuego. Era un momento magnífico para él y para los artilleros, porque todos tenían fijos en ellos los ojos. El general dirigía la puntería de las piezas, unas despues de otras. Entre los que cayeron á su lado se hallaba un viejo sargento que habia ocupado el puesto del cabo encargado de tapar el oido del cañon y de apuntar. Este viejo soldado mostraba una sangre fria admirable. Al ver sus movimientos se le habria creido en el ejercicio.

El general Arellano, que observaba á cada momento la sangre fria del valiente sargento y tenia los mejores informes de él, pensaba ya en proponerle al Emperador para una recompensa, cuando al volverse le ve en tierra, con el pecho atravesado por una bala.

Nuestro comandante general de artillería, escapado milagrosamente, no fué tocado; pero al volver á la Cruz con el Emperador y Miramon, recibió una contusion grave producida por una bala que fué á espirar en un lugar cubierto y donde nadie habria temido nunca ser herido.

El enemigo no intentó el asalto como se temia, y se retiró. El fuego cesó de una y otra parte, y nuestros batallones, despues de haberse formado, volvieron á sus líneas. El desaliento era completo, sobre todo en los cazadores, cuyas pérdidas habian sido numerosas. Los oficiales expresaban en alta voz delante de los soldados, cuánto sentian la muerte de sus camaradas acaecida en aquella fatal jornada, y mezclaban palabras de descontento. Se moria uno de hambre, no habia sueldo..... La situacion era cada vez mas crítica..... Márquez no volvia nunca..... No se les dejaba un momento de descanso..... Se les enviaba al matadero todos los dias..... Su batallon estaba destruido en sus tres cuartas partes.....

Todo esto era demasiado cierto; pero exageraban al asegurar con despecho que no se volverian á batir. Al contrario,

si el enemigo se hubiera presentado, habrían vuelto al combate con ardor. Su comandante, el mayor Pitner, oficial austriaco, se hallaba herido. Se había visto obligado algún tiempo ántes á levantar la tapa de los sesos á un soldado, por demasiado insubordinado.

Fuí al *descanso* del hospital para mandar enterrar al viejo sargento de quien he hablado, y á algunos artilleros.

A la vista del cuerpo ya tieso y helado, del semblante blanco como la cera, tristes restos del hermoso y valiente coronel Rodriguez, sentí, por primera vez, que á mi vez se apoderaba de mí una especie de desaliento.

Sus funerales se verificaron al día siguiente.

Durante la ceremonia fúnebre, interrumpida solamente por el lejano ruido del cañon, el Emperador, que queria mucho á Rodriguez, pareció estar muy afligido. Miramon llegó al concluir la ceremonia, se acercó al Emperador y se excusó de haber ido tan tarde. No le habían avisado á tiempo. Cuando se cargó el cuerpo de Rodriguez para colocarle en la tumba donde duerme hoy el eterno sueño, el Emperador, cuya alma era tan sensible, no pudo contener sus lágrimas. La concurrencia se hallaba muy conmovida. Los restos de lo que se llamaba Guardia municipal de México, asistian á la ceremonia. Las lágrimas corrian por los abronzados semblantes de esos valientes soldados indígenas, cuyo valor, cuya disciplina, cuya modestia y cuya abnegacion eran dignos de todo elogio.

Sea que se presintiese el porvenir, sea que el carácter de la ceremonia hubiese influido sobre todos, nos separamos presa de una extraña emocion. La pérdida de Rodriguez era irreparable para nosotros.

Los sitiadores aumentaban sus trabajos de ataque, el número de sus baterías y su efectivo.

El sitio se estrechaba cada día mas. Ninguno de nuestros

correos podia lograr pasar por entre los sitiadores. Muchas veces veiamos á algunos de ellos colgados al frente de nosotros.

El hambre se hacia cada dia mas sensible.

Se comenzaba á creer que Márquez habia sido batido, como lo aseguraban los republicanos, y que no se recibirian auxilios.

VI

Salida del 3 de Mayo.—Combate de San Gregorio.—El capitan Echagaray.—Medios puestos en práctica para combatir el hambre y la desmoralizacion.—El Emperador hace justicia á sus tropas indigenas.—Conducta de las tropas indigenas para con el Emperador Maximiliano.

Un hombre que jamas desesperaba de nada, el general Miramon, propuso al Emperador hacer una nueva tentativa sobre el Cerro de San Gregorio, al Norte de la ciudad, donde se podian renovar los milagros del Cimatario, ó por lo ménos reparar el mal efecto de nuestra última salida.

El cerro de San Gregorio era mas difícil de tomar que el Cimatario; pero para lograrlo, Miramon contaba con un falso movimiento del enemigo, que provocaria él mismo. En efecto, habia notado que Escobedo tenia siempre dispuestas reservas considerables para enviarlas inmediatamente en auxilio del punto de sus líneas amenazado, y que esas reservas nos arrebatában muchas veces la victoria.

Resuelto á obrar, en consecuencia, propuso al Emperador un plan en el que dominaba la siguiente idea:

El general Castillo ejecutaria el 3 de Mayo, al alba, una salida falsa al Sureste, sobre la hacienda de Callejas, de manera á hacer creer á los republicanos que iba á hacerse una nueva tentativa sobre aquel punto de la garita de México. Se-

gun su costumbre, Escobedo mandaría á paso veloz todas sus reservas hácia aquel lado. Él, Miramon, aprovechándose entonces de aquella ocasion, saldria por el otro extremo de la ciudad, al Noreste, con una columna de infantería, y limpiaria los cerros de San Gregorio y de San Pablo como lo habia hecho con el Cimatarío el 27 de Abril.

La celeridad de estos movimientos no dejaria á Escobedo, sorprendido, tiempo para mandar volver sus reservas, y cuando advirtiera la estratagema seria demasiado tarde; Miramon, ya establecido solidamente en las alturas conquistadas, daria una segunda y decisiva accion á los que se presentaran de nuevo. Si este último combate nos era favorable, estaban perdidos los republicanos.

El plan de Miramon, tan sencillo, expuesto con el lenguaje atrevido peculiar á este general, agradó al Emperador, que le aceptó, porque no esperando ya el regreso de Márquez, comprendia que debiamos salir de nuestra falsa posicion por nosotros mismos y como se pudiera.

En la noche del 2 al 3 de Mayo, Miramon tomó todas las disposiciones necesarias para asegurar el éxito de aquella tentativa, en la cual fundaba grandes esperanzas.

La columna de salida, compuesta de los batallones del Emperador, de Iturbide, de Celaya, de la guardia municipal y del 3º de línea, estaba en su puesto ántes de la aurota. Debian apoyarla dos baterías y la artillería de la línea del Norte.

Miramon mandaba en persona y esperaba con impaciencia el momento del combate, que no debia comenzar hasta despues de la falsa salida de Castillo sobre Callejas, la cual, segun se recordará, tenia por objeto atraer de aquel lado la reserva enemiga.

Por desgracia, el general Castillo no ejecutó á tiempo el movimiento importante de que estaba encargado. Pasó el mo-

mento del ataque sin que su cañon se dejase oír. Miramon hervia de impaciencia, pero el tiempo urgia; cada minuto que trascurria disminuia nuestras probabilidades de buen éxito. Desesperado, Miramon resolvió intentar la salida á pesar de todo.

Los republicanos, vigorosamente atacados por nuestra columna, fueron desalojados de su primera línea y despues, de la segunda. Uno de sus batallones, encerrado en un cementerio, se hallaba á punto de rendirse: se lo impidieron sus oficiales, que á fuerza de súplicas, de amenazas y de golpes, le obligaron á comenzar de nuevo el fuego. Sin embargo, el enemigo no tardó mucho en ser completamente derrotado.

Pero he aquí que nuevos combatientes aparecen en masa y que un fuego homicida llega á sorprender nuestra derecha.

El teniente coronel Ceballos, del batallon del Emperador, cae herido mortalmente; el teniente coronel Sosa, que habia reemplazado hacia tres dias á Rodriguez en el mando de la guardia municipal, y el comandante Franco, son muertos, así como un gran número de oficiales.

Eran las reservas de Escobedo que el general Castillo no habia atraído hácia él. Iban á tomar parte en el combate.

Fué absolutamente necesario retirarse; lleno de rabia Miramon, tuvo que resolverse á ello. Los cañones tomados al enemigo fueron abandonados, la guardia municipal acuchillada, y la muerte produjo espantosos vacíos en las filas de los imperiales.

En esta accion los republicanos estaban mandados por uno de sus mejores gefes, Treviño, que fué herido en la pierna.

El general Miramon se presentó al Emperador, que le estrechó la mano con efusion; este elocuente testimonio de amistad queria decir:

—General, vuestra tentativa ha fracasado, pero no es culpa

vuestra, sino del destino. Vuestra conducta ha sido admirable y podeis contar mas que nunca con toda mi estimacion.

Las tropas desfilaron. Cuando llegó su vez al 3º de línea, Miramon pidió al Emperador permiso para presentarle á un oficial de ese batallon, el capitan Echagaray.

—Señor, dijo sencillamente el general señalando al capitan, este es el oficial mas valiente de los de Vuestra Majestad.

El capitan Echagaray era un jóven de alta estatura y de fiero continente. Su padre habia perecido en las guerras civiles, y tenia un tio entre los principales gefes de los sitiadores.

Durante la accion, el jóven capitan, á la cabeza de su batallon, se habia lanzado contra una pared del cementerio, de donde se escapaba un fuego nutrido que hizo retroceder al 3º de línea.

Echagaray, viéndose solo, cogió varios fusiles por el cañon, los arrancó de las troneras y los llevó á sus soldados. Despues fué á recoger al teniente coronel Sosa, espirante y abandonado bajo el fuego del enemigo. De algunos hombres que le acompañaban en esta última mision, uno solo volvió sano y salvo.

Para recompensarle, el Emperador le nombró comandante en reemplazo de un oficial superior llamado Rentería, muerto algunos dias ántes.

A fin de paliar el mal efecto que produjo el fracaso de la salida del 3 de Mayo, se hizo correr la voz de que se habia suspendido el ataque porque, á favor del combate, el sargento de Cazadores Guadalupe Valencia se habia introducido á la plaza con despachos del general Márquez que anunciaban la llegada del cuerpo auxiliar.

Esta noticia podia ser cierta; no fué acogida con demasiada desconfianza, y á fuerza de oirla repetir se acabó por creer en ella. Sin embargo, en atencion á la debilidad de nuestro efec-

tivo, á la muerte de nuestros mejores oficiales, y por otra parte al aumento incesante del número y de los medios de accion de nuestros adversarios, los generales Miramon y Arellano renunciaron á todo proyecto de salida.

Habia, ademas, dos enemigos formidables que combatir: el hambre, la desmoralizacion y todas las miserias que de ellas se derivan. Se combatieron por todos los medios posibles.

Para impedir el hambre, el general Castillo publicó un bando que condenaba á muerte á todos los que no denunciaran, en el término de veinticuatro horas, los granos y el maiz que hubieran ocultado. Creo inútil decir que nunca se ejecutó ese decreto al pié de la letra. Al ménos se consiguió así hacer salir algunos víveres de los escondites.

Se continuó matando los caballos y las mulas, que perecian por falta de forraje.

Los habitantes de la ciudad y aquellos de nosotros que no podian mantener sus caballos y sus mulas, se veian obligados á venderlos en cualquier cosa á los carniceros. Animales que comunmente valian ciento cincuenta ó doscientos pesos se vendian por media onza de oro.

Para tener un poco de dinero se impusieron préstamos forzosos á todos los propietarios y comerciantes de alguna importancia. Estos, reunidos en junta, nombraron una comision que cuotizó á cada uno de ellos imparcialmente; pero muy pronto hubo que renunciar á este último medio, demasiado ruinoso para los habitantes.

El oro no se encontraba y habia subido á precios fabulosos. La media paga que se nos distribuia con bastante regularidad al principio del sitio, era cada vez mas rara.

Contra la desmoralizacion se empleó una estratagema autorizada en semejantes circunstancias. El gefe de estado mayor mandó publicar cartas supuestas del general Márquez y del

ministro Vidaurri anunciando su marcha en direccion nuestra, y excusando su tardanza con las dificultades que habian encontrado y vencido. Detallaban la composicion de sus diferentes divisiones y brigadas.

Estos documentos apócrifos, perfectamente redactados, reanimaron la esperanza en todos los corazones.

A pesar de la espantosa miseria en que todos nos hallábamos sumidos, las deserciones no comenzaron á tener un carácter grave sino en los últimos dias del sitio, y los oficiales no manifestaron por eso ménos celo y abnegacion.

Al Emperador le agradaba hacer esa justicia á sus tropas mexicanas, y mas tarde habló de ellas con elogio al embajador de Austria el baron de Lago.

Los humildes soldados indígenas, abandonados y despreciados hasta entónces, observaban, en efecto, para con el Emperador Maximiliano, una conducta muy diferente de la de los austriacos y los belgas que habian ido de Europa para entrar á su servicio. Estos no cesaban de asaltarle con exigencias y reclamaciones de toda especie. Él, con su carácter caballeresco, les devolvió sus juramentos cuando vió que la situacion del Imperio se ponía verdaderamente mala.

En Querétaro, jamas soldado indígena alguno reclamó su sueldo, ni se quejó, aunque le hostigaran el hambre y los sufrimientos.

El Emperador visitaba las líneas todos los dias y se ocupaba activamente en aliviar nuestros males. Se veía que tenia grande empeño en reparar la gran falta política que se le habia hecho cometer no organizando un ejército nacional. Esto, agregado á la simpatía extraordinaria que se desprendia de él, hacia nacer en nosotros una irresistible necesidad de adhesion.

VII

Aniversario del 5 de Mayo.—Los republicanos celebran su victoria sobre los franceses.
—Reflexiones sobre el combate del 5 de Mayo de 1862 ante Puebla.—Un asalto mas de los republicanos.—Nuevos medios empleados por los sitiadores para tomar la plaza.—Fuegos de artillería.—Accidentes.—Dos mujeres.—Peligros corridos por el Emperador.

El 5 de Mayo, como nos lo esperábamos, los sitiadores celebraron el aniversario de su triunfo de Puebla sobre el pequeño cuerpo expedicionario francés mandado por el general Lorenz. Los artilleros republicanos hicieron una salva cuyos efectos los resintieron las casas de la ciudad. Todo el dia sonaron las músicas y los clarines en el campo enemigo. Oiamos sus *vivas* y sus gritos de *mueran los traidores*. Sus tiradores, que habian avanzado hasta muy cerca del Cementerio, nos lanzaban mil vociferaciones y nos profetizaban un asalto próximo, seguido de una ejecucion en masa. Desdeñábamos contestarles. Sin embargo, algunos soldados del batallon del Emperador les enviaban buenas réplicas, toleradas por los oficiales, cuando llegó su comandante y los hizo callar, diciendo que todos aquellos gritos y todas esas fanfarronadas estaban buenos para los guardias cívicos y los guerrilleros.

En todo el dia no hablamos de otra cosa que del combate del 5 de Mayo de 1862 frente á Puebla.

Los mexicanos en general, y los republicanos en particular, manifiestan cierta exaltacion cuando hablan del único triunfo importante que obtuvieron sobre los franceses.

Estos últimos echan la culpa de su desastre á los informes incompletos que les habia dado el general Almonte, y hablan con desden de su pretendida derrota. Como de costumbre, ni unos ni otros quieren convenir en la verdad, ó exageran la importancia de los resultados.

Siempre que se presentaba la ocasion de hablar del 5 de Mayo, mi calidad de frances hacia muy difícil mi posicion, á pesar de mi completa imparcialidad. Singular combate, en efecto, el que tuvo lugar frente á Puebla el 5 de Mayo de 1862; tal vez durante todo el curso de la expedicion, nunca mostraron las tropas francesas tanto valor como aquel dia. Sin embargo, sus esfuerzos fueron estériles. Se hizo necesaria la retirada; el general Lorencez la efectuó de una manera admirable. Esta retirada obligó á la Intervencion á tomar un nuevo aspecto.

¿A quién se debe culpar de esta desgracia?

A nadie, ni aun al general Lorencez que cumplió con su deber. El origen de esta desgracia está en nuestra imperdonable presuncion, en nuestras medidas mas que impolíticas.

Se llegó frente á Puebla creyendo que no habria mas que presentarse y subir al asalto. El general Lorencez descuidó, y tal vez ménos que cualquiera otro gefe francés lo habria hecho, tomar las precauciones necesarias. Se intentó el asalto y no tuvo buen éxito. Nuestras pérdidas fueron crueles. En cuanto á la conducta de las tropas francesas, no tengo necesidad de decir cuál fué. Los juaristas, mas imparciales que nosotros mismos, les han hecho justicia. Habian subido al asalto de Guadalupe y de Loreto, con la creencia generalmente extendida de que los liberales no los aguardarian. Pero estos habian concentrado en aquellos dos fuertes, tropas mandadas por el valiente general Negrete, antiguo oficial superior del ejército de línea. Los juaristas estaban débilmente organizados; sin embargo, entre ellos habia gran número de jóvenes exal-

tados y de soldados de experiencia, en cuyo ánimo se habían desfigurado las intenciones de la Francia, y que creían combatir por la independencia de su país. Se defendieron valientemente, protegidos, por otra parte, por una posición muy fuerte. Nuestros soldados vieron con una especie de asombro, que las balas de los republicanos mataban á los que tocaban, y que las balas de cañón disparadas por los fuertes de Guadalupe y de Loreto pulverizaban á los que alcanzaban hasta en medio del estado mayor del general Lorencez. Los zuavos y los cazadores de á pié pagaron muy caro la presunción de gefes, valientes sin duda, pero ignorantes de las cosas del país en que operaban.

El mundo se sorprendió de ver á los franceses fracasar en alguna parte. En los Estados-Unidos y en ciertos otros países se creyó ver á la Francia humillada en su orgullo militar, y esto fué un motivo de júbilo. En Francia el estupor fué general. Efectivamente, no se habían visto tropas nacionales realmente vencidas desde Waterloo.

Se hicieron preparativos para vengar el desastre de Puebla yendo á México, como se había vengado el de Pei-Ho en China yendo á Pekin.

El desastre del 5 de Mayo fué, pues, la causa del envío del mariscal Forey con refuerzos que se elevaban á treinta mil hombres.

Sin el 5 de Mayo, tal vez habría podido haber un arreglo entre Juárez y el gobierno francés. Pero después de aquel desgraciado combate, era imposible. El mariscal Forey tomó á Puebla, y Juárez tuvo que evacuar México, adonde no volvió hasta después de cinco años.

En México causó asombro aquella victoria inesperada. Juárez supo sacar de ella un inmenso partido. Le sirvió para lisonjear con buen éxito el orgullo nacional, y para atraer á

los indecisos, y ganó todo un año para fortificar á Puebla y formar el ejército que defendió dignamente aquella plaza.

El aniversario del 5 de Mayo se celebra con entusiasmo por los republicanos. Estos saben perfectamente que deben su victoria tanto á la casualidad como á ellos mismos; pero no quieren convenir en ello, así como los franceses no quieren admitir su presuncion. Al general en jefe de los republicanos, Zaragoza, que murió de fiebre algunos meses mas tarde, correspondió, segun sus términos pomposos, el honor de la victoria sobre los vencedores de Sebastopol, de Magenta y de Solferino, aunque, sin embargo, no haya un hombre imparcial que no declare que toda la ventaja del combate fué debida al general Negrete, que mandaba las fuerzas encerradas en el fuerte de Guadalupe adonde tuvo lugar la principal resistencia.

En Querétaro, el aniversario del 5 de Mayo fué celebrado por los sitiadores con muchos gritos, libaciones y otras demostraciones de entusiasmo de partido. Todo el dia esperamos en vano un ataque general.

Pero, como á las ocho de la noche, estalló un fuego violento sobre nuestra línea del Norte. Era el enemigo que intentaba de nuevo un asalto.

Desde mi puesto, en el jardin de la Cruz, dominaba, así como otros muchos, aquel combate nocturno. Centenares de rayos partian de nuestras líneas y de las baterías enemigas. Por todas partes se elevaban en el espacio cohetes de todos colores, señales misteriosas que podian encerrar nuestra pérdida. Creiamos advertir con angustia que el fuego de los nuestros se replegaba hácia el interior de la ciudad, miéntras que se acercaba el de nuestros adversarios. Temiamos que á favor de un ímpetu furioso, los republicanos, excitados por la embriaguez y por el entusiasmo, lograsen entrar por aquel lado.

No sucedió así por fortuna; tampoco esta vez lograron su objeto. A las diez de la noche había cesado el fuego.

A partir del 5 de Mayo, los sitiadores, comprendiendo que no podrían tomar la plaza á viva fuerza y conociendo nuestra desastrosa situación, renunciaron á intentar nuevos ataques. Se contentaron con estrechar todavía mas el sitio, calculando que nos cogerían por hambre si alguna vigorosa salida no nos permitía evacuar Querétaro. Para prevenir este último caso, Escobedo estableció un telégrafo que puso á su cuartel general en comunicación con todos los puntos de sus líneas. Este telégrafo le advertía de nuestros menores movimientos.

Los republicanos nos inquietaron también con un fuego poco nutrido pero continuo, que causó muchas desgracias entre los habitantes pacíficos: una mujer fué hecha pedazos por una granada que la sorprendió en su cama.

Había todos los días muchos accidentes de este género, porque la población se había preparado al sitio todavía menos que nosotros.

Me acordaré siempre de una escena espantosa de que fuí testigo en una de las calles que conducen á la Cruz.

Una batería enemiga, situada al pié del acueducto, tiraba sobre nuestros ingenieros que trabajaban á la izquierda del convento; cuando sus balas no se amortiguaban contra las obras que se elevaban, rebotaban y enfilaban la calle de que acabo de hablar, calle que yo recorría tan rápidamente como me lo permitían las patas de mi caballo.

Varias de esas pobres mujeres llamadas soldaderas, corrían á llevar de comer á sus maridos, acuartelados en el cuartel general.

De repente oigo llegar una bala como un rayo, silbando mas terriblemente que las demas, y dos de las desgraciadas mujeres caen mutiladas. Yo me acerqué. Una tenía la pierna

izquierda hecha pedazos, la otra habia recibido en el hombro la misma bala que acababa de rebotar. La primera estaba sin sentido; la segunda me pidió un confesor.

Las hice trasportar, sin pérdida de tiempo, al hospital, por algunos hombres del pueblo refugiados en una casa vecina, é ignoro lo que fué de ellas.

«No es el plomo el que mata, sino el destino el que hace morir.»

Mas de una vez tuve motivo en Querétaro para asegurarme de esta verdad.

El oficial pagador del batallon de Iturbide fué herido gravemente en su cuarto, situado en el centro de la ciudad, mientras hacia un estado. Nunca se pudo adivinar cómo habia podido llegar hasta él la bala que le tocó.

El Emperador tenia la costumbre de pasearse todos los dias, como á las cuatro de la tarde, en la plaza de la Cruz, con algunas personas á quienes honraba con su confianza.

Los republicanos lo supieron sin duda por sus espías, porque varias veces, y á dicha hora, lanzaron á aquel lugar una gran cantidad de proyectiles. Se obligó al Emperador á cambiar el lugar y la hora de sus paseos.

Otra vez, el Emperador subia á la azotea mas elevada de la Cruz para observar un movimiento de los republicanos. El brillo de los uniformes de su estado mayor llamó sin duda la atencion de los artilleros sitiadores, porque abrieron inmediatamente el fuego sobre él. Una bala fué á caer á su lado y se embutió en una pared á algunas líneas de la cabeza del coronel López, que por nuestra desgracia no murió aquel dia.

En aquellas ocasiones el Emperador manifestaba una dignidad de que no se puede uno formar idea. Por cerca de él que pasaran los proyectiles, jamas apresuró el paso, jamas hizo uno de esos movimientos instintivos que hacen se incline uno del lado opuesto á aquel de donde la muerte viene.

Al coronel de estado mayor Loaiza, ménos afortunado que López, una bala le mutiló ambos piés. No pudo resistir la amputacion, y la gangrena le mató al cabo de dos dias.

Algunos dias despues el general Arellano mandó llevar al centro de la Cruz un obus de mucho calibre tomado á los republicanos en la salida del 27 de Abril, y en el cual habia escrito: «La Tempestad.»—«Ultima razon de las naciones.»

Un peloton de mi batería fué llamado para servirla.

Miramón llegó, y se puso de acuerdo con el general Arellano, designando al Noreste, en la vertiente de una montaña, una tienda sobre la cual flotaba una pequeña bandera.

—«De manera, decia el general Arellano, que estás bien seguro de que esa es la tienda de Escobedo.»

—Ella es, estoy cierto, respondia Miramón; mis informes son buenos, y si pudieras distinguir los colores de la bandera que tiene encima, lo verias por tí mismo.»

Entónces el general Arellano mandó apuntar hácia el lugar indicado; despues de algunos tiros, nuestro obus, dirigido por el capitan D. Antonio Salgado, enviaba sus proyectiles al cuartel general de los sitiadores.

Las baterías republicanas no nos veian, es cierto, pero calculando nuestra posicion por el humo blanco que se elevaba del jardin y tirando por elevacion, nos contestaron con una cantidad tal de proyectiles de toda especie, que se habria dicho que era una lluvia de aerólitos.

Una mula fué alcanzada por una bala que le entró por un muslo y le salió por el cráneo, arrebatándola, ó mejor dicho, arrojándola contra una pared. El pobre animal volvió á caer patas arriba, literalmente partido en dos.

La batería del acueducto nos disparaba balas de grueso calibre cuyo terrible silbido y cuya buena direccion oprimian el corazon de los mas valientes. Creí que habia sonado mi últi-

ma hora. Entónces, sobre todo, fué cuando tuve ocasion de admirar á Miramon: se habia colocado sobre un montículo de piedras, y observaba nuestro tiro con serenidad.

Pero continuar el fuego era tentar demasiado á la suerte; el general Arellano le mandó suspender.

Se comenzó de nuevo al dia siguiente con buen éxito, porque vímos retirarse las tiendas que suponiamos abrigaban al cuartel general enemigo, á una distancia considerable de su primer puesto, para ponerse fuera de nuestro alcance.

Mas tarde, estando prisionero, supe que, en efecto, Escobedo y su estado mayor, sorprendidos y amenazados por nuestras granadas, habian montado á caballo y se habian ido.

El 10 de Mayo tuvo lugar una distribucion de recompensas, hecha con cierta pompa militar en el palacio municipal de Querétaro. Gracias al general Arellano, la artillería no fué olvidada esta vez.

Propuesto para la cruz de Guadalupe, tuve la insigne honra de recibirla de manos del Emperador. Al ponerme la cinta en el pecho me dijo con bondad:

«—Ya no tenemos cruces; pero cuando llegue el general Márquez venid á verme, y os daré una yo mismo.»

En México, el general Márquez distribuyó, segun dicen, esa especie de recompensas con demasiada profusion; pero en Querétaro, el Emperador Maximiliano las dió con mayor razon y parsimonia.

Queriendo aprovecharme de algunas horas de licencia que me concedió el comandante Salgado para festejar mi nuevo título, fuí á la ciudad con un oficial del batallon del Emperador, que se hallaba en el mismo caso que yo.

Invitamos á algunos amigos á casa de un fondista frances (los hay en Querétaro como en todas partes).

Llamando aparte al patron, le declaramos que la carne de

caballo era cierto que nada tenia de desagradable; pero que, en atencion á las circunstancias, queriamos algo que fuese mas digno de nuestros convidados.

Prometi6, mediante un precio exorbitante, satisfacernos plenamente, y pocos momentos despues trajo un trozo de cabrito en una salsa desconocida, todo de un sabor extraño.

Un teniente de húsares austriacos, gastr6nomo y fino conoedor, nos dijo que los cabritos no tenian ese gusto, y que todos los animales de esa especie que habia en la ciudad, estaban comidos y digeridos hacia mucho tiempo: lo que se nos habia servido por cabrito no era evidentemente mas que perro.

El fondista, fuertemente interpelado sobre la autenticidad de su cabrito, se traicion6 con palabras ambiguas y embarazosas. A pesar de eso, ayudando el apetito, nos hicimos superiores á ridículas preocupaciones, y nos ocupábamnos en continuar nuestra comida, cuando un camarada no invitado, y envidioso sin duda al vernos comer tan bien, nos declar6 con mucha conviccion que aquella carne debia ser muy dañosa, por cuanto á que provenia de esa multitud de perros vagamundos que siguen de ordinario á las tropas mexicanas, y que en aquel momento de hambre vivian devorando las carroñas abandonadas entre las líneas.

Estas palabras produjeron una reaccion violenta en el apetito de algunos de nuestros convidados, que acabaron por hacer gestos. Sin embargo, yo creí advertir que mi último interlocutor dirigia miradas envidiosas al plato que, á lo que decia, parecia desdeñar tanto.

Antes de volver á la Cruz, fuí á ver al teniente coronel Ceballos, del batallon del Emperador, herido gravemente el 3 de Mayo, y que se decia que estaba muy mal.

Encontré al general Mendez á la cabecera del herido, á cuyo lado ardia un cirio llevado por piadosas manos.

Por el enérgico semblante abronzado del general Mendez corrían lágrimas silenciosas; comprendí al momento: el teniente coronel Ceballos acababa de rendir su hermosa alma. Ceballos era adorado por sus soldados y querido por todos los oficiales; antiguo alumno del Colegio militar de Chapultepec, había ganado sus grados con la punta de su espada. El general Mendez le quería como á un hermano.

Ceballos, todavía jóven, era un hermoso tipo militar, y reunía al honor del oficial el valor del soldado y la probidad del administrador. Desde el principio de su bella carrera profesaba hácia el general Mendez una amistad á la que solo igualaba su adhesión.

Había dejado en Morelia una novia, jóven distinguida á quien adoraba en silencio y de la que era digno.

Hácia el fin del sitio, las heridas se agangrenaban muy pronto. El aire viciado y el extremo calor hacían sus curaciones muy difíciles. El tifo llegó á aumentar el número de nuestros males. El hambre, sobre todo, llegó á ser intolerable. Mi asistente murió de tifo; todas las mañanas le enviaba á la ciudad con un poco de dinero, y solía encontrarme algunas mezquinas provisiones, que eran esperadas con impaciencia hasta la noche; pero al fin yo comía casi regularmente y muchos de mis camaradas no podían hacer otro tanto.

Después de la muerte de este bravo muchacho, le dí un sucesor que inauguró sus funciones obligándome á una dieta de 36 horas. Salió una mañana muy temprano y no volvió hasta otro día por la noche; creo que le habría perdonado si me hubiera llevado la menor cosa que devorar; pero el bribón se había embriagado y no me traía más que mezcal, indigno aguardiente del país. Esta conducta obtuvo la recompensa que merecía.

A mediados del mes de Mayo, el Emperador comprendió

que la situación estaba perdida. No creía, ó mejor dicho, no quería creer que el general Márquez había sido derrotado yendo en auxilio de Puebla, que estaba sitiado él también en México, y que no teníamos ya probabilidad alguna de ser auxiliados. Resolvió, pues, perecer con gloria, pero después de haber, por lo menos, no desperdiciado medio alguno para salvar el mayor número posible de sus servidores, y eso prontamente, porque el hambre era imposible de soportar por más tiempo.

Se le habló de capitular. Mandó poner preso al que se atrevió á hacer indicaciones á este respecto. El Emperador prefería la muerte á la humillación de caer vivo en manos de los generales de Juárez.

El general Mejía ofreció al Emperador facilitar una salida proyectada, levantando y armando rápidamente á los hombres del pueblo, que á sus órdenes defenderían una parte de nuestros puntos fortificados, mientras que el Emperador y los demás generales harían, con las tropas que quedarían disponibles, una vigorosa y última tentativa.

Esta proposición fué aceptada en el acto por el Emperador; pero á pesar de su inmensa influencia sobre la población, el general Mejía no pudo reunir más que algunos centenares de hombres. El desaliento era demasiado grande. Se perdieron tres días.

Vivamente contrariado por este retardo, y dudando cada vez menos de la derrota sufrida por el general Márquez, el Emperador resolvió intentar una salida general á pesar de todo, y confió á Miramón la misión de escoger el punto más propicio á su objeto en atención á los pocos elementos que quedaban.

El 14 de Mayo el Emperador reunió en un consejo de guerra á los generales Miramón, Mejía, Castillo y Arellano. Se discutió y se resolvió la salida. Solo Miramón sabía cuál era

el punto por donde habíamos de partir, y debía, conforme lo deseaba, abandonar la plaza el último.

VIII

Causas de la traición del coronel López.—La noche del 14 al 15 de Mayo.—Traición del coronel López.—Incidentes extraños.—¡Prisionero!—Los republicanos, conducidos por López, penetran silenciosamente en el convento de la Cruz.—Me llevan á Pateo.

En los momentos de peligro que preceden de cerca la caída de una monarquía, como cuando el naufragio de un buque, el egoísmo, el interés privado y el espíritu de conservación hacen nacer muy pronto la desobediencia y después la defección. Muchos buscan la salvación, que desesperan de encontrar en esfuerzos colectivos, por medio de esfuerzos particulares, sacrificando, si necesario es, á sus compañeros y á sus gefes.

Tal fué el verdadero origen de esas traiciones que precedieron á los cien días, y cuya vergüenza trataron de hacerse perdonar sus autores después del desembarco de Napoleón en Cannes para renovarlas de una manera mas indigna aún después de Waterloo.

Era, pues, natural que el Emperador Maximiliano encontrase algún traidor en una situación tan desesperada como la nuestra. En efecto, hubo un miserable que empañó la gloria adquirida por sus compañeros á costa de tantos sacrificios y sufrimientos.

Este miserable, universalmente conocido, es el coronel López, protegido del Emperador, y cuya ingratitude é infamia no deben resaltar sobre ninguno de los defensores de Querétaro. El coronel López habia entrado en relaciones con el enemigo

en los últimos días del sitio. Informaba á los republicanos de todas las resoluciones tomadas por el Soberano, y combinaba, con sus gefes, los medios de entregar la plaza.

¿Por qué razones?

Son fáciles de adivinar.

Con su vieja experiencia, López calculó la suerte de la plaza; se vió entónces en poder de un enemigo que le haria pagar con el último suplicio los servicios prestados á la Intervencion francesa y las ejecuciones que habia hecho de los republicanos caidos en su poder. Su espíritu limitado, su corazon sin nobleza, no le permitieron contemplar á sangre fria una muerte próxima, y sacrificarse como lo hicieron Miramon, Mejía y Mendez. No habria podido soportar, durante diez y ocho dias, la expectativa incesante de una ejecucion, espada de Damocles de nueva especie que se suspendió encima de la cabeza del viejo general Castillo, ni desplegar una audacia increíble y una inteligencia sobrehumana, como el general Arellano, para escapar varias veces al fusilamiento. Traicionando, López salvaba la vida y adquiria oro.

Ademas, debia alimentar un profundo rencor contra muchos de nuestros gefes, que en el momento en que iba á ser nombrado general de brigada habian enviado respetuosamente al general Mendez á ver al Emperador, para manifestarle al Soberano que López era indigno de su proteccion, y que este nombramiento produciria un efecto desastroso entre los que esperaban ver restablecido el prestigio del ejército.

López resolvió, pues, entregar la plaza ántes de que pudiera efectuarse la salida proyectada por el Emperador.

En el jardin de la Cruz, entre el cementerio y el convento, se elevaban algunas plataformas guarnecidas de artillería; tenían al frente á Pateo, y sus troneras se hallaban á corta distancia de las avanzadas enemigas.

López mandó retirar de una de ellas un peloton de la guardia municipal de México que la guarnecia, para colocar en su lugar una tropa irregular de exploradores mandados por un tal Yablouski, su hombre de confianza; y al mismo tiempo ordenó al subteniente Domet, de la guardia municipal, que alejase sus hombres en direccion del cementerio, porque bastaban los exploradores desmontados de Yablouski para defender la plataforma.

A la observacion de Domet, que en su celo queria mandar subir á aquella plataforma, ya ocupada por los hombres de Yablouski, un obus sin artilleros que se hallaba allí provisionalmente bajo su custodia, López contestó que era inútil.

Este pequeño incidente, en el que desde luego fijé poco la atencion, me vino muchas veces á la memoria despues de nuestra catástrofe.

La tarde del 14 de Mayo, el comandante Salgado fué á verme, y tomándome á parte me dijo que se preparaba un movimiento importante. La Cruz, agregó, iba á ser atacada seguramente ántes de la aurora del siguiente dia, y como debia tomar él parte en una salida con dos secciones, me dejaba el mando de las dos piezas que quedaban en la huerta. Me hizo ofrecerle que impediria que artillero ó infante alguno abandonase su puesto en caso de asalto; en una palabra, me dirigió hábilmente con ese motivo todas las palabras que despertan el sentimiento del deber, el punto de honor, el amor propio y la ambicion.

Mi nuevo asistente, muchacho despierto, llegó mas tarde trayéndome algunas tortillas que se habia procurado con mucha dificultad y que yo devoré ávidamente. Me contó lo que habia visto en la ciudad: el hambre, la desolacion general y señales precursoras de un movimiento importante.

En la plaza de la Cruz habia reunidas cierto número de

piezas listas para marchar en cuanto las fuerzas debilitadas de las mulas lo permitieran.

Algunos escuadrones reducidos y el regimiento de dragones de la Emperatriz ensillaban sus caballos. Este regimiento se habia puesto su uniforme de gala: me contó otra multitud de detalles que acabaron de persuadirme de que iba á efectuarse la evacuacion.

Deseoso de estar listo para todo evento, pensé en tomar un poco de descanso y me acosté al lado de mi pieza, envolviéndome en mis sarapes, no sin preocuparme el dia siguiente.

Confieso que sentí se me oprimia el corazon fuertemente cuando pensaba en las consecuencias funestas de los acontecimientos que iban á producirse.

Entónces comprendí que si el comandante me habia dejado con una seccion para defender aquel cementerio, al que le tenia yo horror, era porque mirándome como el mas jóven y mas inexperto de sus oficiales, me consideraba tambien como el ménos útil para sus operaciones futuras.

Si la salida se efectúa, pensé, el bravo capitán Núñez, mis camaradas Guerra, Correa, y todos esos artilleros que quiero, sucumbirán ó se alejarán, miéntras que yo permaneceré clavado en mi puesto. Entónces, ¿qué será de mí en medio de ese tumulto? Porque los republicanos, adivinando el objeto de nuestra salida, atacarán por todas partes á un tiempo y penetrarán en la ciudad ántes de que la hayamos dejado. La artillería y la infantería, pero la artillería primero, sacrificadas á la salvacion comun, caerán en poder de los republicanos. El fusilamiento, si no muere uno inmediatamente: hé ahí lo que se nos espera.

Recordé las ejecuciones de San Jacinto, de que he hablado, y las de Uruapan en nuestra provincia, donde el coronel Lémus y sus oficiales dispusieron de cinco minutos para escribir á

sus familias; Pátzcuaro, donde todos los oficiales de la guarnicion cogidos vivos, fueron fusilados, entre otros un bravo teniente de mi batería, Santillan, arrancado moribundo de la cureña de una de sus piezas, arrastrado contra una pared y fusilado por detrás.

Pensé en Morelia, que se ofrecia á mi memoria como una ciudad encantadora.

¿Volveré á ver Francia? Paris? Paris, esa maravilla cuyo solo nombre hace palpitar el corazon de los que la conocen y viven léjos de ella.

Pero ese desaliento que confieso, como se ve, con franqueza, no duró mas que un instante y dejó lugar á otros sentimientos que solo pueden conocer los que han estado mezclados á esas guerras donde las pasiones políticas hacen el principal papel.

Como tantos otros, habia acabado por aborrecer á nuestros enemigos, yo, que cumpliendo mi deber, habia logrado muchas veces arrancar á algunos de ellos á una ejecucion cierta.

Ese fanatismo político, hermano de la intolerancia religiosa, que yo criticaba al principio en un gran número de mis camaradas, y que ahogaba en ellos la voz de la justicia y de la humanidad, acababa por apoderarse de mí poco á poco. El afecto que á ejemplo de todos le habia yo cobrado al Emperador, el espíritu de cuerpo, el militarismo, en una palabra, habian modificado considerablemente mis ideas.

A la sola idea de ver á los republicanos sacrificar al Emperador y á ese pequeño ejército que acababa de manifestar tanto valor y abnegacion, y cuya reorganizacion habia sido siempre mi sueño, comprendia yo cuántos sacrificios pueden engendrar la fé en una causa, la fidelidad á un noble soberano y el amor á la bandera.

Allí adiviné la desesperacion de los restos del grande ejér-

cito, convertido por sus enemigos en los bandidos del Loira; presentí la noble y orgullosa obstinación de los oficiales de las tropas reales españolas cayendo bajo la fusilería de los independientes hispano-americanos, gritando ¡viva el rey!

Instintivamente comprendí que la lucha iba á tener un desenlace fatal para nosotros, pero no podía admitir que fuésemos exterminados completamente sin poder ser socorridos por Márquez. Por otra parte, jamás, á las órdenes del general Mendez, había yo asistido á una derrota, y me encontraba en un punto fortificado donde el enemigo no podía penetrar sino afrontando el fuego de nuestros cañones. Estas circunstancias, unidas á la indiferencia del soldado, me hicieron esperar que en el caso en que los nuestros forzaran las líneas enemigas para ganar la capital ó las vecinas montañas, la Cruz podría todavía contener al enemigo y dar tiempo para que una coyuntura cualquiera se produjese.

El comandante de la guardia del cementerio fué á verme. Era un frances llamado Gontron, antiguo subteniente del cuerpo expedicionario, convertido en oficial aventurero al servicio del Emperador Maximiliano, y el último capitán que sobrevivía de la guardia municipal de México. También fué su subordinado el subteniente Domet. Hablamos los tres un poco, y se marcharon envidiando mi suerte, porque yo podía dormir, mientras que ellos, según la orden que acababan de recibir, debían ejercer la mayor vigilancia. Sobreponiéndose el cansancio á una hambre mal apaciguada, me dormí profundamente.

A las dos de la mañana el viejo sargento Guzman me despertó, como estaba convenido, para descansar un poco á su vez.

La noche estaba muy fresca, la oscuridad era profunda y el silencio completo.

Para vencer el sueño anduve por la plataforma para ver si

los centinelas no dormían. Después, viendo que no tardaría en aparecer el día, me senté en la cureña de una pieza de á 8, envuelto en mi sarape, y combatiendo una hambre que se hacía cada vez más sensible, esperé con impaciente emoción el momento de responder al fuego de nuestros adversarios, que estallaría ciertamente en toda la línea desde el principio de la salida.

De repente me pareció oír pasos rápidos que se dirigían hacia la plataforma. É inmediatamente el coronel López, á quien reconocí por su uniforme bordado de plata, se presentó frente á mí. Yo le saludé.

Él me dijo rápidamente, señalando la tropa que le seguía: «Aquí está un refuerzo de infantería; despertad luego luego á vuestros artilleros; mandad retirar esta pieza de su trónera y oblicuadla á la izquierda, pero pronto.»

Pensando que había llegado el momento de la salida, desperté prontamente á los artilleros; pero el sargento Guzman, viejo, enfermo y abrumado de cansancio, no se levantó tan pronto como lo deseaba López, que sin duda quería ver la manera con que yo ejecutaba sus órdenes, y parecía estar muy de prisa. El coronel se exaltó contra Guzman y le llenó de injurias.

El pobre sargento, tan maltratado, se levantó aburrido.

López me reiteró entonces sus órdenes, en cuya rareza había motivo para sorprenderme, y partió precipitadamente.

Sin embargo, obedecí con puntualidad. Previendo que el enemigo iba á penetrar hacia la izquierda, como lo había indicado el coronel, mandé agregar un bote de metralla á la carga que se encontraba ya en la pieza, y dí yo mismo á esta la dirección requerida. Yo era presa de esa violenta emoción que produce la idea de un peligro invisible é inmediato.

El pelotón de infantería, mandado por un oficial y conducido por López, se formó detrás de la pieza.

Estando todo listo, quise ceñirme la espada y mandar alzar mis sarapes que habia dejado en el suelo para obedecer con mas prontitud. Advertí que habian desaparecido.

No dudando que los soldados del peloton de infantería fuesen los autores de esa desaparicion, reclamé á su oficial. Este me respondió vagamente, y me pareció poco comunicativo.

Me puse á observarle con cuidado. Me era desconocido, y el traje de los soldados me pareció muy descuidado. Sin embargo, pensé que aquella debia ser la 8ª ó 9ª compañía de uno de nuestros batallones; porque para reponer en lo posible las pérdidas, se habia compuesto las dos últimas compañías de cada cuerpo con reclutas de la ciudad, tráfugas y aun prisioneros del enemigo.

En eso un artillero se dirigió á mí, diciéndome:

—Mi teniente, me han cogido mi mosqueton.

—Y á mí tambien, replicó otro.

No comprendiendo nada de este modo de obrar, pregunté al oficial á qué cuerpo pertenecia.

Me respondió con aplomo, que formaba parte de la brigada Mendez.

A estas palabras redobló mi asombro, porque aun cuando habia formado parte mucho tiempo, como he dicho, de la brigada Mendez, y conocia á todos sus oficiales, no recordaba haber visto nunca á mi interlocutor.

Viendo que pasaba algo extraño le supliqué me dijera la verdadera causa de su presencia en mi puesto.

Me contó que uno de los batallones que guarnecian la Cruz iba á sublevarse y á dejar penetrar al enemigo en la plaza, pero que, por fortuna, la conspiracion habia traspirado, y se mandaba relevar todos los puestos con su cuerpo.

Esta idea de una traicion en el interior me causó un temor vago. Traté de dudar de ella; pero juntando lo que el oficial

acababa de decirme con la visita precipitada del coronel López, comandante de nuestra línea, y de las idas y venidas que oía en el cementerio, acabé por creerlo.

Sin embargo, deseoso de ilustrarme sobre este punto, pregunté al oficial dónde se hallaba el coronel.

Me señaló el cementerio.

Resolví ir á hablar á López inmediatamente; pero en el momento de bajar de la plataforma, un centinela que yo no habia notado desde luego, me detuvo con un enérgico: *¡Alto ahí!*

Comprendiendo que el centinela tenia la consigna de no dejar bajar á nadie, me dirigí á su oficial á fin de obtener para mí la revocacion de esa orden.

El oficial eludió la respuesta.

Me puse furioso; viendo á un infante que tenia el mosqueton de uno de mis artilleros colgado del brazo, se le arranqué.

Este, cosa inaudita por parte de un soldado mexicano, cruzó la bayoneta contra mí, é iba á envasarme cuando, por fortuna, se lo impidió su oficial.

—Pero, pregunté con fuerza á este último, decidme por fin lo que aquí pasa.

—No temais, me repetia á cada momento; y añadió: la verdad es que formamos parte de la brigada del coronel Quiroga; llegamos de México con el general Márquez para libertar la plaza.

—Os burlais de mí, le contesté. En primer lugar, el coronel Quiroga dejó aquí su infantería, y luego, es imposible que entren tropas en la plaza sin ser sentidas y reconocidas por los sitiadores.

Al mismo tiempo me ocurrió una horrible sospecha.

—En medio de todas esas mentiras, dije al oficial, sospecho alguna traicion.

Sin embargo, el recuerdo de la presencia y de las palabras

del coronel López, que debía ser por reconocimiento y por interés el servidor mas fiel y mas adicto del Emperador, alejó mis sospechas, y casi me tranquilizó sobre la respuesta que debía dar.

Despues de un momento de vacilacion, me dijo el oficial:

—No temais nada, señor, estais entre soldados del ejército regular. No somos guerrilleros, pertenecemos al batallon de Supremos Poderes de la República.

Quedé aterrado; un frio glacial penetró hasta mi corazon, creia soñar.

Una ojeada me bastó para descubrir la verdad..... ¡el enemigo estaba allí, en la plaza; yo me hallaba ya en su poder, sin posibilidad alguna de dar aviso á la Cruz, sin esperanza de salvacion, y desarmado!

Espantado de lo que iba á seguir, pregunté al sargento Guzman si era el coronel López quien habia ido á darme órdenes un momento ántes. Temí haber sido víctima de una alucinacion ó de una semejanza.

—Sí, mi teniente, me contestó Guzman; tengo motivos para acordarme bien, porque me ha tratado muy brutalmente.

—¡Pero entónces, traiciona! ¡va á entregar al Emperador!

—¿No lo estais viendo? replicó tristemente Guzman.

—De manera, pregunté al oficial republicano, que el coronel López es quien os ha introducido aquí.

—Ciertamente, me contestó sonriendo; pero os lo repito, no temais nada, somos del ejército regular. No se os hará mal; os habeis batido demasiado bien durante el sitio para no obtener miramientos de nuestros gefes.

Me volví hácia la Cruz, con la esperanza de ver brillar el relámpago de un cañonazo. Me esforcé en oir un ruido cualquiera que indicara la resistencia, un movimiento, una señal. Nada, nada!.....

La masa negra é imponente del convento se destacaba sola en la oscuridad, y el silencio mas completo reinaba por toda partes.

Yo era prisionero; los republicanos habian entrado en Querétaro.

Sin duda en aquel momento, gracias á la infame traicion de López, sorprendian al Emperador en su celda, así como á nuestros gefes y á las tropas que dormian en el convento y los puestos adyacentes.

Era yopresa de una punzante emocion. Ví con desesperacion que no podia hacer nada por salvarlos y salvarme á mí mismo.

Por un momento pensé en saltar de la plataforma al jardin, lanzarme hácia la Cruz, dirigiéndome del lado del hospital, llegar á una pieza y mandar disparar un cañonazo que diera el alerta. Pero la parte del vasto jardin que tenia yo que atravesar estaba llena de magueyes y de nopales con los que tropezaria al correr, lo que retardaria mi marcha; y por otra parte, apénas abajo, sufriria el fuego de los veinticinco ó treinta fusiles que se hallaban atrás de mí.

Viendo que era imposible la ejecucion de mi proyecto, renuncié á él. Ignoraba que los republicanos habian recibido órden de no tirar hasta la última extremidad para no dar la alarma; que el general Velez y los comandantes de los batallones de Supremos Poderes, los de Nuevo Leon y sus oficiales, temiendo ser atraidos á un lazo, debian volar la tapa de los sesos á López al primer asomo de resistencia, á los primeros tiros que pudieran hacer abortar la sorpresa.

El oficial republicano, viéndome mirar del lado de la Cruz con tanta atencion, adivinó una parte de mis pensamientos, porque me dijo:

—Todo el convento está ya en nuestro poder. A la hora de esta debe haber sido preso vuestro Emperador.

Yo estaba atónito; algunos segundos despues ví al capitan Gontron, de quien he hablado al principio de este capítulo, que se dirigia hácia mí, solo y libre en apariencia.

—Venid, me dijo, vos que sabeis hablar el español mejor que yo, á preguntar á los morenillos que acaban de relevarme en el cementerio, por qué han desaparecido mi sable y mis frazadas. Yo creo que me los han robado..... ¿Quiénes son esos filibusteros que ha traído aquí el coronel López? Si no encuentro mi sable ántes de cinco minutos, le rompo la cara á su ganapan de comandante que es completamente incivil.

El capitan Gontron me hablaba en frances atuzándose su espeso bigote.

En cualquiera otra ocasion creo que me habria reido de buena gana, pero se comprenderá que en aquel momento no estaba dispuesto á hacerlo.

—Pero, capitan, exclamé, ¿no veis que somos prisioneros? el coronel López acaba de introducir al enemigo en la plaza; los soldados que estais viendo son del batallon de Supremos Poderes.

El capitan se quedó como petrificado; pero despues de un largo silencio dijo tristemente como por via de consuelo:

—¡A fé mia, tanto peor! Esto tenia que acabar de alguna manera.

En aquel momento un gefe republicano, seguido de algunos hombres, subió corriendo á nuestra plataforma, ordenó imperiosamente dirigir la pieza hácia la Cruz, hacerla servir provisionalmente por mis artilleros desarmados, amenazando á estos con fusilarlos si vacilaban, y en fin, que se nos condujera bien escoltados á Gontron y á mí ante el general Velez, que debia encontrarse en el interior de la Cruz.

Estas órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Fuímos conducidos ante el general Velez.

Al llegar cerca del convento vimos que entraba á él un batallón republicano.

A cada momento esperábamos que comenzara á nuestro frente el fuego de fusilería. No sucedió así. El silencio era interrumpido solamente por el ruido sordo de la marcha del batallón enemigo, y por las voces de mando que daban á media voz sus oficiales.

Algunos soldados de la Guardia municipal, que llevaban raciones de vino Jerez que se había recogido la víspera en todos los almacenes y expendios de la ciudad para distribuirle á las tropas, pasaron por delante de nosotros.

Reconocieron al capitán Gontron, y se quejaron con él de que los soldados entre quienes nos encontrábamos los habían atropellado al pasar, y sobre todo, habían bebido hasta saciarse en las marmitas que contenían las preciosas raciones reservadas para la Guardia municipal.

Nos costó trabajo hacer comprender á nuestros pobres soldados que se hallaban en poder del enemigo.

Los que nos escoltaban, no encontrando al general Velez, nos llevaron con el comandante del batallón de Nuevo Leon, quien dió orden de que se nos condujera inmediatamente á Pateo, abajo de la Cruz.

El día comenzaba á despuntar.

Nos hicieron volver sobre nuestros pasos. Al volver al jardín de la Cruz encontramos al coronel de estado mayor Manuel Guzman, que acababa de ser hecho prisionero en aquel momento yendo á visitar nuestros puntos. Fué confiado también á nuestra escolta.

—¿Pero qué pasa? me preguntó el coronel Guzman con emoción.

Le conté en pocas palabras la infamia del coronel López.

—Es imposible, me dijo palideciendo; eso que me contais es imposible.

Nos hicieron subir á los tres á la plataforma, ocupada una hora ántes por la pequeña fuerza del miserable Yablousky, el amigo de López, y despues pasar al otro lado saltando sobre adobes dispuestos de prisa en forma de escalera.

Comprendimos inmediatamente que el enemigo habia penetrado por allí.

Algunos minutos despues nos hallábamnos entre los sitiadores. Fuímos colocados entre dos largas filas de bayonetas, establecidas como si se esperase recibir otros muchos prisioneros.

IX

Toma del convento de la Cruz.—El Emperador escapa de los republicanos.—Escenas extrañas.—El Emperador se dirige al Cerro de las Campanas.—El Emperador y el general Castillo.—Llegado ante el palacio departamental, el Emperador envia la orden de reunir todas las tropas que le quedan.—López introduce á los republicanos al convento de San Francisco y desarma á los húsares y á la escolta del Emperador.—Audacia de López.—El general Miramon es herido tratando de reunirse con el Emperador.—El general Mejía llega al Cerro de las Campanas.—Confusion.—Pánico.—Aspecto del Cerro de las Campanas.—El Emperador se inquieta por la suerte de Miramon.—Toda la artillería republicana concentra sus fuegos sobre el Cerro de las Campanas.—La posicion se hace insostenible.—Los dragones de la Emperatriz.—El Emperador envia un parlamentario á Escobedo.—¡La bandera blanca!—El Emperador se rinde.—Todo se ha perdido, ménos el honor!—Los generales Mendez y Arellano.—Comienzan los fusilamientos.

Veamos ahora lo que pasaba en el interior de la plaza.

Una vez sorprendidos la Cruz y el cementerio como llevo referido, los republicanos se apresuraban á tomar posesion de todo el edificio, lo que les era muy fácil yendo guiados por López, protegidos por la autoridad de este último, por el sueño de todos y por la oscuridad de la noche.

El coronel disidente Rincon Gallardo ocupaba con su fuerza las alturas del convento, las escaleras, los patios y todas las salidas, desarmando, ántes de que despertaran completamente, á la gendarmería, á la compañía de ingenieros, al batallon del Emperador y á los voluntarios de Querétaro.

Los republicanos se echaban despues sin ruido sobre la artillería formada en la plaza de la Cruz, y que esperaba el momento de ponerse en marcha para la salida del siguiente dia. Se apoderaban tambien de la flecha que defendia la izquierda de la Cruz, de la iglesia contigua, de los trabajos de la derecha, del hospital, de los almacenes y del parque de artillería que se encontraban tambien de aquel lado.

La pequeña reserva, compuesta de una parte del 3º de línea, que descansaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y hecha prisionera con la facilidad que se encuentra en todos los detalles de esta sorpresa, gracias al coronel López que guiaba á los republicanos y daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir toda resistencia.

Como nadie sospechaba ni comprendia lo que pasaba, no se disparó un solo tiro, ni se dió un grito de alarma, miéntras que el cuartel general y sus anexos caian en poder del enemigo, en medio de una calma fantástica.

La posesion de la Cruz, punto dominante y clave de la plaza, traia consigo la caida de Querétaro. Los republicanos se ocuparon, pues, luego que apareció la aurora, en terminar la ocupacion tan fácilmente comenzada.

En el momento en que los sitiadores tomaban la Cruz, Yablousky, el único cómplice de López, y despues el mismo López, corrian á dar la alarma al Emperador y al general Castillo, haciéndolos despertar con la espantosa noticia de que el enemigo entraba á la Cruz y se habia apoderado ya por la fuerza del cementerio, noticia falsa dada á sabiendas, puesto

que, como se ha visto, los republicanos acababan de hacerse dueños de todo el edificio y sus dependencias sin que se les pudiese oponer la menor resistencia.

Ante aquel inminente peligro, el Emperador apeló á toda su sangre fria, y dijo al general Castillo, al príncipe de Salm y á su ayudante Pradillo que habian entrado precipitadamente á su cuarto:

—«Salir de aquí ó morir es el único recurso.»

La ejecucion siguió rápidamente al pensamiento. Tomando sus pistolas y algunos papeles importantes, bajó las escaleras, seguido de las tres personas que acabo de nombrar.

El emperador llevaba un ancho sombrero de fieltro blanco bordado de oro, y su uniforme de general de division estaba cubierto con un paltó que le resguardaba del frio de la mañana.

Esta circunstancia y la semióscuridad de los corredores, impidieron que fuese reconocido por un centinela republicano que encontró abajo, y que tomó por uno de sus gefes á aquel hombre vestido de semejante manera y que se dirigia á él con tanta sangre fria. El centinela presentó las armas. El Emperador contestó al saludo y pasó; atravesó los patios, y algunos segundos despues se hallaba en la plaza de la Cruz.

En aquel momento salia la luz, mostrando á las miradas del Soberano toda la extension del desastre. Pero el alma del Emperador estaba bien templada, y léjos de retroceder ante el peligro, á la vista de los republicanos preparó su revólver diciendo á los que le seguian:

—«Adelante.»

A los primeros pasos fué detenido por los republicanos. López se hallaba presente, y sea que creyera poder salvar todavía las apariencias, como lo prueban sus impudentes y necios manifestos, sea que se apoderase de él un tardío remor-

dimiento, se acercó á un gefe republicano y le dijo que dejara pasar á aquellas cuatro personas, que eran paisanos.

Este, que ejecutaba religiosamente, y con razon, todas las instrucciones del traidor, dió la órden indicada, aunque las insignias militares que llevaba el Emperador y su séquito desmintiesen las palabras de López.

Sin perder tiempo en pedir á su protegido explicaciones sobre aquella escena incomprensible, el Emperador se dirigió al Cerro de las Campanas, á fin de reunir allí algunas tropas para resistir hasta el último instante, ó para abrirse paso por entre los sitiadores.

Al pasar frente al meson que servia de cuartel á su escolta y á los húsares, el Emperador envió á los comandantes la órden de mandar ensillar á toda prisa y de incorporársele en el Cerro de las Campanas.

Se le llevó su magnífico caballo, pero, rasgo que caracteriza perfectamente al Emperador Maximiliano, rehusó montarle porque, á su lado, su gefe de estado mayor el viejo general Castillo, y el príncipe de Salm iban á pié.

Se detuvo despues un momento en el palacio departamental, de donde expidió al general Miramon órden de reunir cuantas fuerzas pudiera, y acudir con ellas.

Durante aquel tiempo el coronel republicano Rincon Gallardo, siempre guiado por López, penetraba al centro de la plaza, se apoderaba de la torre y del convento de San Francisco, donde se encontraba nuestro parque general, y hacia prisionero al gefe de escuadron de artillería Becerra, que mandaba allí y habia recibido al traidor sin desconfianza alguna.

Pocos momentos despues la escolta imperial y el escuadron de húsares austro-mexicanos, que iban á incorporarse con el Emperador, pasaron por San Francisco. López, que era su gefe directo, los detuvo al paso, les ordenó echar pié á tierra,

hizo prisioneros al capitán Paulowski, á sus oficiales y á los de la escolta imperial, y mandó á los soldados que depusieran sus armas, que recogieron inmediatamente los republicanos; y lo mismo hizo con todos los destacamentos que encontró.

Hecho esto, López, seguido de una fuerza republicana, á la que se adelantó un poco, se dirigió al palacio departamental, adonde hemos dejado al Emperador esperando á Miramon. El traidor se presentó hipócritamente ante el Soberano, que le preguntó asombrado:

—¿Pero qué es lo que pasa, coronel?

—Señor, contestó López, señalando á los republicanos que desembocaban por una calle; todo se ha perdido. Mirad, el enemigo nos sigue de cerca.

No comprendiendo bien todavía la traición de su ingrato protegido, el Emperador esperó un momento que la tropa designada por López fuese nuestra guardia municipal, y aun envió á un oficial á reconocerla. López insistió entónces con el amo á quien traicionaba, para que se dejase ocultar en una casa vecina. El Emperador rehusó desdeñosamente.

El oficial que habia partido para reconocer la tropa que se adelantaba, volvió á todo galope á anunciar que era el enemigo. No teniendo ninguna fuerza respetable á la mano y no pareciendo Miramon, el Emperador dió la órden de retirarse al Cerro de las Campanas.

López se guardó muy bien de seguir al Soberano, y se incorporó en el acto á los republicanos para servirles de nuevo con su infamia.

Miéntas que todo esto pasaba en una parte de la ciudad, el general Miramon, hallándose desde muy temprano en la calle y sabiendo de repente que los republicanos entraban en la Cruz, se dirigia hácia este último punto, donde creia al Emperador en peligro, cuando fué encontrado por un desta-

camento republicano. Un oficial se adelantó y disparó sobre el general varios tiros de revólver de los que uno mató á su ayudante Ordoñez.

Miramon, recobrado de su sorpresa, toma su pistola y apunta al oficial. En el mismo instante recibe una bala en la mejilla derecha. Responde tiro por tiro; pero aturdido y cegado por el dolor, no da, á pesar de su destreza ordinaria, al oficial enemigo, y emprende la retirada descargando sus últimos tiros y conteniendo, con su pañuelo, la sangre que se escapa con abundancia de su herida.

Se le llevó á casa de un médico, que despues de haberle vendado fué á denunciar su presencia á los republicanos.

El general Mejía, mas afortunado, lograba llegar al Cerro de las Campanas con una pequeña fuerza de caballería, y se reunia con el Emperador.

El coronel Gonzalez, de los dragones de la Emperatriz, advertido á tiempo, mandaba ensillar á toda prisa y acudia á formar su regimiento en el llano situado al pié del Cerro.

El Emperador no esperaba mas que la llegada del general Miramon, cuya suerte ignoraba, para abrir un portillo.

Todos los hechos que acaban de leerse pasaban con una rapidez increíble; simultáneamente llegaban á todas las líneas, como conducidas por corrientes eléctricas, las funestas noticias de la entrada de los republicanos á la plaza, de la traicion del coronel López, de la herida del general Miramon y de la presencia del Emperador en el Cerro de las Campanas.

La confusion era horrible. Los republicanos repicaban á vuelo con las campanas de las iglesias de la Cruz y San Francisco, y disparaban sobre cuantos encontraban en las calles.

Los gritos de *¡viva la libertad!* la idea de que todas las líneas de defensa se hallaban amenazadas por detras, el asalto que se disponian á dar los sitiadores, las descargas de artille-

ría, la aparición de los republicanos en diferentes puntos, todo hizo nacer un pánico general. Nuestros mejores gefes perdieron la cabeza. Casi todas las fuerzas sitiadoras, ménos la caballería, se introdujeron en las calles de la ciudad. Nuestro pequeño ejército desapareció en algunos minutos, dispersado ó hecho prisionero.

Instintivamente los oficiales trataban de llegar al Cerro de las Campanas. Algunos, bien montados, lo lograban, pero los que se hallaban á pié eran prontamente alcanzados por los republicanos.

Desde el Cerro de las Campanas el Emperador veía y dominaba ese desastre inmenso é irreparable, sin poder hacer nada para detenerle.

En aquel momento el Cerro de las Campanas presentaba un espectáculo verdaderamente punzante.

La especie de reducto que le coronaba, además de su guarnición, estaba lleno de oficiales y de soldados de todos cuerpos y de todas armas, que se habían refugiado allí como náufragos en una balsa. A cada momento llegaban otros nuevos, y había la necesidad de hacerlos abandonar sus monturas y aun de rehusarles la entrada; pero más humanos que el comandante, los artilleros los dejaban penetrar por las troneras.

El reducto era el punto de mira de todas las baterías sitiadoras. Los republicanos volvían también contra el Cerro nuestras propias piezas de que acababan de apoderarse.

La posición era insostenible. Así es que el Emperador aguardaba á Miramón con impaciencia, preguntaba á cada momento si no se distinguía á este último entre los grupos que corrían á rienda suelta hácia el Cerro, é interrogaba á los recién llegados para adquirir noticias suyas.

—«Solo á él espero, decía el Emperador á los generales «Castillo y Mejía; no quiero dejarle atrás.»

Pero despues de haber formado su regimiento de dragones de la Emperatriz, el coronel Gonzalez se presentó al Emperador para pedirle instrucciones; le dijo que Miramon habia sido herido en la mejilla y que iban á hacerle una dolorosa operacion.

Afectado por esta noticia, el Emperador llamó aparte á los generales Mejía y Castillo, y les preguntó si, francamente, les parecia posible romper las líneas del enemigo.

El general Mejía tomó un anteojo de larga vista, y despues de haber examinado atentamente la situacion de las líneas y de las masas de caballería republicanas, así como los obstáculos que habia que vencer, contestó:

—«Señor, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena, trataremos de hacerlo: en cuanto á mí, estoy dispuesto á morir.»

Era preciso, sin embargo, tomar una determinacion. El fuego de la artillería republicana redoblaba; los proyectiles llegaban y se cruzaban en todos sentidos en el reducto. No se podian contestar mas que con cinco ó seis piezas. Las columnas sitiadoras se acercaban. Los dragones de la Emperatriz no podian permanecer por mas tiempo formados á descubierto al pié del Cerro, sin ser prontamente exterminados por una lluvia de proyectiles. El coronel Gonzalez y sus valientes oficiales contenian con dificultad á los dragones. Estos, cuyas filas eran clareadas á cada momento, querian cargar ó ponerse á cubierto.

Convencido de la imposibilidad de sostenerse por mas tiempo y de la inanidad de toda esperanza, el Emperador se decidió á enviar á su oficial de órdenes, Pradillo, como parlamentario, á Escobedo, á fin de pedir garantías para sus oficiales y tropas, y ofreciéndose él, en sacrificio, al enemigo.

Pradillo bajó y se lanzó á todo galope en el llano, en busca

de Escobedo, mientras que se enarbolaba la bandera blanca y se callaban los pocos cañones del Cerro.

Parece que estas señales elocuentes no bastaron á los republicanos, porque su artillería continuó dirigiendo una granizada de proyectiles llenos y huecos contra el Cerro, mientras que su infantería se adelantaba impunemente por todas partes.

Ante este último acto de deslealtad, el Emperador comprendió que todo había concluido, y sin esperar la vuelta del parlamentario, que era ya inútil, se rindió á discreción á los gefes republicanos Riva Palacio y Corona. Los dragones de la Emperatriz se dispersaron.

Por indicación de los gefes republicanos el Emperador bajó del Cerro para ser conducido, con su numeroso séquito, al convento de la Cruz.

Allí el monarca vencido tuvo que sufrir un primer ultraje.

Un miserable, presa de la embriaguez, hizo ostentación de su infamia ante el Emperador.

Este cobarde, llamado Dávalos, antiguo gefe de auxiliares de la división Márquez, que se había pasado vergonzosamente á los disidentes un año ántes, después de haber sustraído la caja de su cuerpo, había sido, como de costumbre, bien acogido por nuestros adversarios, que hicieron de él uno de sus gefes importantes.

Llegado uno de los primeros ante el Emperador, este Dávalos tomó su revólver, le preparó y dirigió el cañon varias veces á la cabeza y al corazón del augusto vencido, preguntándole con cólera, si efectivamente era Maximiliano.

Nuestros oficiales, testigos de aquella escena iban á echarse sobre aquel miserable y á tratarle como merecía. De ahí debía seguirse una lucha sin cuartel. El Emperador, para im-

pedirlo, dió una nueva prueba de sangre fria, y sin hacer un gesto de temor, sonriendo desdeñosamente, contestó que, en efecto, no era otro que Maximiliano.

El bandido, vencido por aquella sangre fria y aquel grande aire de majestad ofendido, bajó su arma, y movido por un capricho de borracho rogó al Emperador le concediese el favor de un abrazo cordial. El Soberano consintió, y su uniforme fué manchado con el contacto de Dávalos.

Por fortuna llegaron Riva Palacio y Escobedo, quienes trataron al Emperador con mas consideracion.

El Emperador entregó su espada al general en gefe de los republicanos, que la dió á uno de sus ayudantes para que fuese enviada á Juarez.

Durante algunos minutos el Emperador y Escobedo hablaron á parte, y despues, montando de nuevo á caballo y seguidos de los oficiales imperiales y de una fuerte escolta, se dirigieron hácia la Cruz, atravesando la ciudad. La poblacion se hallaba espantada y consternada.

Llegados á la plaza de la Cruz, el augusto prisionero echó pié á tierra lo mismo que sus fieles servidores. Se les hizo abandonar sus caballos, sus armas, y entraron, como reos de Estado, en una prision.

Cuando Querétaro caia así en poder de los que la habian sitiado durante setenta y un dias sin lograr jamas penetrar en ella, el general Mendez, sorprendido en su casa y no pudiendo reunirse al Emperador en el Cerro de las Campanas, porque ya el camino estaba interceptado cuando se le despertó, aceptaba un refugio en una casa segura, ofrecido por un amigo generoso.

El general Arellano, sorprendido tambien en su alojamiento, se salvaba por su presencia de ánimo, haciéndose pasar por un subalterno sin importancia, y dando á los que le aprehen-

dian un precioso reloj y todo el oro que llevaba; despues, libre de ellos, lograba escaparse por las azoteas de su casa.

Varios gefes y oficiales caian al mismo tiempo víctimas de los rencores particulares y de la exaltacion de los sitiadores.

El coronel Santa Cruz, del 4º de Lanceros, ya herido en el cuello y cierto de ser fusilado si caia vivo en poder de los republicanos, no escuchó mas que su desesperacion y trató de abrirse paso. Su temeridad le costó la vida. Cayó acribillado de heridas. Costó trabajo reconocer al dia siguiente su cadáver.

El coronel Campos, gefe de la escolta particular del Emperador, fué separado de los prisioneros, á quienes se conducia á la Cruz, y aunque herido, llevado á un lugar próximo á la plaza, donde se le fusiló.

X

Pateo.—El teniente coronel republicano Castañeda y sus oficiales.—Un desertor.—
Los hermanos Q.—La guerrilla de Simon Gutierrez.—Nos llevan á Querétaro.—Vuelvo á ver á López por última vez.—Nos encierran.

La recepcion que se nos hizo en Pateo fué mejor de lo que nos la esperábamos, y disipó, en parte, el temor que teniamos de ser ejecutados prontamente y en masa.

Fuímos puestos bajo la custodia de un batallon de la division Riva Palacio, mandado por un oficial superior llamado Castañeda, que se condujo con nosotros como hombre decente.

Sus oficiales, jóvenes de México en su mayor parte, nos trataron tambien con cortesía. A ejemplo de su gefe llevaron su bondad hasta hacer participar de su almuerzo á los que tenían mas hambre de entre nosotros.

Algunos vendedores que abusaban de nuestra posición para vendernos á precios exorbitantes el alimento mas ordinario, y sobre todo, el pan que era una golosina para nosotros, fueron echados vergonzosamente. Uno de ellos, mas codicioso que los demas, fué obligado á servir como soldado; su incorporacion forzada fué juzgada como un castigo poco severo.

Yo estaba muy admirado de los procedimientos de nuestros adversarios para con nosotros; pero se me hizo observar, con razon, que la casualidad nos habia favorecido poniéndonos bajo la vigilancia de un cuerpo que no tenia igual en todo el ejército republicano. En efecto, aquel batallon habia sido formado por Riva Palacio, gefe liberal moderado y convencido, que gozaba de la estimacion de ambos partidos á causa de su rectitud y de su lealtad. Naturalmente, semejante gefe tenia cuidado de la composicion de sus cuadros.

Muchos de entre nosotros encontraron conocidos, amigos, parientes y aun enemigos personales en el campo de los sitiadores.

Un oficial de lanceros fué reconocido por un antiguo suboficial, desertor de su escuadron. Este pícaro, ladron é indisciplinado, habia sido degradado y castigado severamente por el oficial de que hablo.

Convertido de nuevo en soldado, no trató de desertar como se habia creído al principio. Al contrario, se manifestó sumiso hasta el momento en que, en marcha, creyó encontrar una ocasion favorable para sublevar á sus camaradas y asesinar á sus gefes.

No consiguió sus fines. La sublevacion fué dominada por los oficiales; pero nuestro bribon, aunque herido, pudo escaparse y se pasó á los disidentes que hicieron de él inmediatamente un personaje.

En el momento de que hablo mandaba uno de sus escua-

drones de partidarios, y se paseaba entre nosotros pareciendo buscar á alguno. De repente reconoció á su antiguo jefe, y vomitando blasfemias y groseras injurias, sacó su sable y se lanzó con rabia sobre aquel desventurado, dándole redoblados golpes y abrumándole de insultos.

Nuestro camarada, desarmado, no podia defenderse; perdia su sangre, y vencido por el dolor daba gritos desesperados. Costó trabajo quitarle de las manos del furioso desertor. Fué preciso que los oficiales republicanos acudiesen é interviniesen.

Tambien me conmovió mucho una escena de otro género.

Un jefe de ingenieros de las tropas republicanas, llamado Q..... que gozaba de grande influencia con Escobedo, tenia un hermano jóven que servia en la misma arma en el ejército imperial.

Alumno del colegio militar de Chapultepec, este último habia combatido á los franceses durante la defensa de Puebla, á las órdenes de su hermano mayor, y como este último, habia sido hecho prisionero y conducido á Francia.

Cuando recobraron la libertad los dos hermanos, volvieron á México. El mayor no reconoció al Imperio y volvió con los republicanos. Habria deseado que su hermano menor le siguiese; pero este último se rehusó á ello, declarando que si habia combatido contra la intervencion en Puebla, era porque ignoraba su verdadero objeto; pero que conociéndole, no solamente no la combatiría ya, sino que, por el contrario, cumpliría con su deber de soldado sirviendo al gobierno establecido. Los dos hermanos se separaron disgustados para siempre.

En Querétaro Q..... era uno de nuestros mas valientes y encantadores oficiales de ingenieros.

Apénas habiamos llegado á Pateo, cuando su hermano mayor, inquieto por su suerte y buscándole por todas partes, fué á verle.

Su entrevista fué de las mas penosas.

—Vaya, dijo el mayor con una frialdad afectada y adelantándose lentamente, ya estais aquí, señor.

Conmovido y humillado el menor, no halló nada que responder; bajó los ojos, y se le escaparon en silencio algunas lágrimas.

El mayor pareció vacilar un momento, despues acabó por tender la mano á su hermano y cayeron en los brazos el uno del otro.

Nos alejamos discretamente para no turbar su expansion.

Como á las diez de la mañana se nos mandó formar entre dos filas de soldados de caballería á todos los que éramos oficiales. El teniente coronel Castañeda se despidió de nosotros. ¡Cuánto sentímos no quedar bajo la custodia de un hombre tan excelente! Pero fué preciso partir.

Nos alejamos de Pateo tomando la direccion contraria á Querétaro, la del cerro de Carretas.

Los soldados de la escolta nos dirigian palabras muy poco tranquilizadoras sobre nuestra suerte futura.

Algunos tímidos creyeron adivinar que se nos alejaba intencionalmente de Querétaro para conducirnos á la Cañada, lugar desierto y propio para un fusilamiento.

Gracias á la disposicion de los ánimos y á la experiencia de muchos de los nuestros, este temor se comunicó casi á todos y se cambió en terror mal disimulado, cuando, haciendo alto bajo el acueducto, supimos que nuestra escolta no era ni mas ni ménos que la guerrilla de Simon Gutierrez, gefe famoso en las provincias de Jalisco y de Zacatecas, donde los franceses le habian perseguido largo tiempo y derrotado muchas veces sin lograr aprehenderle.

Los guerrilleros, advirtiendo sin duda nuestra disposicion de ánimo, se divirtieron con nosotros hasta el momento en que,

poniéndonos de nuevo en marcha, dímos vuelta á la derecha para volver á entrar á la ciudad por el camino de México. Se nos habia hecho tomar aquel largo camino, simplemente porque nuestra escolta de caballería no podia atravesar las líneas de circunvalacion.

Pasamos á lo largo de las paredes del jardin de la Cruz. Volví á ver el cementerio y la tronera por donde el enemigo habia sido introducido por López durante la noche.

Se nos hizo entrar á la ciudad por una brecha recientemente ejecutada en la flecha situada á la izquierda del convento.

La plaza de la Cruz presentaba un aspecto indescriptible.

El campanario, las azoteas y las ventanas del hospital estaban llenos de republicanos que nos veian llegar con curiosidad.

Algunos oficiales á caballo reunian nuestra artillería y nuestros carros, sirviéndose de nuestros conductores, á quienes trataban brutalmenté y amenazaban de muerte á la menor demostracion de mala voluntad. Por otro lado, nuestros soldados, desarmados y confundidos, estaban encerrados entre batallones que los guardaban de vista. Se reunian nuestras armas y nuestras municiones.

Aquel espectáculo de nuestra ruina me parecia un sueño. Pero luego no pudimos contener nuestra indignacion. En medio de aquel tumulto acabábamos de ver á López frente á su antiguo alojamiento. El miserable estaba á pié, siempre de grande uniforme, con el codo apoyado sobre la silla de su magnífico caballo, y miraba con aparente impasibilidad aquella escena, obra suya!

XI

La Cruz convertido en prision.—Otra vez el hambre.—Lo que habia sucedido al general Márquez.—Los desertores del ejército frances van á visitarnos.—Accidente y pequeña carnicería.—El capitan Ruiz.—Nos trasladan al convento de las Teresas.—El Emperador nos sigue.—El general Mendez cae en poder de los republicanos.—Mi despedida del general Mendez.—Ejecucion del general Mendez.—El general Arellano se escapa de los republicanos.—Se decide de nuestra suerte.

Se nos hizo entrar en la nave principal de la iglesia contigua al convento de la Cruz, donde se encontraban ya gran número de nuestros camaradas á los que volvimos á ver con gusto.

El aspecto de aquella gran reunion de oficiales encerrados en una iglesia degradada y despojada de sus antiguos ornamentos, era lastimoso.

A cada instante llegaban nuevos compañeros de cautiverio. Nos estrechábamos la mano con efusion.

Pero el hambre se dejó sentir de nuevo. No se hizo ninguna distribucion. Aquellos de nosotros que habian conservado algun dinero fueron los únicos que pudieron darse la satisfaccion de comer. Habia algunos que caian de inanicion.

La disciplina, esa potencia formidable que multiplica hasta lo infinito los medios de la fuerza, habia desaparecido para hacer lugar á la debilidad individual, al egoismo personal, y á un vil temor: ante la familiaridad, consecuencia de un desastre comun, decaia el prestigio de los grados.

El deseo de apaciguar el hambre y la esperanza de recobrar pronto la libertad, eran los únicos objetos de nuestras preocupaciones. Los oficiales superiores se consideraban como con-

denados; pero los subalternos contaban con su poca importancia para salvar su vida. Algunos fanáticos proyectaban una reaccion terrible ó la guerra de las montañas. Se buscaba un suplicio nuevo que aplicar á López, y no se hallaba ninguno bastante cruel.

De esa manera pasamos tres dias de angustias, de hambre y de sufrimientos.

Solo una cosa me consolaba: el general Mendez no habia caido en poder de los republicanos. Estos le buscaban con encarnizamiento por toda la ciudad. Yo esperaba que lograria escapárseles y que algun dia podria reunirme con él. Tampoco descubrian al general Arellano. Muchos oficiales republicanos, atraidos mas bien por la curiosidad que por el interes, fueron á visitarnos, así como la mayor parte de los desertores del ejército frances admitidos cón gusto al servicio de la República.

Nos contaron la verdadera causa del retardo incomprensible de Márquez.

Este, despues de su partida de Querétaro en la noche del 22 al 23, se habia dirigido á marchas forzadas á México, seguido por una partida de caballería de los sitiadores, mandada por Guadarrama. Llegado á México, Márquez habia cometido faltas sobre cuyo carácter nada diré aquí; y en vez de volver á Querétaro con refuerzos, se habia puesto en marcha sobre Puebla, para auxiliar á la guarnicion sitiada por los republicanos de Oriente y del Sur al mando de Porfirio Diaz. *

Segun dicen todos los que acompañaron al general Márquez en ésa expedicion, este último fué muy culpable ó muy desgraciado. En suma, fué derrotado por completo en San Lorenzo, por Porfirio Diaz, al que se habia reunido Guadarra-

* Véase á este respecto las apreciaciones de la conducta del general Márquez en *Los últimos momentos de un Imperio*, por el general R. de Arellano.—LACROIX Y C^ª, editores.

ma, y abandonó sus tropas para volver á toda prisa á México.

Con la guarnicion de México, las de las ciudades vecinas, los restos de la division derrotada en San Lorenzo y salvados por el coronel de los húsares austro-mexicanos, Khevenhüller, y el coronel de nuestros valientes ginetes fronterizos, Quiroga, se encerró en la capital, donde se encontraba sitiado en el momento de la caida de Querétaro. La rendicion de México era cuestion de tiempo.

Nada habia, pues, que esperar por aquel lado.

Los desertores europeos de quienes he hablado mas arriba, trataron de hacérsenos agradables ofreciéndonos sus servicios. Algunos se manifestaron hasta impudentes. Todos nos consideraban como muertos y nos causaron buenas angustias contando con énfasis los detalles de la ejecucion de ciento ocho franceses de la gendarmería de Guadalajara, hechos prisioneros en San Jacinto, y ofreciéndonos generosamente hacer llegar nuestros últimos adioses á nuestras familias.

Los generales, así como el Emperador, se hallaban estrechamente guardados.

El 16 se separaron los oficiales inferiores de los superiores. Estos se quedaron en la primera nave y nosotros pasamos á la segunda.

El mismo dia tuvo lugar entre nosotros un acontecimiento que habria podido tener horribles consecuencias. La nave en que estábamos amontonados habia servido, algunas horas ántes de nuestra instalacion, de depósito de las municiones tomadas á nuestras tropas, y el suelo estaba todavía cubierto de pólvora y de cartuchos inutilizados.

Sucedió que al anochecer, en el momento en que los oficiales de la guardia republicana pasaban lista y nos contaban, un fumador dejó caer un tiro de cigarro en un reguero de pólvora.

vora. Esta se inflamó y comunicó el fuego á algunos cartuchos. La iglesia se iluminó un momento. Al pronto, la guardia, no comprendiendo mas que nosotros la verdadera causa de lo que sucedia, creyó en un levantamiento é hizo fuego sobre la masa de prisioneros; hubo entónces un tumulto horrible. Creímos que se nos iba á asesinar á puerta cerrada y en la oscuridad.

La guardia habia colocado ya un obus de montaña cargado con metralla, bajo el portal que estaba en frente de nosotros, é iba á disparar, cuando, por fortuna, un general republicano que echaba pié á tierra frente á la Cruz, justamente en aquel momento, acudió á las primeras detonaciones, hizo cesar el fuego y nos habló con cierta bondad. Hubo explicaciones. Se comprendió la equivocacion. Por desgracia habia ya muertos y heridos. Entre los primeros se cõntaba el comandante de la guardia, muerto en la confusion de aquella escena por sus propios soldados, y entre los segundos habia un jóven capitán de dragones de la Emperatriz, llamado D. José María Pio Ruiz, condecorado con la Legion de honor. Le recargamos contra una pared, sin acordarnos mas de él. Toda la noche exhaló sordas quejas que á pesar de mi endurecimiento me causaba mal oír. Pedia agua sin cesar, pero no habia que darle. Al dia siguiente por la mañana ví que tenia rota una rodilla. Fué conducido al hospital con los demas para que se le amputara, pero no pudo soportar la operacion, y murió.

El 17 de Mayo nos trasladaron con el Emperador al convento de las Teresas, cuyas religiosas acababan de ser exclaustradas.

Nuestra posicion se mejoró un poco. El convento de las Teresas es vasto, elegante, y contiene numerosas celdas conservadas entónces con aseo. Al cabo de algunos dias se comenzaron á hacer distribuciones de alimentos. Ya era tiempo.

Sin la buena y caritativa poblacion de Querétaro, habriamos muerto de hambre.

El 19 recibí el mas doloroso golpe. El general Ramon Mendez, buscado con encarnizamiento, fué descubierto al fin en una casa del centro de la plaza, donde habia aceptado un refugio cuando, sorprendido como todos, se vió en la imposibilidad de reunirse con el Emperador.

Fué conducido al convento de las Teresas en la noche del 18 al 19. Le ví por última vez como á las ocho de la mañana.

Al verme se sonrió conmigo, me tendió los brazos y me hizo el honor de estrecharme amistosamente en ellos. Yo habia sido su intérprete militar y su secretario íntimo. Le profesaba una adhesion absoluta. Cierta de ser fusilado inmediatamente, recomendó su familia á su mejor amigo, al coronel D. Juan Berna. Algunos minutos despues fueron á buscarle para llevarle á fusilar á la Alameda. Manifestó una firmeza admirable, encendió un cigarro y fué á estrechar la mano á los demas generales. El general Mejía le dijo con las lágrimas en los ojos:

—Mendez, estoy cierto de que sereis hoy delante de esas gentes lo que habeis sido siempre.

—No tengais cuidado, D. Tomás, respondió el general Mendez.

Quiso ver tambien al Emperador; este, conmovido, le dijo:

—Mendez, no sois mas que la vanguardia; muy pronto irémos á reunirnos con vos.

Los republicanos le llevaron á una iglesia vecina, donde le concedieron dos horas para confesarse, comulgar y ver á su familia por última vez.

Muy pronto espiraron las dos horas concedidas. Su mujer, su hermana y su hijo, de diez años de edad, sollozaban y le tenian enlazado en sus brazos. Los sacerdotes y los republi-

canos no podían contener sus lágrimas. Por fin, un oficial republicano hizo una señal que solo el general vió y que quería decir: es preciso partir.

Temiendo sin duda desfallecer si se prolongaba esa lastimosa escena y tenía que dar un supremo adiós á los seres que amaba mas en el mundo, el general les hizo creer que tenía algo muy importante que comunicar á una persona, y que debía alejarse de ellos un momento para volver en seguida. Los dejó con esa esperanza y no volvió.

No quiso permitir que le vendasen los ojos. Fué conducido á la Alameda entre filas de tropas. La poblacion había acudido á su paso y le miraba con respeto. Saludaba sonriendo á todos los que conocía.

Su muerte, que contaré en otro lugar, fué heroica y sublime.

Aquel valiente soldado, de corazón de bronce, modelo de lealtad y de honor, fué fusilado por detrás como *traidor!*

En la casa frente á la cual cayó, y que estaba llena de oficiales republicanos que veían la ejecución desde el balcón y las ventanas, se había escondido el general Arellano, que aguardaba allí con impaciencia el momento oportuno para escaparse de la plaza, y concebía el increíble proyecto, que ejecutó con su audacia habitual, de pasar por entre los republicanos disfrazado de mozo de estribo, y de introducirse á la capital para concurrir á su defensa, atravesando también las líneas de Porfirio Díaz que la sitiaba.

Aquí comienza para mí una cautividad de seis meses que me pareció muy larga y que fué muy dolorosa algunas veces.

Al concluir la noche se nos separó del Emperador, á quien se encerró mas estrechamente aún con Miramón y Mejía en el convento de las Capuchinas, y después, de los oficiales superiores.

El gobierno de Juarez, retrocediendo ante la imposibilidad de fusilar tanta gente á un tiempo, y temiendo dar un pretexto de intervencion al gobierno de Washington, cuya actitud era amenazadora, decidió definitivamente de nuestra suerte.

Los tenientes y subtenientes de origen mexicano fueron puestos en libertad bajo la sobrevigilancia de las nuevas autoridades. Los de origen extranjero permanecieron presos.

Los oficiales superiores enviados á Morelia fueron los mas desgraciados. Alojados en la cárcel pública con los presidiarios y los criminales, fueron abrumados de malos tratamientos, miéntras que López y su cómplice Yablouski habian vuelto á su casa con oro, pero cargados tambien con el desprecio universal y con nuestras maldiciones.

Los capitanes mexicanos y los subalternos extranjeros fueron divididos en tres grupos y dirigidos á Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí.

La casualidad me colocó en el último.

Los suboficiales perdieron sus galones, y como nuestros soldados, fueron refundidos á pesar suyo en el ejército republicano. Creo inútil decir que con el tiempo y la ocasion casi todos desertaron.

El Emperador, Miramon, Mejía, permanecieron en Querétaro para ser..... *juzgados!*



CUARTA PARTE



JUICIO Y MUERTE DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.

I

Juicio y condenacion á muerte del Emperador y de los generales Miramon y Mejía.

Una vez el Emperador y nuestros mejores generales caidos en poder de los republicanos, era de esperarse que estos últimos escribiesen con sangre los decretos que debian decidir de la suerte de los vencidos.

Sin embargo, como he dicho ántes, trascurrieron algunos dias sin que los ilustres prisioneros supiesen positivamente cuál era el porvenir que les estaba reservado. Se habria dicho que Juarez y sus partidarios vacilaban ante la idea de condenar á muerte al valor desgraciado. En fin, la duda cesó el 23 ó el 24 de Mayo, fecha en que se conocieron las resoluciones del gobierno republicano. Ya he dicho tambien que ante la imposibilidad moral de fusilar cerca de quinientos oficiales, generales, superiores y subalternos, ese gobierno condenó á las dos primeras clases y á los extranjeros, á prision. El Emperador y los generales Miramon y Mejía, que habian tenido mandos superiores en el ejército imperial, permanecieron en Querétaro para ser juzgados en un proceso especial, así como los demas generales, el ministro García Aguirre y los agentes

principales de la administracion militar, que debian ser sometidos á un juicio separado, pero idéntico en la forma.

La ley republicana del 26 de Enero de 1862, ley bárbara é inconstitucional, porque emanaba del poder ejecutivo y no del poder legislativo, debia servir de norte en el proceso del Soberano y de sus compañeros de infortunio.

Aunque la pena de muerte por los delitos políticos estuviese dizque abolida por la Constitucion de 1857, la ley del 26 de Enero—si es lícito profanar el nombre de ley aplicándole á las medidas de venganza de los partidos—arancaba la vida á los que tenian la desgracia de verse sometidos á su aplicacion. Decretada en un momento de pasion y de desesperacion, por hombres que se sentian arrastrados por la irresistible fuerza de acontecimientos contrarios á sus intereses, inventada para espantar á enemigos tenaces y decididos, con la esperanza de arrancarles por el terror una sumision que en vano se pedia á su voluntad, esta ley, lo repetimos, era una sentencia de muerte inevitable desde el momento en que estaba suspendida sobre la cabeza de alguno.

A las consecuencias fatales y crueles de esa ley implacable se quiso agregar tambien la humillacion de las víctimas. Un consejo de guerra ordinario, con un oficial superior por presidente y seis capitanes por jueces, debia ser y fué efectivamente el tribunal encargado de juzgar al Soberano y á los dos fieles generales.

Ademas, la rapidez del procedimiento que se siguió en esa causa, ya tan profundamente irregular, dejó á los acusados sin defensa propiamente dicha, y permitió pronunciar el juicio en el espacio de algunas horas.

La noticia de la resolucion de Juarez, cayó en Querétaro como un rayo. En efecto, detras de las engañosas fórmulas de un juicio inícuo y monstruoso, tanto en su curso y su fin

como en su origen, la imaginacion de todos, amigos ó enemigos, descubria tres tumbas para los tres mártires.

Al comenzar el proceso, el Emperador y sus generales fueron trasladados á la prision solitaria del convento de Capuchinas. Allí hicieron alto en su corta jornada entre la vida y la muerte.

El honor de defender al Soberano fué concedido á los abogados Riva Palacio, Martinez de la Torre, Ortega y Vazquez, notabilidades del partido liberal. Los dos primeros se trasladaron á San Luis Potosí, residencia del gobierno de Juarez, y los dos últimos permanecieron en Querétaro para llevar la palabra, á nombre del Emperador, ante el consejo de guerra.

A peticion del ilustre acusado, los representantes extranjeros cuya presencia no podia dañar al Emperador, se unieron á sus defensores para asistirlos y ejercer, si era posible, alguna influencia sobre el espíritu de sus enemigos.

Desde que comenzó el proceso, los defensores declinaron la competencia del consejo de guerra ordinario para juzgar los delitos de Estado. En efecto, segun la Constitucion, solo el Congreso republicano podia juzgar con alguna apariencia de legalidad un delito de Estado.

Aunque legal, esa oposicion, renovada durante el curso de los debates, fué constantemente desechada por Escobedo y por ese tribunal extraño é irrisorio, que juzgó sin apelacion la causa mas célebre de que hace mencion la historia del Nuevo Mundo.

La rapidez con que se sustanció la causa fué tal, que el 14 de Junio pudo instalarse el consejo de guerra para oír las defensas y pronunciar la sentencia. El teatro de Iturbide, cuyo nombre recuerda una inmensa gratitud, fué escogido para la representacion de aquella sangrienta comedia.

Parapetándose en la inviolabilidad de su soberanía, el

Emperador habia dejado á sus defensores el cuidado de disputar su vida á sus verdugos. El sentimiento de la dignidad imperial ofendida y el mal estado de su salud ocasionado por las fatigas del sitio, le retuvieron en su lecho, evitándole así la dura humillacion de comparecer ante aquel simulacro de tribunal.

Los generales Miramon y Mejía, ménos afortunados, tuvieron que sentarse en el banquillo.

El consejo se componia, como dijimos mas arriba, de un teniente coronel y de seis capitanes, y ya se sabe lo que eran los capitanes republicanos. El ministerio público se hallaba representado por un jóven que en recompensa de sus conclusiones por la pena de muerte, fué elevado súbitamente al puesto de oficial mayor del ministerio de Negocios extranjeros.

Los debates tuvieron lugar en el foro del teatro. La naturaleza del lugar, el aspecto de los jueces, el motivo de aquella representacion, todo daba al juicio las apariencias del desenlace de una comedia trágica y sangrienta.

En aquel proceso de tan alta importancia se confundieron con corta diferencia la acusacion y la defensa. El Emperador estaba acusado: de traicion á la patria, de usurpacion del poder público, de filibusterismo, de haber firmado el decreto de 3 de Octubre, y de haber querido prolongar la guerra civil estableciendo una regencia para el caso en que llegase á morir en campaña. Los defensores entraron al fondo de la cuestion con buena fé, pero sin poderse sustraer á la influencia de sus opiniones políticas, enteramente favorables á los republicanos.

Los defensores probaron que no siendo mexicano el Emperador ántes de aceptar el trono, no habia podido cometer el crimen de traicion á la patria; convinieron en que realmente habia habido usurpacion del poder público, pero que la gra-

vedad del delito estaba atenuada por las circunstancias de legalidad aparente con que se habia hecho su eleccion al trono. Rechazaron la acusacion de filibusterismo, como contraria á la conducta del archiduque— tal es el título que los republicanos afectaban dar siempre al Emperador— y demostraron que el decreto de 3 de Octubre era, en gran parte, la reproduccion de las leyes de la República, y que estaba muy léjos de ser tan sanguinario como estas últimas; ejemplo: la misma ley de 26 de Enero de 1862 que servia de base al procedimiento de que se trataba.

Ademas, la defensa, sin duda á causa de la prontitud con que fué escrita, no estuvo á la altura de la reputacion de sus autores ni en relacion con la inmensidad del peligro. Ante un tribunal sin conciencia y sin conocimientos que iba á pronunciar su sentencia obedeciendo á una consigna recibida, debian haberse dejado á un lado los compromisos y el derecho legal. La situacion demandaba una defensa á la vez enérgica, atrevida, patética; una defensa dirigida al corazon y no á la cabeza de los jueces, habria sido la única que hubiera ofrecido algunas probabilidades de buen éxito, si las habia.

Despues de los abogados del Emperador, tomaron sucesivamente la palabra los defensores de Miramon y de Mejía; en sus defensas habia las mismas faltas, las mismas debilidades de lenguaje y de argumentacion.

Audazmente y contra toda regla, el ministerio público reservó sus conclusiones para presentarlas despues de las defensas, á fin de atacar á los acusados por su lado mas débil, y de acumular contra ellos nuevos cargos.

El 15 de Junio, á las diez de la noche, el consejo de guerra que solo habia dilatado dos dias para expeditar ese memorable juicio, pronunció la sentencia de muerte. Escobedo, en su calidad de general en jefe de los republicanos, aceptó in-

mediatamente esa inícuca sentencia, y ordenó su ejecución para el día siguiente.

¡Qué terrible y misteriosa expiación debía tener ese crimen!

El presidente y uno de los jueces que acababan de prostituir de aquel modo su honor y su conciencia, debían morir asesinados, poco tiempo después, sucumbiendo sin gloria en una sublevación de antiguos soldados imperialistas, incorporados por fuerza en las tropas republicanas.

II

Ejecución del Emperador Maximiliano y de los generales Miramón y Mejía.

La noticia de esa condenación á muerte no sorprendió ni al Emperador ni á sus dos generales: ya se la esperaban. Desde que fueron sometidos á juicio, habían dado un supremo y último adiós á toda esperanza, y se habían resignado á morir.

Así es que el Emperador escuchó con la mayor tranquilidad la notificación del género de muerte que le estaba reservado. Sabía que su crimen consistía en el tamaño de su infortunio. Miramón, cuya alma crecía y se elevaba al acercarse el peligro, recibió el anuncio de su próximo fin con una sonrisa de indiferencia. Mejía, que contaba tal vez con el reconocimiento de Escobedo, á quien había perdonado la vida dos veces, se abatió mucho.

Pero ese golpe cruel hería otros corazones inocentes que no lejos de la prisión ó aquende el Océano, iban á ser quebrantados por el dolor: corazones de una madre anhelante, de mujeres amantes y de hijos adorados, seres queridos cuyos lazos de afecto estaban estrechados por el infortunio.

Desde el día en que al estrépito de la batalla sucedió la soledad del calabozo, los acusados concentraron todas sus afecciones y todos sus pensamientos en sus familias. Ante el recuerdo de su pasada grandeza, de la que no le quedaban mas que los homenajes de sus compañeros de cautiverio, ante la perspectiva del fusilamiento, cosas que se desarrollaban ante él como dos cuadros vivos, el Emperador consagró todos sus pensamientos á la bella é infortunada enajenada de Miramar, la Emperatriz Carlota, y á su amada madre la archiduquesa Sofía.

Pocos dias ántes de ser condenado, el Emperador habia recibido la falsa noticia de que la Emperatriz Carlota habia muerto. Entónces no pudo contener abundantes lágrimas, confesando, sin embargo, que aquella catástrofe le daba mas fuerza para aguardar su última hora, puesto que ya no dejaria en este mundo, sola y privada de razon, á la compañera adorada de su vida, y la encontraria mas allá de la tumba.

El general Miramon, mas feliz y mas infortunado al mismo tiempo que sus compañeros de agonía, recibia en su prision las consoladoras visitas de su mujer, y podia cubrir de besos á un pequeñuelo que le habia nacido durante el sitio. En cuanto al general Mejía, recien casado con una mujer jóven y linda, sus terribles sufrimientos eran centuplicados por ciertos síntomas de locura que se manifestaban en su esposa, y por el nacimiento muy reciente de un hijo que jamas debia conservar un recuerdo de su padre!

Pero esa lucha entre las mas caras afecciones y una muerte próxima, iba felizmente á tocar á su fin; y cuando los tres prisioneros recibieron la notificacion de la sentencia pronunciada por el consejo de guerra, su pensamiento se aisló de la tierra para elevarse á la Eternidad cuya puerta iba á abrirse para ellos.

De rodillas á los piés del confesor, confesaron las faltas y los errores de su vida.

Miéntras tanto, las horas que trascurrían entre la sentencia y su ejecucion habian pasado con la rapidez asombrosa que caracteriza la marcha del tiempo durante el último dia de la existencia del hombre. Era el 16 de Junio, y acababan de sonar las tres de la mañana. Los tres héroes y mártires se hallaban á la puerta de su prision para trasladarse al lugar del suplicio, cuando llegó la órden, enviada por Juarez, de suspender la ejecucion durante tres dias. Esta suspension, debida á las instancias de sus defensores Riva Palacio y Martinez de la Torre, pero ordenada á última hora, y despues de que los condenados habian sufrido ya todas las agonías de la muerte, fué para ellos mas bien un nuevo castigo que una última gracia, pues permitió prolongar todavía su suplicio durante mas de sesenta horas.

El Emperador aprovechó ese tiempo en arreglar sus últimas voluntades. Escribió á todos los soberanos, á todos sus parientes y amigos, á aquellos de sus servidores que le habian manifestado mayor adhesion, é hizo su testamento. En fin, envió un despacho á Juarez para pedirle la vida de sus generales, abandonando la suya para satisfacer la venganza del partido republicano. A esta noble solicitud del soberano, el gefe del gobierno republicano no se dignó siquiera hacer el honor de una respuesta.

En fin, despues de aquellos tres dias de tormentos llegó la noche del 18 de Junio. El Emperador se acostó en su catre de campaña, y bien pronto un sueño bienhechor fué á interponerse, como una tregua, entre las angustias pasadas y las futuras. Los que fueron sin hacer ruido á contemplar el último sueño del Emperador, pudieron oír latir su corazon como una péndula á punto de detenerse.

A las tres de la mañana el Emperador fué despertado por Escobedo que iba á despedirse de él, y despues de esa última visita, inoportuna é inútil, se durmió de nuevo.

Pocos momentos despues el alba naciente alumbraba los calabozos de los condenados á muerte. Estos se levantaron inmediatamente y aguardaron la hora fatal, como convidados que llegan los primeros á una cita.

Bajo las impresiones penosas de los acontecimientos pasados y en espera de los hechos todavía mas funestos y mas terribles que iban á producirse, los habitantes de la triste é inermecidad de Querétaro contaban, callados y afligidos, los cortos instantes que debian trascurrir ántes de la ejecucion; la ciudad parecia un desierto, y solo atravesaban las calles algunos hombres ó mujeres del pueblo urgidos por el hambre y yendo en busca del pedazo de pan que debia calmar sus sufrimientos y los de sus hijos.

Todos los habitantes á quienes no llamaban á la calle las mas apremiantes necesidades de la vida, se habian encerrado en sus casas, presa del mas profundo dolor. Aun nuestros mas feroces adversarios parecian consternados. Su conciencia clamaba contra el crimen que se iba á cometer. Los clarines que tocaban llamada, los tambores que batian la marcha de las tropas destinadas á formar el cuadro de ejecucion, eran los únicos indicios de agitacion.

A las seis de la mañana, el silencio sepulcral que reinaba en la prision de Capuchinas fué interrumpido por el ruido del trote de la caballería que llegaba para escoltar á los condenados hasta el lugar del suplicio, y por el que hizo la guardia al tomar las armas. El que mandaba la ejecucion fué á poner en conocimiento de los prisioneros que iba á sonar la hora de la muerte. Inmediatamente el Emperador y sus dos generales salieron de su prision, atravesaron con paso firme los corredo-

res, bajaron, con la cabeza erguida, las escaleras, y salieron á la calle donde los esperaban tres coches de alquiler y la escolta de caballería.

Los tres hombres heróicos, acompañado cada uno de un sacerdote, subieron á los coches que les estaban destinados. Mejía en el primero, Miramon en el segundo, y el Emperador en el tercero. El convoy fúnebre, verdadero triunfo de la muerte, sobre el cual flameaba el sangriento pendon de la anarquía, se puso en marcha precedido y seguido por los soldados de la escolta, mústios y silenciosos. De cada lado de aquel pequeño cortejo iban con el mas profundo silencio, la cabeza descubierta y los ojos llenos de lágrimas, una multitud de hombres y de mujeres del pueblo, que crecia á cada momento. Las azoteas y las ventanas de la ancha calle que, trazada del Este al Oeste, conduce del convento de Capuchinas al llano donde se levanta el Cerro de las Campanas, así como las de las calles adyacentes, se hallaban llenas de personas que querian dirigir una última mirada y decir un silencioso y supremo adios á los tres mártires que amaban y estimaban. Millares de semblantes en los cuales se pintaban la desesperacion, la indignacion y el terror, ó cuando ménos el respeto, tal era el espectáculo que se ofrecia á la vista de los tres condenados, á cada paso que los acercaba al lugar de la ejecucion.

Por espacio de media hora que duró la marcha del convoy, la vida de aquella poblacion pareció paralizada. No se oia mas que el monótono rodar de los coches, el ruido de las herraduras de los caballos, los sordos gemidos de la multitud, las preces que los sacerdotes pronunciaban al lado de los condenados haciéndoles besar un erucifijo, y el lúgubre toque de agonia, lanzado en medio de los aires por las campanas de los templos.

En fin, á las seis y media de la mañana el Emperador y sus dos generales llegaron al Cerro de las Campanas. Cuatro mil hombres formaban el cuadro en la parte occidental de aquella colina. El lugar del suplicio estaba señalado con tres cruces.

Los ilustres condenados bajaron de los coches y fueron á colocarse en el lugar que les estaba designado.

Era un dia de estío, estacion durante la cual la naturaleza viste con sus mas ricos atavíos las bellas campiñas del interior de México. Pero esa naturaleza vista á traves del prisma del dolor general, perdia entónces todos sus encantos. Los pálidos rayos del sol levante, penetrando las nubes vaporosas de la mañana, alumbraban con una luz triste y amarillenta el pintoresco valle de Querétaro, especie de circo, donde en lugar de un gladiador vulgar, el mismo César iba á morir. Al aspecto en otro tiempo risueño y caprichoso de aquel hermoso valle donde se eleva, como un centinela avanzado de la ciudad de Querétaro, el Cerro de las Campanas, habia sucedido una extraña y penosa monotonía. Los alrededores de la ciudad habian perdido sus árboles y su verdura. Se habria dicho que esas nubes de langostas, plaga de ciertos países del mundo, se habian detenido allí. A lo léjos se veia todavía las huellas de todas las devastaciones de la guerra.

Los zopilotes, esas aves carnívoras y asquerosas que en México disputan á los gusanos la presa de los restos mortales, y que habian afluído en número siempre creciente á los alrededores de Querétaro, atraídos por la carnicería de los combates, habian emprendido su vuelo á la llegada de la multitud, y volaban dando vueltas encima de los condenados, como en espera de un festin.

La imaginacion del Emperador y de sus generales, la de todos los demas actores ó testigos de aquella terrible escena,

se representaba sin duda en el llano y en las montañas circunvecinas las peripecias de la última lucha, y parecía que los muertos, ellos también, saliendo de debajo de la tierra, iban á asistir á aquel terrible desenlace.

Cuando el Emperador, Miramon y Mejía estuvieron colocados, el fiscal leyó en alta voz el artículo de la ley militar, que condenaba á muerte á cualquiera que pidiese la vida de los reos. El Emperador, glorificando el valor del general Miramon, le cedió el puesto de honor; al general Mejía, cuya esposa, loca de dolor, corria por los alrededores con su hijo en los brazos, le dirigió palabras de consuelo; habló bondadosamente al oficial que mandaba el peloton de ejecucion, que le manifestaba cuánto sentia estar encargado de semejante servicio, dió á cada uno de los soldados que iban á hacer fuego sobre él una onza de oro, recomendándoles no le tirasen á la cara; despues, dirigiéndose al pueblo, dijo con voz fuerte: «MEXICANOS, VOY Á MORIR POR UNA CAUSA JUSTA: LA DE «LA INDEPENDENCIA Y LIBERTAD DE MÉXICO. ¡QUIERA DIOS «QUE MI SANGRE HAGA LA FELICIDAD DE MI NUEVA PATRIA! «VIVA MÉXICO!»

Despues, el general Miramon, con noble energía y una calma sorprendente, protestó contra la acusacion de traicion á la patria que se le hacia, y cuando con una voz tonante gritó: «¡Viva México! viva el Emperador!» las últimas sílabas se confundieron con las detonaciones de la fusilería, que heria en el corazón á aquellas ilustres víctimas.

Algunos minutos despues se recogian tres cadáveres atravesados de parte á parte y bañados de sangre, y se les conducia al convento de Capuchinas, donde fueron tendidos en las losas de una sala baja.

La multitud se dispersó triste y silenciosa; las tropas desfilaron para volver á sus cuarteles; se oyó en todo México un

prolongado grito de dolor, y la imparcial Historia escribió estas tres palabras: FATALIDAD, INJUSTICIA, CRÍMEN.....

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Recibimos la noticia de las ejecuciones del Cerro de las Campanas en el fondo de nuestra prision de San Luis Potosí. Esta ciudad, donde domina el elemento conservador, fué sumergida en el dolor y en la desolacion. El entusiasmo de los republicanos llegó hasta el delirio.

Mi dolor y mi desaliento fueron extraordinarios. En las ejecuciones del Cerro de las Campanas no veia yo solamente un noble príncipe atravesado de balas al lado de su trono derumbado, veia tambien una sentencia irrevocable del Destino condenando á la raza hispano-americana, el aborto de la grande y generosa empresa de la Francia, la humillacion de esta última, la autoridad vencida una vez mas por la revolucion, y los últimos restos del ejército que la España habia legado á México completamente aniquilados.

Sin embargo, ante ese inmenso desastre, ante ese terrible drama, algo fué á consolar á los prisioneros poco á poco: la esperanza de volver á ver un dia la familia y el querido suelo natal. Nos quedaba tambien una satisfaccion que no deja de tener su precio: el honor, no el honor vulgar de que se hace

ostentacion tan fácilmente, sino aquel de que habla Ciceron, y que consiste en la fidelidad al deber.

III

Reflexiones sobre la muerte del Emperador Maximiliano.

La ejecucion del Emperador Maximiliano, la de los generales Miramon, Mendez y Mejía y la caida del efímero imperio mexicano me habian sugerido algunas amargas reflexiones que debian servir de conclusion á estas simples memorias. Pero como se me acusaria de pasion, ó por lo ménos de parcialidad, y me costaria trabajo defenderme, tanto á causa de la indignacion que produjeron en mí las ejecuciones del Cerro de las Campanas como de mi afecto por las ilustres víctimas, prefiero poner á la vista de mis lectores las reflexiones de un hombre á quien su talento, su notoriedad, su imparcialidad y su profundo conocimiento de las grandes cuestiones que preparan el porvenir del Nuevo Mundo, dan toda la autoridad necesaria para hablar ante la Historia. Con decir esto he nombrado á M. E. Masseras, antiguo redactor en jefe del *Correo de los Estados-Unidos* y de la *Nueva Era* de México.

Hé aquí lo que escribia últimamente M. E. Masseras para el aniversario del 19 de Junio de 1867.

«No tenemos intencion de hacer aquí el proceso de Juarez y de su gobierno; al contrario, la equidad nos obliga á reconocer sus esfuerzos para fundar un estado de cosas regular, la moderacion relativa de que han hecho uso hácia sus adversarios despues de la victoria, la proteccion que han concedido á los residentes extranjeros y especialmente á los franceses,

hasta donde alcanza su poder. Pero desde el momento en que no han dado á su país ni la paz ni la estabilidad prometidas; desde el momento en que léjos de reunir los partidos para hacer de ellos una unidad nacional, no han obtenido mas que nuevas disensiones en el seno de su mismo partido, los hombres que pretendian el año pasado personificar á México, no tienen ya razon para escudarse con la ley de salud pública.

«Juzgando á su vez el proceso de Querétaro, la Historia no tendrá ya ante ella patriotas investidos de una gran mision, y resignándose á herir por una necesidad dolorosa, sino hombres que trabajaban para sí mismos, y estaban movidos por resentimientos personales. Ella fallará en consecuencia.

«Un año ha bastado para demostrar, con la evidencia de los hechos, que la causa juarista no era la causa de México, ni aun la de todo el partido liberal. Miéntras mas adelanten los acontecimientos, mas se impondrá esta verdad á los que la han negado con la ciega obstinacion propia del espíritu de partido. Desde ahora deben comenzar á reconocer que la salvacion de la nacionalidad mexicana existia en cualquiera otra parte que en aquella en que han persistido en ponerla. No dista mucho el dia en que apreciarán todavía mejor la extension de la responsabilidad en que han incurrido, sacrificando al fantasma de una república imaginaria el único recurso que le quedaba á México para adquirir una autonomía real y constituirse sobre bases sólidas y duraderas. Medirán entónces la parte que les toca en el aborto de la grande empresa de la Francia y aun en la muerte del Emperador Maximiliano.

«El triste cuadro que la fecha del 19 de Junio nos ha obligado á evocar, es una nueva prueba de que no basta que se plante un árbol á nombre de la república ó de la libertad, y

se riegue con la sangre de un soberano, para que dé sombra y frutos.

«Hace un año que en igual fecha el Emperador Maximiliano caía en Querétaro bajo las balas de un peloton de soldados de la independencia mexicana. Su muerte habia sido decretada á nombre de la salvacion de México.

«En medio de la profunda emocion causada por esta noticia, no faltó, sin embargo, quien elevara la voz para justificar lo que se llamaba un grande acto de justicia nacional.

«Es muy poco un año en la marcha del tiempo. Sin embargo, al cabo de esos doce meses, ¡cuántos mirajes desvanecidos no vemos! ¡cuántas teorías capciosas destruidas no encontramos! ¡con cuántas pomposas promesas desmentidas no tropezamos! ¡cuántos amargos sentimientos despertados, y tal vez cuántos arrepentimientos secretos no sospechamos!

«Adónde están los frutos maravillosos que debia producir el árbol de la independencia mexicana, regado con la sangre del usurpador?

«Que los que han ordenado la ejecucion del Cerro de las Campanas invocando la ley de la salvacion nacional; que los que la han aprobado á nombre de la libertad de los pueblos, respondan: ¿Qué tienen que decir y qué tienen que mostrar para justificar, los unos su rigor inflexible, los otros la adhesion con que le han sancionado? la anarquía, la anarquía tan violenta y mas irremediable que nunca.

«Los actos como aquel cuya memoria evoca este fúnebre aniversario, se juzgan en última instancia por sus resultados. Sin absolverlos jamas, la Historia puede explicarlos cuando la mancha sangrienta impresa á la entrada de una situacion nueva ha desaparecido bajo el brillo del objeto á que ha conducido esa situacion. Lo odioso del punto de partida se borra así algunas veces ante la grandeza del punto de llegada; pero

cuando la sangre vertida bajo el pretexto de vengar las calamidades pasadas ó de conjurar las nuevas, no sirve de nada; cuando los hombres que pronunciaron la sentencia no saben rescatar con grandes cosas el papel de justicieros inflexibles que asumieron; cuando despues de haber alegado que tenian que salvar un país, no pueden enseñar al mundo otra cosa que ese mismo país mas arruinado, mas destrozado que nunca, entónces no queda mas que un acto inútilmente cruel, para el cual no puede admitirse invocar la única justificacion posible en semejante caso: la de la necesidad.

«Esto es lo que sucede hoy. El espectáculo que presenta México en 1868, condena sin apelacion á los que ordenaron ó sancionaron la ejecucion de 1867.»



NOTAS Y RECTIFICACIONES DEL TRADUCTOR.

I

Hemos traducido fielmente, palabra por palabra, y procurando conservar hasta donde nos ha sido posible el estilo del autor, la obra interesante del Sr. Hans, que tan preciosos datos suministra á la Historia sobre el sitio de Querétaro, donde por una y otra parte se hicieron prodigios de valor para resolver la gran cuestion que entónces se agitaba y que debia decidir del porvenir de nuestra patria. A esto deberia haberse limitado nuestra tarea, y se habria limitado en efecto, si al lado de verdades históricas incontestables, de rasgos, apasionados algunas veces, pero que caracterizan á los principales personajes de la época de una manera admirable, de episodios referidos con sencillo lenguaje, pero revestidos de esos vivos colores que prestan á la narracion la verdad y el testimonio presencial de los hechos, y en los que el Sr. Hans ha logrado con tanta felicidad reproducir, como en una obra fotografica, los horrores de la guerra, los heróicos hechos engendrados por el valor y el entusiasmo, las miserias y las penalidades del sitio, la profunda perversidad y la atroz infamia de un hombre, los sufrimientos de las clases infelices, los amargos trances de los prisioneros que desconfian de la misericordia y de la humanidad de sus adversarios, y se creen suspendidos

entre la vida y la muerte; si al lado de todo esto, decimos, no hubiera apreciaciones políticas que, aunque dictadas por la adhesión á una causa y por el espíritu de partido, hieren profundamente el sentimiento patrio de los mexicanos, y obligan al que se ha encargado de dar á conocer la obra, á tomar la pluma para refutar los errores que contiene.

II

Tarea larga seria, y el tiempo nos falta para emprenderla, refutar uno á uno los errores políticos del Sr. Hans, que guiado, mas que por su conciencia, por la exaltacion del partidario, llega hasta hacer del gobierno usurpado de Maximiliano la personificacion del principio de autoridad, y del gobierno legítimo de la República un centro revolucionario; trata de justificar la intervencion de la fuerza armada extranjera para derrocar á un gobierno legítimo y establecido, y reconocido universalmente como tal, y condena sin apelacion á este mismo gobierno, que, para defender la autoridad que se le ha confiado, lucha con las fuerzas invasoras y las del usurpador hasta obligar á las primeras á evacuar el territorio desesperando de lograr su loca empresa, y hasta destruir por completo á las segundas, último sosten del efímero trono de Maximiliano, que no contando para permanecer en pié mas que con la fuerza armada, sin el apoyo moral, tan poderoso, de la opinion pública, se derrumba y sepulta bajo sus ruinas todas las locas ambiciones que á su sombra se habian creado. Errores políticos son estos que están refutados por los principios mas trillados del derecho comun. Además, la causa de México está juzgada sin apelacion por el mundo, y los enemigos mas acérrimos de Juárez y de las instituciones republicanas no pueden menos de confesar que el Presidente se mostró siempre en los difíciles dias de la Intervencion y del Imperio á la altura de su mision, y despues del triunfo, generoso y humano.

III

Terribles cargos hace el autor de las Memorias á los liberales y á su gobierno por el fusilamiento de los gendarmes franceses que cayeron prisioneros en San Jacinto. No somos partidarios de la pena de muerte; las ejecuciones en masa nos horrorizan, y habríamos deseado que el partido liberal, grande y magnánimo, hubiera perdonado á aquellos hombres como perdonó á tantos otros. Veamos, sin embargo, cuáles fueron las causas que determinaron la ejecucion de los cien gendarmes de Guadalajara, y en ellas encontraremos sin duda la justificación de este acto de rigor, que habria pasado desapercibido si le hubieran ejecutado nuestros enemigos, y que llamó principalmente la atencion por ser liberales los que le ejercieron.

No apelaremos á otro testimonio que al del Sr. Hans para probar lo que eran esos hombres, que bajo la denominacion de gendarmes, no podian considerarse de otra manera que como bandidos enemigos de la sociedad, y como una continua amenaza á las vidas y á los intereses de los ciudadanos. Hablando de Berthelin, organizador y gefe de los gendarmes, dice el autor de las Memorias: «.....M. Berthelin, oficial frances de mucho valor, que pasó al servicio del Imperio y dejó *terribles recuerdos* en Jalisco.» Estas palabras de Hans, bajo su moderacion aparente encierran una acusacion gravísima. En efecto, el entusiasta y simpático teniente de artillería de Maximiliano, que ha procurado en la narracion de los acontecimientos de Querétaro ser tan imparcial cuanto se lo han permitido su calidad de frances y su pasion por el Imperio, ha dejado escapar en esas dos palabras el grito de su conciencia y la justificación de la pena de muerte impuesta á los sicarios de Berthelin. El gobierno republicano no mandó aplicarles la ley porque eran soldados del imperio; millares de

prisioneros extranjeros han regresado á su patria completamente libres; millares de prisioneros mexicanos se entregan en plena libertad á sus trabajos, confundidos con sus vencedores y sin ser molestados en lo mas mínimo; ordenó su ejecucion porque lo exigia así la vindicta pública, porque la sociedad de Jalisco, atropellada en sus mas caros intereses por aquellos hombres enviados allí para cuidarla y ampararla, necesitaba una reparacion, y una reparacion severa!

Los crímenes de los gendarmes de Guadalajara son, pues, la justificacion de su muerte, y no serémos nosotros los que vayamos á buscarla en los asesinatos cometidos por la Intervencion y el Imperio, consumados unos á la sombra de la ley militar francesa y los otros á la sombra del terrible decreto de 3 de Octubre. Millares de víctimas cayeron; millares de inocentes fueron sacrificados; ¿no ha encontrado el Sr. Hans en su alma sensible una sola expresion de lástima para esos desventurados? Los franceses asesinaron en la plaza de Mixcalco, en México, y en los demas lugares de ejecucion en los Estados, no solamente á los soldados republicanos, sino tambien á infelices que no tenian otro crimen que estar al alcance de las garras de tan inícuos verdugos. Oiga el Sr. Hans un caso, entre mil, de cuya autenticidad respondemos, y que estamos seguros hará que se le ericen los cabellos.

Al edificio conocido en México, en tiempo de la Intervencion, por la Martinica, conducian los franceses á cuantos desgraciados caian en sus manos, y dia á dia ocurrían por ocho, nueve ó mas de ellos, que habian sido condenados á muerte por una corte marcial que ni el idioma de aquellos infelices comprendia, para llevarlos al suplicio. Una noche encuentran los vigilantes franceses á un ebrio escandaloso en la calle y le conducen á la prision, donde pasa el resto de la noche confundido con reos que debían perecer al dia siguiente. Sueña la hora de la ejecucion; el cabo encargado de sacar á las víctimas las llama en alta voz desde la puerta: nuestro borracho, cuya embriaguez se habia disipado, y que llevaba el mismo nombre de uno de los sentenciados, cosa muy comun en nuestro pueblo, contesta al llamado del cabo y es fusilado en Mixcalco sin que haya tiempo para que sea reconocido el

error. Cuando se advierte la equivocación ya es tarde para repararla, y el infortunado condenado por la corte marcial, causa inocente de la muerte del ebrio, es reservado para la remesa del día siguiente!.....

IV

Temiendo faltar á su imparcialidad el Sr. Hans, cierra su interesante obra con parte de un artículo publicado por el Sr. Masseras con motivo del aniversario de la muerte de Maximiliano. El antiguo redactor de la *Nueva Era*, enviado á México por Napoleon III para defender á capa y espada los intereses y las miras de la Intervención, comienza por tributar un homenaje á la verdad reconociendo el mérito del presidente Juárez y de su gobierno, y confesando que su conducta despues del triunfo es digna de todo elogio. Pero quiere ver en México la anarquía con todos sus horrores, y partiendo de este supuesto falso pretende hallar en semejante situación la condenación de las ejecuciones de Querétaro.

Apénas habrémos visto época mas difícil que la que sucedió á la caída del Imperio. Los intereses creados á la sombra del gobierno usurpador, la situación de las familias de los comprometidos, la ruina y la devastación en que la guerra habia sumido á los pueblos, el numeroso grupo de hombres que habian contribuido al triunfo de la legitimidad, y que concluida la guerra debian volver á sus hogares á descansar de las fatigas de la campaña en los trabajos del taller ó del campo, la decisión sobre la suerte de los vencidos, la ambición de los vencedores, que comenzaba á desencadenarse, la organización de la administración pública, y tantas y tantas cosas más sobre las que debia resolverse, que habia que ordenar, que reglamentar, que era necesario calmar ó decidir, abrumaban al gobierno por todas partes.

La prudencia y el acierto marcaron sus primeros actos, una vez reinstalado en el palacio nacional; pero no es fácil con-

tentar á todos, y cuantos vieron su ambicion burlada, cuantos creyeron que se les despreciaba porque se les daba las gracias por sus servicios, y colmados de honores eran mandados á sus casas, fueron enemigos de la administracion. Los levantamientos comenzaron; pero donde quiera que se ha enarbolado el estandarte de la rebelion, la fuerza armada ha aniquilado á los rebeldes, la opinion pública los ha condenado, el buen sentido de los pueblos los ha abandonado á su propia suerte sin prestarles apoyo alguno.

Unos cuantos hombres que adquirieron méritos en la guerra, otros que disfrutaron de las dulzuras del hogar doméstico, huyendo prudentemente de los peligros de la campaña y viviendo á la sombra del gobierno usurpador, pero que habian fundado esperanzas mas ó ménos legítimas en el triunfo de la República para su engrandecimiento personal, abusan de la plena libertad de escribir y lanzan diatribas al gobierno que no encuentran eco mas que en un reducido grupo de descontentos, y que la opinion general condena al mas profundo desprecio. ¿Es culpable el gobierno liberal, debe hacersele un crimen de no oponer trabas á la libertad de imprenta?

Los que estaban acostumbrados á vivir del presupuesto, y que empleados de la usurpacion no sirven hoy en las oficinas públicas, y no quieren buscar en otra clase de trabajo su diaria subsistencia, se hallan en la miseria; pero es ley universal que en el trabajo y no en la holganza se busquen las comodidades de la vida, y no es culpa del Gobierno que estos hombres quieran sustraerse á la suerte comun.

¿Es esa la anarquía que encuentra el Sr. Masseras en México como fruto del triunfo de la República? Cuando se trata de reconstruir una sociedad profundamente desorganizada á consecuencia de prolongadas luchas, cuando se pretende que la prosperidad y la abundancia que produce la paz sustituyan á la miseria causada por la ruina y la devastacion de los pueblos, fuerza es contar, no solamente con la voluntad y el poder, sino tambien con el tiempo, que es un auxiliar indispensable para llegar al fin. Un año solamente habia trascurrido desde la ejecucion del Cerro de las Campanas al dia en que el Sr. Masseras escribió su artículo conmemorativo. Un año, que si

como él dice es muy poco en la marcha del tiempo, es nada en la vida de los pueblos. ¿Habria sido posible reparar en tan poco espacio los desastres de la guerra? tranquilizar á las familias sobre la suerte de sus deudos comprometidos en la mala causa? levantar el comercio y la industria?

Mucho se ha hecho, para tan poco tiempo, con establecer en toda su plenitud el régimen constitucional, organizar la hacienda pública de manera que nunca se han pagado ménos contribuciones y jamas se han hecho los pagos á los dependientes del Gobierno con mas regularidad, asegurar la paz interior y encaminar al país por una via que le conducirá muy pronto á su engrandecimiento.

Si la ejecucion de Querétaro no estuviese plenamente justificada por el derecho sagrado de la soberanía é independencia de los pueblos; si necesario fuese, como lo cree sin razon el Sr. Masseras, que los resultados justificaran los hechos, el espectáculo que México presenta, bien diferente del que con negros colores pinta el antiguo redactor de la *Nueva Era*, el espectáculo de un pueblo disfrutando de completa paz y en pleno ejercicio de todas sus libertades, es mas que suficiente para justificar la ejecucion de un soberano intruso, establecido por fuerzas extranjeras y derrocado por la voluntad de ese mismo pueblo desde el momento en que le faltó el extraño apoyo.



INDICE

PRIMERA PARTE.

ABANDONO DE MORELIA.

I.—Morelia en Febrero de 1867. Evacuacion de Morelia....	9
II.—La brigada Mendez. La 8ª batería de artillería.....	13
III.—Primer dia de marcha. Deserciones. Indaparapeo. El teniente coronel Pineda. Fusilados.....	19
IV.—Zinapécuaro. Ojeada sobre Michoacan. Acámbaro. Los antiguos conventos y las antiguas misiones de la América es- pañola.....	24
V.—Permanencia en Acámbaro. El general Mendez. Recuer- dos históricos de Acámbaro. Las antiguas tropas reales espa- ñolas y los primeros insurgentes.....	30
VI.—Tarimoro. El artillero Jamaica. El cruzamiento de las razas. Los exploradores. El guerrillero Villafuerte. La com- pañía franca del capitan Clary. Prestigio del ejército frances.	35
VII.—Celaya. La brigada del coronel Quiroga. El gefe repu- blicano Franco. El campo de batalla de la Estancia de las Vacas.....	40
VIII.—Querétaro. El Emperador. Revista pasada por el Em- perador ántes de nuestra entrada á Querétaro. Aspecto de Querétaro. Revista en el llano de Carretas de las fuerzas imperiales reunidas ántes de nuestra llegada. El primer ba- tallon de artillería.....	43
IX.—Honras fúnebres por el descanso del alma de Joaquin Miramon. Ejecucion de Joaquin Miramon. El desastre de San Jacinto. Ejecucion de los gendarmes imperiales de Gua- dalajara.....	48
X.—Banquete dado por el Emperador á los oficiales superiores de la division Mendez. Organizacion general. Querétaro an- tes del sitio.....	54

SEGUNDA PARTE.

EL SITIO.

I.—¡ El enemigo! El señor A. Los conservadores mexicanos. Un escapulario de Nuestra Señora del Pueblito.....	63
II.—¡ En batalla!..... El Emperador entrega una bandera al batallon de Iturbide. El Cerro de las Campanas. El cuartel general. El coronel López.....	67
III.—Los gefes republicanos: Escobedo, Corona, Régules, Treviño, Riva Palacio, Velez, etc. El elemento extranjero....	73
IV.—El campo republicano. Progresos de nuestros adversarios en el arte militar.....	83
V.—Escaramuzas. Los cazadores franco-mexicanos.....	87
VI.—Combate del 14 de Marzo. Toma de una batería republicana por los cazadores franco-mexicanos. Prisioneros hechos al enemigo. Dos oficiales norteamericanos. Ataque de la Cruz. Tentativa para recobrar el panteon de la Cruz. Rasgo de valor del general Márquez. Salidas sobre el enemigo. Despues de la victoria.....	89
VII.—Visita al hospital. El capitan D. Antonio Salgado. El teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez. El capitan Dominguez. Un comandante austriaco. Los heridos. Lo que se llama hospitales y ambulancia en México. Visitas del Emperador á los hospitales de Querétaro. Los muertos. El hotel del Aguila Roja. Recuerdos del sitio de Puebla por el mariscal Forey.....	99
VIII.—El Emperador condecora las banderas del batallon del Emperador y del 3º de línea. Desertores enemigos. Jornada del 17 de Marzo. Combate de San Juanico. El general Márquez, acompañado del ministro Vidaurri y escoltado por la brigada Quiroga, va en busca de refuerzos á México.....	106

TERCERA PARTE.

EL SITIO.

[CONTINUACION]

I.—Estado de la plaza despues de la partida del general Márquez. Se fabrican municiones. Las cápsulas de papel. Combate del 24 de Marzo. Peligros corridos por el Emperador. El general Miramon. El general Arellano. La leva. El gefe republicano Florentino Mercado. Nombramiento de López para mandar la brigada de reserva.....	115
---	-----

- II.—Visitas del Emperador á los oficiales republicanos prisioneros. El Emperador Maximiliano condecorado por el ejército. Salida del 1º de Abril. Aniversario de la aceptación del trono de México por el Emperador Maximiliano. Respuesta del Emperador al ministro Aguirre y á la comision que fué á cumplimentarle. Respuesta del Emperador al gobierno frances cuando las conferencias de Orizava. Cómo juzgará la historia al Emperador Maximiliano. El problema de un gobierno estable en México..... 123
- III.—Reconocimiento del 11 de Abril. De Lubic. El príncipe de Salm. El general Márquez no vuelve. Trabajos del enemigo. Nuestras obras de defensa. La 3ª compañía de ingenieros. Huellas de la permanencia de los franceses en la Cruz. Los generales Miramon y Arellano proponen al Emperador salir de la plaza. El Emperador rehusa. Consejo de guerra. Escaramuza. Nuestra situacion empeora. Muerte del coronel Farquet..... 130
- IV.—Escaramuza del 24 de Abril. El batallon republicano de Supremos Poderes. Salida del 27 de Abril. Planes de Miramon. El general Castillo fracasa en su ataque contra Callejas y deja pasar á los republicanos. Carga de los dragones de la Emperatriz. Los rifles americanos de diez y seis tiros. Combate del Cimatario. Los republicanos son rechazados en la Casa Blanca. Resultados de nuestra salida. Reflexiones sobre la jornada del 27 de Abril. La Casa Blanca á otro dia del combate. Un oficial republicano herido y abandonado en el campo de batalla. Peligrosa y célebre equivocacion de un sargento de las fuerzas sitiadoras..... 136
- V.—Salida del 1º de Mayo. El coronel Rodriguez, de la guardia municipal de México. El subteniente Domet. Exequias del coronel Rodriguez. Desaliento..... 150
- VI.—Salida del 3 de Mayo. Combate de San Gregorio. El capitán Echagaray. Medios puestos en práctica para combatir el hambre y la desmoralizacion. El Emperador hace justicia á sus tropas indígenas. Conducta de las tropas indígenas para con el Emperador Maximiliano..... 156
- VII.—Aniversario del 5 de Mayo. Los republicanos celebran su victoria sobre los franceses. Reflexiones sobre el combate del 5 de Mayo de 1862 ante Puebla. Un asalto mas de los republicanos. Nuevos medios empleados por los sitiadores para tomar la plaza. Fuegos de artillería. Accidentes. Dos mujeres. Peligros corridos por el Emperador..... 162
- VIII.—Causas de la traicion del coronel López. La noche del 14 al 15 de Mayo. Traicion del coronel López. Incidentes

extraños. ¡Prisionero! Los republicanos, conducidos por López, penetran silenciosamente en el convento de la Cruz. Me llevan á Pateo.....	173
IX.—Toma del convento de la Cruz. El Emperador escapa de los republicanos. Escenas extrañas. El Emperador se dirige al Cerro de las Campanas. El Emperador y el general Castillo. Llegado ante el palacio departamental, el Emperador envia la órden de reunir todas las tropas que le quedan. López introduce á los republicanos al convento de San Francisco y desarma á los húsares y á la escolta del Emperador. Audacia de López. El general Miramon es herido tratando de reunirse con el Emperador. El general Mejía llega al Cerro de las Campanas. Confusion. Pánico. Aspecto del Cerro de las Campanas. El Emperador se inquieta por la suerte de Miramon. Toda la artillería republicana concentra sus fuegos sobre el Cerro de las Campanas. La posicion se hace insostenible. Los dragones de la Emperatriz. El Emperador envia un parlamentario á Escobedo. ¡La bandera blanca! El Emperador se rinde. Todo se ha perdido, ménos el honor! Los generales Mendez y Arellano. Comienzan los fusilamientos..	186
X.—Pateo. El teniente coronel republicano Castañeda y sus oficiales. Un desertor. Los hermanos Q..... La guerrilla de Simon Gutierrez. Nos llevan á Querétaro. Vuelvo á ver á López por última vez. Nos encierran.....	196
XI.—La Cruz convertido en prision. Otra vez el hambre. Lo que habia sucedido al general Márquez. Los desertores del ejército frances van á visitarnos. Accidente y pequeña carnicería. El capitan Ruiz. Nos trasladan al convento de las Teresas. El Emperador nos sigue. El general Mendez cae en poder de los republicanos. Mi despedida del general Mendez. Ejecucion del general Mendez. El general Arellano se escapa de los republicanos. Se decide de nuestra suerte...	201

CUARTA PARTE.

JUICIO Y MUERTE DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.

I.—Juicio y condenacion á muerte del Emperador y de los generales Miramon y Mejía.....	211
II.—Ejecucion del Emperador Maximiliano y de los generales Miramon y Mejía.....	216
III.—Reflexiones sobre la muerte del Emperador Maximiliano.	224
Notas y rectificaciones del traductor.....	229

CONACULTA

BIBLIOTECA DE MÉXICO
"JOSÉ VASCONCELOS"

